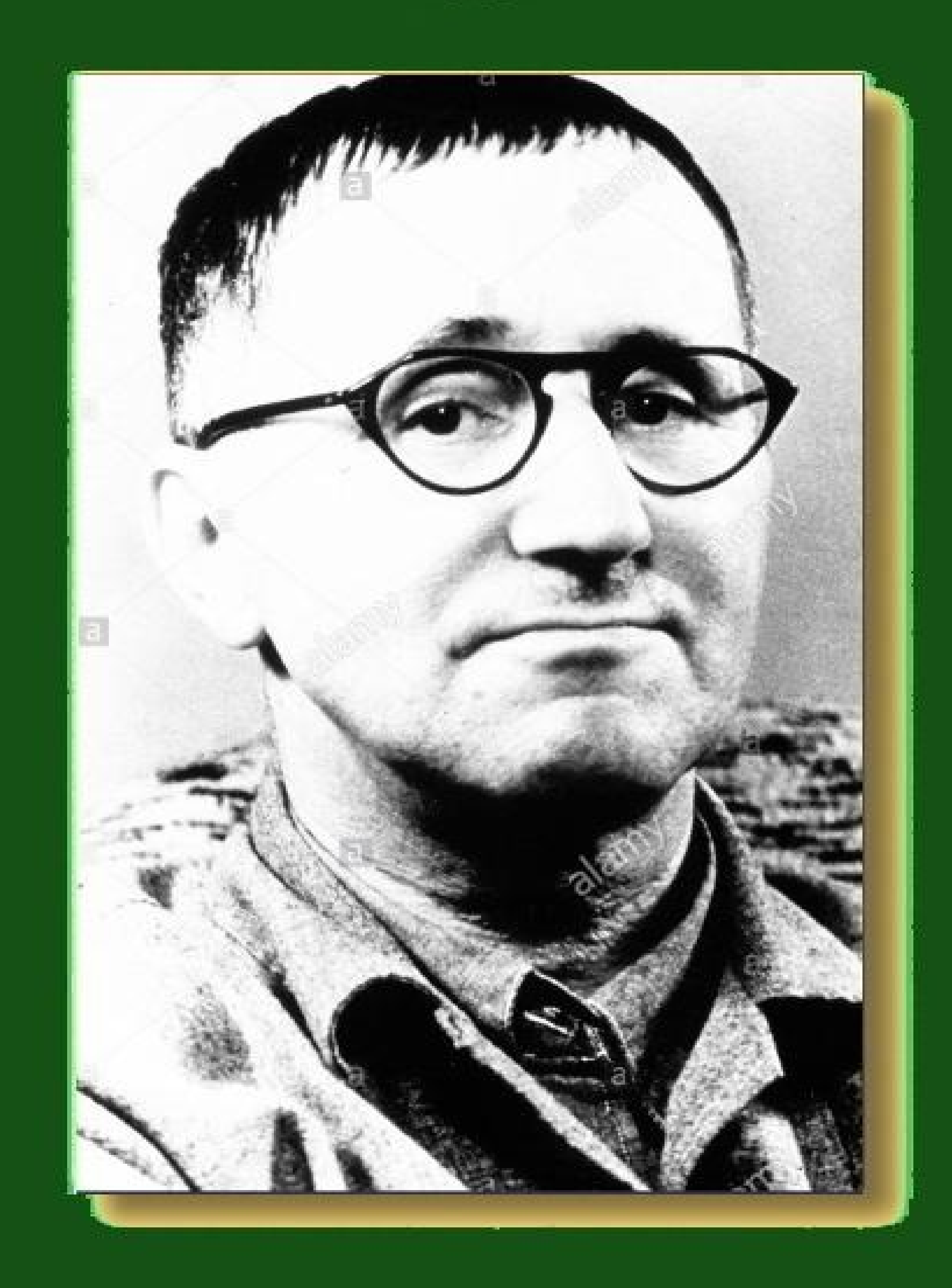


Bertolt Brecht

GALILEO GALILEI

Galileo Galilei es, para muchos, el testamento literario de Bertolt Brecht. En todo caso, es la obra a la que dedicó más esfuerzos y reescrituras desde 1938 hasta su muerte.

Año 1592, el sabio florentino Galileo Galilei es profesor de matemáticas en Padua. Vive encerrado en la ciencia con el convencimiento de que una nueva edad histórica acaba de empezar. Andrea, el hijo de la casera, está entusiasmado con los descubrimientos de Galilei y pide que le descifre los secretos. Tales conocimientos hacen tambalear la concepción del Universo de Ptolomeo, que hasta ahora ha sido considerada como válida. Cuando Galileo hace públicos sus descubrimientos sobre el sistema solar recibe la condena de la jeraraquía eclesiástica. Ni siquiera el acceso a la silla de San Pedro del cultivado Cardenal Barberini hace disminuir la presión. Bajo presión de la Inquisición, Galileo renuncia a propagar sus tesis. En su aislamiento, recibe la visita de Andrea, convertido ya en estudiante universitario, al que hace entrega de su documento Dos nuevas ciencias en el que resume sus descubrimientos, pidiéndole que lo difunda más allá de las fronteras de Italia.

Bertolt Brecht

Galileo Galilei

ePub r1.0
Titivillus 29.01.2020

Título original: *Leben des Galilei*
Bertolt Brecht, 1938
Traducción: Oswald Bayer
Diseño de cubierta: lgonzalezp

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

PERSONAJES

GALILEO GALILEI
ANDREA SARTI
SEÑORA SARTI, madre de Andrea y ama de llaves de Galilei
LUDOVICO MARSILI, un joven hijo de acaudalada familia
SEÑOR PRIULI, Secretario de la Universidad de Padua
SAGREDO, amigo de Galilei
VIRGINIA, hija de Galilei
FEDERZONI, pulidor de lentes, colaborador de Galilei
DOS ERUDITOS
DOS MONJES
DOS ASTRÓNOMOS
UN MONJE MUY DELGADO
UN CARDENAL MUY VIEJO
PADRE CRISTÓFORO CLAVIUS, astrónomo
UN MONJE PEQUEÑO
EL CARDENAL INQUISIDOR
CARDENAL BARBERINI, después Papa Urbano VIII
REGIDORES
CARDENAL BELARMINO
COSME DE MÉDICI, Gran Duque de Florencia
DOS SECRETARIOS ESPIRITUALES
MAYORDOMO MAYOR DE LA CORTE
DOS JÓVENES DAMAS
EL TEÓLOGO
FILIPPO MUCIUS, un erudito

SEÑOR GAFFONE, Rector de la Universidad de Pisa
EL FILÓSOFO
EL MATEMÁTICO
UN CANTOR DE ROMANCES
UNA VIEJA DAMA DE HONOR
SU MUJER
UNA JOVEN DAMA DE HONOR
VANNI, un fundidor de hierro
UN LACAYO DEL GRAN DUQUE
UN FUNCIONARIO
DOS MONJAS
UN ALTO FUNCIONARIO
DOS SOLDADOS
UN INDIVIDUO
LA VIEJA MUJER
UN MONJE
UN PRELADO GORDO
UN CAMPESINO
HOMBRES, MUJERES, NIÑOS
UN GUARDIA ADUANERO
UN ESCRIBIENTE
EL DUX

I

GALILEO GALILEI, MAESTRO DE MATEMÁTICAS EN PADUA, QUIERE DEMOSTRAR LA VALIDEZ DEL NUEVO SISTEMA UNIVERSAL DE COPÉRNICO.

El pobre gabinete de trabajo de GALILEI en Padua. Es de mañana. Un muchacho, ANDREA, hijo del ama de llaves, trae un vaso de leche y un bollo.

GALILEI *(lavándose el pecho, resoplando, alegre)*.— Pon la leche sobre la mesa pero no cierres ningún libro.

ANDREA.— Mi madre dice que debemos pagar al lechero. Si no pronto hará un rodeo a nuestra casa, señor Galilei.

GALILEI.— Se dice: describirá un círculo, Andrea.

ANDREA.— Como usted quiera, pero si no pagamos describirá un círculo en torno a nosotros, señor Galilei.

GALILEI.— Si el alguacil señor Cambione, se dirige directamente a nuestra puerta, ¿qué distancia entre dos puntos elegirá?

ANDREA *(sonríe)*.— La más corta.

GALILEI.— Bien. Tengo algo para ti. Mira atrás de las tablas astronómicas. *(Andrea levanta detrás de las tablas astronómicas un modelo de madera de gran tamaño del sistema de Ptolomeo.)*

ANDREA.— ¿Qué es esto?

GALILEI.— Es un astrolabio. El aparato muestra cómo los astros se mueven alrededor de la tierra, según la opinión de los viejos.

ANDREA.— ¿Cómo?

GALILEI.— Investiguemos. Primero la descripción.

ANDREA.— En el medio hay una pequeña piedra.

GALILEI.— Es la Tierra.

ANDREA.— Alrededor de ella hay anillos, siempre uno sobre el otro.

GALILEI.— ¿Cuántos?

ANDREA.— Ocho.

GALILEI.— Son las esferas de cristal.

ANDREA.— A los anillos se han fijado bolillas.

GALILEI.— Son los astros.

ANDREA.— Y ahí hay cintas en las que se leen nombres.

GALILEI.— ¿Qué nombres?

ANDREA.— Nombres de estrellas.

GALILEI.— ¿Por ejemplo?

ANDREA.— La más baja de las bolillas es la Luna y encima de ella el Sol.

GALILEI.— Y ahora haz correr el sol.

ANDREA *(mueve los anillos)*.— Es hermoso todo esto, pero nosotros estamos tan encerrados…

GALILEI.— Sí. *(Secándose.)* Es lo que también yo sentí cuando vi el armatoste por primera vez. Algunos lo sienten. *(Le tira la toalla a Andrea para que le frote la espalda.)* Muros, anillos e inmovilidad. Durante dos mil años creyó la humanidad que el Sol y todos los astros del cielo daban vueltas a su alrededor. El Papa, los cardenales, los príncipes, los eruditos, capitanes, comerciantes, pescaderas y escolares creyeron estar sentados inmóviles en esa esfera de cristal. Pero ahora nosotros salimos de eso, Andrea. El tiempo viejo ha pasado y estamos en una nueva época. Es como si la humanidad esperara algo desde hace un siglo. Las ciudades son estrechas y así son las cabezas. Supersticiones y peste. Pero desde hoy no todo lo que es verdad debe seguir valiendo. Todo se mueve, mi amigo. Me alegra pensar que la duda comenzó con los navíos. Desde que la humanidad tiene memoria se arrastraron a lo largo de las costas, pero de repente las abandonaron y se largaron a todos los mares. En nuestro viejo continente se ha comenzado a oír un rumor: existen nuevos continentes.

Y desde que nuestros navíos viajan hacia ellos se festeja por todas partes que el inmenso y temido mar es un agua pequeña. Desde entonces ha sobrevenido el gran deseo: investigar la causa de todas las cosas, por qué la piedra cae al soltarla y por qué la piedra sube cuando se la arroja hacia arriba. Cada día se descubre algo. Hasta los viejos de cien años se hacen gritar al oído por los jóvenes los nuevos descubrimientos. Ya se ha encontrado algo pero existen otras cosas que deben explicarse. Mucha tarea espera a nuestra nueva generación.

«En Siena, de muchacho, observé cómo unos trabajadores reemplazaban, luego de cinco minutos de disputa, una costumbre milenaria de mover bloques de granito por una nueva y razonable forma de disponer las cuerdas. Fue allí donde caí en la cuenta: el tiempo viejo ha pasado, estamos ante una nueva época. Pronto la humanidad entera sabrá perfectamente dónde habita, en qué clase de cuerpo celeste le toca vivir. Porque lo que dicen los viejos libros ya no les basta, porque donde la fe reinó durante mil años, ahora reina la duda. El mundo entero dice: sí, eso está en los libros, pero dejadnos ahora mirar a nosotros mismos. A la verdad más festejada se le golpea hoy en el hombro; lo que nunca fue duda hoy se pone en tela de juicio, de modo que se ha originado una corriente de aire que ventila hasta las faldas bordadas en oro de príncipes y prelados, haciéndose visibles piernas gordas y flacas, piernas que son como nuestras piernas. Ha quedado en descubierto que las bóvedas celestes están vacías y ya se escuchan alegres risotadas por ello.

»Pero las aguas de la tierra empujan las nuevas ruecas y en los astilleros, en las cordelerías y en las manufacturas de velas se agitan quinientas manos al mismo tiempo en busca de un nuevo ordenamiento.

»Yo profetizo que todavía durante nuestra vida se hablará de astronomía hasta en los mercados y hasta los hijos de las pescaderas correrán a las escuelas. A esos hombres deseosos de renovación les gustará saber que una nueva astronomía permite moverse también a la Tierra. Siempre se ha predicado que los astros están sujetos a una bóveda de cristal y que no pueden caer. Ahora, nosotros hemos tenido la audacia de dejarlos moverse en

libertad, sin apoyos, y ellos se encuentran en un gran viaje, igual que nuestras naves, sin detenerse, ¡en un gran viaje!

»La Tierra rueda alegremente alrededor del Sol y las pescaderas, los comerciantes, los príncipes y los cardenales y hasta el mismo Papa ruedan con ella.

»El universo entero ha perdido de la noche a la mañana su centro y al amanecer tenía miles, de modo que ahora cada uno y ninguno será ese centro. Repentinamente ha quedado muchísimo lugar. Nuestras naves se atreven mar adentro, nuestros astros dan amplias vueltas en el espacio y hasta en el ajedrez las torres saltan todas las filas e hileras. ¿Cómo dice el poeta?».

ANDREA.— ¡Oh temprano albor del comenzar! ¡Oh soplo del viento que viene de nuevas costas! Sí, pero beba su leche que ya comenzarán de nuevo las visitas.

GALILEI.— ¿Has comprendido al fin lo que te dije ayer?

ANDREA.— ¿Qué? ¿Lo del Quipérnico con sus vueltas?

GALILEI.— Sí.

ANDREA.— No. ¿Por qué se empeña en que yo lo comprenda? Es muy difícil y yo en octubre apenas cumpliré once años.

GALILEI.— Por eso mismo quiero que lo comprendas. Para ello trabajo y compro los libros en vez de pagar al lechero.

ANDREA.— Pero es que yo veo que el Sol está al atardecer en un lugar muy distinto que a la mañana. No puede entonces estar inmóvil. ¡Nunca! ¡Jamás!

GALILEI.— ¿Así que tú ves? ¿Qué es lo que ves? No ves nada. Tú miras sin observar. Mirar no es observar. *(Coloca el soporte con la palangana donde se ha lavado en el medio de la habitación)*. Aquí tienes el Sol. Siéntate. *(Andrea se sienta en una silla. Galilei se para detrás de él.)* ¿Dónde está el Sol, a la izquierda o a la derecha?

ANDREA.— A la izquierda.

GALILEI.— ¿Y cómo llegará a la derecha?

ANDREA.— Si usted lo lleva a la derecha, por supuesto.

GALILEI.— ¿Solamente así? *(Carga la silla junto con Andrea y los traslada al otro lado de la palangana.)* ¿Y ahora, dónde está el Sol?

ANDREA.— A la derecha.

GALILEI.— ¿Y se movió acaso el Sol?

ANDREA.— No.

GALILEI.— ¿Quién se movió?

ANDREA.— Yo.

GALILEI *(ruge)*.— ¡Mal! ¡Alcornoque! ¡La silla!

ANDREA.— ¡Pero yo con ella!

GALILEI.— Claro… la silla es la Tierra. Y tú estás encima.

SEÑORA SARTI *(que ha entrado para tender la cama y ha estado mirando la escena)*.— ¿Qué hace usted por Dios con mi hijo, señor Galilei?

GALILEI.— Le enseño a mirar, Sarti.

SRA. SARTI.— ¿Cómo? ¿Arrastrándolo por el cuarto?

ANDREA.— Calla tú, mamá. Tú no entiendes estas cosas.

SRA. SARTI.— ¡Ajá! ¿Pero tú las entiendes, no es cierto? *(A Galilei.)* Usted lo trastorna tanto que pronto sostendrá que dos y dos son cinco. El pequeño confunde todo lo usted le dice. ¡Fíjese que ayer me demostró que la Tierra se mueve alrededor del Sol! Y además está seguro que un señor llamado Quipérnico lo ha calculado todo.

ANDREA.— ¿Acaso no lo ha calculado el Quipérnico, señor Galilei? ¡Dígaselo usted mismo!

SRA. SARTI.— ¿Qué? ¡Así que es usted quien le dice todos esos disparates! Luego los repite como un loro en la escuela y me vienen los señores del clero a protestar porque difunde esas cosas del diablo. ¡Vergüenza debía de darle, señor Galilei!

GALILEI *(desayunando)*.— Con base en nuestras investigaciones, señora Sarti, luego de ardorosas controversias, Andrea y yo hemos hecho tales descubrimientos que no podemos callar ya ante el mundo. Comienza un tiempo nuevo, una gran era, en la que vivir será un verdadero goce.

SRA. SARTI.— Sí, sí. Ojalá que en esa nueva época podamos pagar al lechero, señor Galilei. Está esperando un señorito que desea tomar lecciones. Viste muy bien y trae una carta de recomendación. *(Le entrega una carta.)* Hágame

el favor y no lo envíe de vuelta que tengo presente siempre la cuenta del lechero. *(Se va.)*

GALILEI *(riendo)*.— Déjeme terminar por lo menos con mi desayuno. *(A Andrea.)* ¡Entonces quiere decir que ayer hemos entendido algo!

ANDREA.— No, se lo dije a ella sólo para que se asombre. Pero no es cierto, usted dijo que la Tierra se mueve alrededor de sí misma y no sólo en torno al Sol. Pero la silla conmigo se movió sólo alrededor de la palangana y no alrededor de sí misma, porque sino yo me hubiese caído y esto es una evidencia. ¿Por qué no dio vueltas a la silla? Por que entonces quedaba demostrado que yo también me habría caído de la Tierra. ¿Qué me dice, ahora?

GALILEI.— Pero te he demostrado…

ANDREA.— Esta noche me di cuenta que, si la Tierra realmente se moviese me hubiera quedado toda la noche con la cabeza colgando para abajo. Y esto es una evidencia.

GALILEI *(toma una manzana de la mesa)*.— Mira, aquí tienes la Tierra.

ANDREA.— No, no. No me venga siempre con esos ejemplos, señor Galilei. Así gana siempre.

GALILEI *(colocando de nuevo la manzana en la mesa)*.— Bueno…

ANDREA.— Con ensayos se logra demostrar siempre todo, cuando se es astuto. Pero yo no puedo arrastrar a mi madre en una silla como usted lo hace conmigo. Vea pues qué ejemplo más malo es ése. ¿Y qué sería con la manzana como Tierra? No sería absolutamente nada.

GALILEI *(ríe)*.— Es que tú no quieres comprender.

ANDREA.— Vamos a ver, tómela de nuevo, ¿por qué no cuelgo con la cabeza para abajo de noche?

GALILEI.— Mira, ésta es la Tierra y aquí estás tú *(Clava la astilla de un leño en la manzana.)* y ahora la Tierra se mueve.

ANDREA.— Y ahora estoy con la cabeza colgando para abajo.

GALILEI.— ¿Por qué? Fíjate bien, ¿dónde está la cabeza?

ANDREA.— Ahí, abajo.

GALILEI.— ¿Qué? *(Vuelve la manzana a su primera posición.)* ¿No está acaso en el mismo lugar, no están los pies siempre abajo? ¿Quedarías parado si yo te muevo, así? *(Saca la astilla y la da vuelta.)*

ANDREA.— No. ¿Y por qué entonces no noto nada del giro?

GALILEI.— Porque tú realizas también el movimiento. Tú y el aire que está sobre ti y todo lo que está encima de la esfera.

ANDREA.— ¿Y por qué entonces parece que el Sol se moviera?

GALILEI *(gira nuevamente la manzana con la astilla)*.— Mira, tú ves abajo la Tierra, que queda igual, siempre está debajo de ti y para ti no se mueve. Pero mira hacia arriba, ahora tienes la lámpara sobre tu cabeza, pero ¿qué ocurre cuando giro la Tierra?, ¿qué tienes sobre tu cabeza?

ANDREA *(hace también el giro)*.— La estufa.

GALILEI.— ¿Y dónde está la lámpara?

ANDREA.— Abajo.

GALILEI.— Ajá.

ANDREA.— Esto sí que es bueno, ella se asombrará. *(Entra Ludovico Marsili, un joven hijo de acaudalada familia.)*

GALILEI.— Esta casa es lo mismo que un palomar.

LUDOVICO.— Buenos días, señor. Mi nombre es Ludovico Marsili.

GALILEI *(estudiando la carta de recomendación)*.— ¿Viene usted de Holanda?

LUDOVICO.— Sí, donde oí hablar mucho de usted, señor Galilei.

GALILEI.— ¿Su familia posee bienes en la Campagna?

LUDOVICO.— Mi madre quiso que viese un poco de lo que ocurre en el mundo, y así…

GALILEI.— Y usted oyó en Holanda que en Italia ocurre algo conmigo.

LUDOVICO.— Y como mi madre quiere que también sepa un poco de lo que ocurre en la ciencia.

GALILEI.— Lecciones privadas: diez escudos por mes.

LUDOVICO.— Muy bien, señor.

GALILEI.— ¿Qué intereses tiene usted?

LUDOVICO.— Caballos.

GALILEI.— Ajá.

LUDOVICO.— Yo no tengo cabeza para las ciencias, señor Galilei.

GALILEI.— Ajá. Bajo esas circunstancias son quince escudos por mes.

LUDOVICO.— Muy bien, señor Galilei.

GALILEI.— Tendré que enseñarle bien de mañana temprano. Y tú te quedas sin nada, Andrea. Pero debes comprender, tú no pagas nada.

ANDREA.— Sí, sí, ya me voy. ¿Puedo llevarme la manzana?

GALILEI.— Sí. *(Andrea se va.)*

LUDOVICO.— Tendrá que tener paciencia conmigo, principalmente porque lo que ocurre en las ciencias siempre es distinto a lo que dice el sentido común. Por ejemplo, ahí tiene usted ese tubo que venden en Ámsterdam. Lo he estudiado detenidamente, un estuche de cuero verde y dos lentes, una así *(Significa una lente cóncava.)* y otra así *(Significa una convexa.)* He oído que una amplía la imagen y la otra la empequeñece. Cualquier hombre razonable pensaría que ambas juntas se neutralizan. Pues no es así. Se ve todo cinco veces más grande con el aparato. Ésta es su ciencia.

GALILEI.— ¿Qué cosa se ve cinco veces más grande?

LUDOVICO.— Torres de iglesia, palomas, todo lo que está lejano.

GALILEI.— ¿Ha podido ver usted mismo torres de iglesias agrandadas?

LUDOVICO.— Sí, señor.

GALILEI.— ¿Y el tubo tenía dos lentes? *(Dibuja un croquis en una hoja de papel.)* ¿Tenía este aspecto? *(Ludovico asiente.)* ¿Cuánto hace que se inventó eso?

LUDOVICO.— Según creo, no habían pasado más de dos días cuando dejé Holanda, por lo menos desde que apareció en el mercado.

GALILEI *(casi amistoso)*.— ¿Y por qué quiere usted aprender física, por qué no mejor cría de caballos? *(Entra la señora Sarti sin ser notada por Galilei.)*

LUDOVICO.— Mi madre opina que un poco de ciencia es necesario. Todo el mundo hoy en día bebe su vino con ciencia.

GALILEI.— Pero para usted sería lo mismo aprender una lengua muerta o teología. Es más fácil. *(Ve en ese momento a la señora Sarti.)* Bien, venga el martes a la tarde. *(Ludovico se va.)*

SRA. SARTI.— El Secretario de la Universidad espera afuera.

GALILEI.— No me mires así, si lo he tomado.

SRA. SARTI.— Sí, porque me vio en el momento justo.

GALILEI.— Deja pasar al Secretario, es importante. Eso significa, tal vez, quinientos escudos de oro. Después, no tendré ya necesidad de alumnos. *(La señora Sarti hace pasar al Secretario. Galilei, que se ha terminado de vestir, anota algunas cifras en un papel.)*

GALILEI.— Buenos días, présteme un escudo. *(Da a la Sarti la moneda que el Secretario saca de un bolsillo.)* Mande a Andrea al óptico por dos lentes, aquí están las medidas. *(La señora Sarti se va con el papel.)*

EL SECRETARIO.— Vengo a devolverle su solicitud de aumento de sueldo a mil escudos de oro. Desgraciadamente, no puedo apoyarlo ante la Universidad. Usted lo sabe muy bien, los cursos de matemáticas no traen ningún beneficio a nuestro instituto. Sí, hasta bien podríamos decir que las matemáticas son un arte sin pan. No quiero significar con esto que la República no deja de apreciar a esa ciencia por sobre todo. Evidentemente, las matemáticas no son tan necesarias como la filosofía, ni tan útiles como la teología, pero… ¡es que proporcionan un número tan ilimitado de placeres!

GALILEI *(leyendo en sus papeles)*.— Mi queridísimo Secretario, con quinientos escudos no hago nada.

EL SECRETARIO.— Pero, señor Galilei, usted dicta apenas dos veces dos horas en la semana. Su extraordinaria fama debe acarrearle alumnos a discreción que pueden pagar lecciones privadas. ¿No tiene usted, acaso, alumnos particulares?

GALILEI.— Sí, tengo demasiados. Enseño y enseño, y ¿cuándo aprenderé? Bendito señor, yo no poseo la ciencia infusa como los señores de la Facultad de Filosofía. Soy tonto. No entiendo nada de nada y me veo obligado a llenar los agujeros de mi sabiduría. ¿Y cuándo podré hacerlo? ¿Cuándo podré investigar? Señor mío, mi ciencia tiene sed de saber más. ¿Qué hemos resuelto en los grandes problemas? Sólo tenemos hipótesis. Pero hoy nosotros exigimos pruebas de nosotros mismos. Y ¿cómo puedo adelantar si para poder vivir tengo que meterle en la cabeza a todo idiota con dinero que las rectas paralelas se cortan en el infinito?

EL SECRETARIO.— No olvide usted que la República paga, tal vez, menos que algunos príncipes, pero a cambio garantiza la libertad científica. Nosotros, aquí en Padua, hasta permitimos algunos alumnos protestantes y también les otorgamos el título de doctor. Al señor Cremonini no solamente no lo entregamos a la Inquisición cuando se nos demostró, sí, señor Galilei, se nos demostró que realiza manifestaciones antirreligiosas, sino que encima le aumentamos el sueldo. Hasta en Holanda se sabe que Venecia es la República donde la Inquisición no dice esta boca es mía. Todo esto tiene mucho valor para usted que es astrónomo, es decir, una ciencia en la que desde hace poco tiempo no se respetan con la debida consideración las enseñanzas de la Iglesia.

GALILEI.— A Giordano Bruno lo entregaron ustedes a Roma porque divulgaba las teorías de Copérnico.

EL SECRETARIO.— No, no lo entregamos por divulgar las teorías de Copérnico, que por otra parte son falsas, sino porque él ni era veneciano, ni investía aquí ningún cargo. No se queme usted ahora con el quemado, está bien que dispongamos de libertad completa, pero no por eso es aconsejable gritar a los cuatro vientos un nombre así sobre el que recae la expresa maldición de la Iglesia. Ni aquí, ni siquiera aquí dentro.

GALILEI.— Así que vuestra protección a la libertad de pensamiento os resulta un buen negocio, ¿verdad? Mientras vosotros llamáis la atención de que la Inquisición trabaja y quema en otros lugares, obtenéis aquí maestros buenos y baratos. La protección que ejercéis ante la Inquisición os beneficia por otro lado al pagar los sueldos más bajos.

EL SECRETARIO.— ¡Eso es injusto! ¡Injusto! ¿De qué le serviría a usted disponer de mucho tiempo para la investigación si cada monje ignorante de la Inquisición podría, sin más ni más, prohibir sus pensamientos? No hay rosas sin espinas ni príncipes sin monjes, señor Galilei.

GALILEI.— ¿Y de qué sirve la libertad científica sin tiempo libre para investigar? ¿Qué pasa con los resultados? ¿Por qué no muestra a los señores consejeros mis investigaciones sobre las leyes de la gravitación? *(muestra un manojo de manuscritos)* y pregúnteles si esto no vale un par de escudos más.

EL SECRETARIO.— Son de un valor infinitamente más grande, señor Galilei.

GALILEI.— No de un valor infinitamente más grande, sino de quinientos escudos más, señor.

EL SECRETARIO.— Un escudo tiene valor sólo cuando trae a otro escudo. Si quiere ganar dinero debe mostrarnos otras cosas. Usted sólo puede exigir para la ciencia que vende, tanto como la ganancia que recibirá aquel que se la compra. Ahí tenemos el ejemplo de la filosofía que el señor Colombe vende en Florencia, pues bien, ella trae al Príncipe, por lo menos, diez mil escudos por año. Sus leyes de la gravitación han causado, por cierto, mucho revuelo. Se las aplaude en París y Praga. Pero esos señores que allá aplauden no pagan a la Universidad de Padua lo que usted le cuesta. Su desgracia es la ciencia que ha elegido, señor Galilei.

GALILEI.— Sí, comprendo. Comercio libre, ciencia libre. Comercio libre con la ciencia libre, ¿verdad?

EL SECRETARIO.— ¡Pero señor Galilei! ¡Qué criterio! Permítame decirle que no comprendo completamente sus chistosas observaciones. El floreciente comercio de la República no puede ser objeto de sospechas. En cuanto a la ciencia, en los largos años de mi cargo universitario nunca me atreví a hablar de ella en ese, si se me permite, en ese tono tan frívolo. *(Continúa mientras Galilei dirige nostálgicas miradas a su mesa de trabajo.)* ¡Piense usted un poco en la situación actual! ¡En la esclavitud bajo cuyo látigo suspiran las ciencias en ciertos lugares! ¡Allí, hasta se han cortado látigos de los antiquísimos infolios de cuero! En esos lugares no debe saberse por qué la piedra cae, sino que sólo puede repetirse lo que Aristóteles escribe. Los ojos se tienen sólo para leer. ¿Para qué nuevas leyes de la caída de los cuerpos si sólo lo que importa es la caída de rodillas? Compare esto con la inmensa alegría con que nuestra República recibe sus pensamientos, así sean los más atrevidos. ¡Aquí puede usted investigar! ¡Aquí puede usted trabajar! Nadie lo vigila, nadie lo persigue. Nuestros comerciantes, que bien saben lo que significa mejores lienzos en la competencia con los florentinos, aprecian muy bien su llamado de «Mejor física», y, por otro lado, ¡cuánto debe agradecer la física a la

exigencia de mejores telares! Nuestros más distinguidos ciudadanos se interesan por sus investigaciones, lo visitan y se hacen mostrar sus descubrimientos, y es por cierto gente que no puede desperdiciar su propio tiempo. No desprecie al comercio, señor Galilei. Nadie permitiría que lo molestaran a usted en su trabajo o que algún entrometido le crease dificultades. Reconozca, señor Galilei, que aquí usted puede trabajar.

GALILEI *(desesperado)*.— Sí.

EL SECRETARIO.— En lo que respecta a sus necesidades materiales, haga nuevamente algo bonito, como aquel famoso compás militar con el que *(va contando con los dedos)* sin ningún conocimiento de matemáticas es posible trazar línea, calcular los intereses compuestos de un capital, reproducir croquis de terrenos en diversas escalas y estimar el peso de las balas de cañón.

GALILEI.— Sandeces.

EL SECRETARIO.— ¡Llama sandez a algo que encanta a las señorías más distinguidas y que ha sorprendido y producido dinero contante y sonante! Hasta he oído que el mismo General Stefano Gritti ha llegado a extraer raíces cuadradas con ese instrumento.

GALILEI.— ¡Verdaderamente una maravilla! ¿Sabe Priuli que me ha hecho pensar? Priuli, me parece que tengo algo de la categoría que a usted le agrada. *(Toma la hoja con el croquis.)*

EL SECRETARIO.— ¿Sí? ¡Ah, pero eso sería la solución! *(Se levanta.)* Señor Galilei, nosotros bien sabemos que usted es un gran hombre. Un gran hombre, pero un hombre descontento, si usted me permite.

GALILEI.— Sí, soy un descontento y eso es lo que vosotros me tendríais que pagar si me comprendieseis. Porque yo estoy descontento conmigo mismo. Pero en vez de eso procuráis que lo esté con vosotros. Reconozco que me gusta dedicar toda mi persona a vosotros, mis señores venecianos, con vuestro famoso arsenal, vuestros astilleros y polvorines de artillería. Pero es que no me dejáis tiempo libre para seguir con las especulaciones científicas que me asaltan. Amordazáis justo al buey que trilla. Tengo cuarenta y seis años y no he hecho nada que me tranquilice.

EL SECRETARIO.— Entonces, no quisiera seguir molestándolo.

GALILEI.— Gracias. *(Se va el Secretario. Galilei queda solo algunos instantes y comienza a trabajar. Andrea entra corriendo. Galilei trabajando.)* ¿Por qué no comiste la manzana?

ANDREA.— Porque le quiero demostrar a ella que se mueve.

GALILEI.— Tengo que decirte algo, Andrea. No hables a otros de nuestras ideas.

ANDREA.— ¿Por qué no?

GALILEI.— La Superioridad lo ha prohibido.

ANDREA.— ¡Pero si es la verdad!

GALILEI.— Pero ella lo prohíbe. Además, tengo que decirte otra cosa. Tengo que hacerte una confesión: las teorías de Copérnico son nada más que hipótesis. Dame las lentes.

ANDREA.— Tuve que dejar mi gorra. Como prenda.

GALILEI.— ¿Y qué piensas hacer en el invierno sin gorra? *(Pausa. Galilei acomoda las lentes en el papel con el croquis.)*

ANDREA.— ¿Qué es una hipótesis?

GALILEI.— Es cuando se considera una cosa por cierta cuando todavía no se ha demostrado como hecho real. Por ejemplo, la Felice, ahí abajo, delante de la tienda del cestero, está dando el pecho a su niño. Si decimos que el niño recibe leche de la Felice y no la Felice del niño, el hecho en sí será una hipótesis mientras no se vaya hasta allí, se vea el hecho y se demuestre. Frente a los astros somos como gusanos de ojos turbios que poco ven. Las viejas enseñanzas creídas durante mil años están en completa decadencia. Poca madera queda a los parantes que sostienen esos gigantescos edificios. Son muchas leyes que poco aclaran, mientras que las nuevas hipótesis tienen pocas leyes que mucho aclaran.

ANDREA.— Pero usted ya me demostró todo.

GALILEI.— No, sólo te dije que así podía ser. ¿Entiendes? La hipótesis es muy bella y no hay nada que hable en su contra.

ANDREA.— Yo también quisiera ser físico, señor Galilei.

GALILEI.— Ya lo creo, teniendo en cuenta los innumerables problemas que hay en nuestra materia. *(Ha ido hasta la ventana y ha mirado a través de las lentes.)* Mira, mira por aquí, Andrea.

II

GALILEI ENTREGA UN NUEVO INVENTO A LA REPÚBLICA DE VENECIA.

El gran arsenal en el puerto de Venecia. Regidores presididos por el DUX. Hacia un costado se hallan SAGREDO, amigo de GALILEI, y VIRGINIA GALILEI, de quince años de edad, que lleva una almohadilla de terciopelo sobre la que descansa un anteojo de larga vista de más o menos sesenta centímetros de longitud, en estuche de cuero carmesí. GALILEI, subido a un estrado, detrás de él, el soporte para el anteojo, al cuidado del pulidor FEDERZONI.

GALILEI.— Excelencia, Eminente Señoría. Como maestro de matemáticas en la Universidad de Padua consideré siempre como un deber no sólo el cumplir con mi más alto cargo en la enseñanza, sino también de procurar beneficios especiales a la República de Venecia por medio de inventos útiles. Con profunda alegría y toda la debida humildad puedo presentarles y entregarles hoy un novísimo instrumento, mi anteojo largavista o telescopio, originado en el mundialmente famoso gran Arsenal de Venecia, construido de acuerdo a los más altos principios científicos y cristianos, producto de diecisiete años del paciente trabajo de este devoto servidor. *(Galilei baja del estrado y se coloca junto a Sagredo. Aplausos. Galilei hace una reverencia. Bajo, a Sagredo.)* ¡Esto sí que es perder el tiempo!

SAGREDO *(bajo)*.— Pero podrás pagar al carnicero, viejo.

GALILEI.— Sí, y a ellos les traerá dinero. *(Nueva reverencia.)*

EL SECRETARIO *(sube al estrado)*.— Excelencia, Eminente Señoría. Una vez más se escribe con letras venecianas una hoja de gloria en el Libro de las Artes. *(Aplauso cortés.)* Un sabio de fama mundial entrega hoy a ustedes y sólo a ustedes un valiosísimo tubo para ser fabricado y vendido en la forma que

mejor les plazca. *(Aplauso cerrado.)* ¿Han pensado ya que por medio de este instrumento podremos reconocer en la guerra los buques enemigos en número y poderío dos horas antes de que ellos puedan observar los nuestros? De este modo podremos decidirnos antes a la persecución, a la lucha o a la fuga. *(Entusiasta salva de aplausos.)* Y ahora, Excelencia, Eminente Señoría, el señor Galilei les ruega recibir este producto de su intuición de manos de su encantadora hija. *(Música. Virginia se adelanta, hace una reverencia, entrega el anteojo al Secretario, que a su vez lo pasa a Federzoni. Éste lo coloca en el soporte y lo regula. El Dux y los regidores suben al estrado y miran por el anteojo.)*

GALILEI *(bajo)*.— No creo que podré aguantar largo tiempo este carnaval. Estos creen que reciben una baratija lucrativa, pero tiene otro valor. Ayer a la noche lo dirigí a la Luna.

SAGREDO.— ¿Y qué viste?

GALILEI.— El borde entre la hoz iluminada y la parte redonda oscura no es nítido sino completamente irregular, áspero y dentado. ¡Ni huellas de luz propia! ¿Entiendes lo que esto puede significar?

REGIDORES.— Desde aquí puedo observar las fortificaciones de Santa Rita, señor Galilei. Allá, en ese velero, están almorzando. Pescado frito. Me ha despertado el apetito.

GALILEI.— Sí la Luna fuese una Tierra, y en verdad su apariencia es la de una Tierra… sí, por el instrumento puede verse claramente. Y entonces, me pregunto, ¿qué es la Tierra?

SAGREDO.— Te están hablando.

REGIDOR.— Se ve bien con el armatoste, me parece que tendré que decirles a las mujeres de casa que eso de bañarse en el techo ha concluido.

SAGREDO.— ¿A qué atribuyes que el borde de la hoz no sea nítido ni liso?

GALILEI.— La Luna tiene montañas.

REGIDOR.— Por una cosa así se puede exigir diez escudos, señor Galilei *(Galilei hace una reverencia.)*

VIRGINIA *(trae a Ludovico hasta su padre)*.— Ludovico quiere felicitarte, padre.

LUDOVICO *(confundido)*.— Lo felicito, señor.

GALILEI.— Sí, mejoré el modelo.

LUDOVICO.— Sí, sí, señor. Ya lo veo, usted le puso un estuche rojo, en Holanda era verde.

GALILEI *(a Sagredo)*.— Y yo hasta me pregunto si con el aparato no se puede demostrar cierta teoría…

SAGREDO.— Modérate, hombre.

EL SECRETARIO.— Sus quinientos escudos están seguros, Galilei.

GALILEI *(sin atenderlo)*. Imagina: puntos luminosos en la parte oscura del disco y lugares oscuros en la hoz iluminada. Justo, es hasta demasiado justo. Claro está que siempre soy desconfiado con las deducciones apresuradas. *(El Dux, un modesto hombre obeso, se ha aproximado a Galilei y trata de dirigirse a él con torpe dignidad.)*

EL SECRETARIO.— Señor Galilei, Su Excelencia, el Dux. *(El Dux estrecha la mano de Galilei.)*

GALILEI.— ¡Verdad, los quinientos! ¿Está usted contento, excelencia?

EL DUX.— Desgraciadamente necesitamos siempre un pretexto para nuestros concejales a fin de poderles hacer llegar algo a nuestros sabios.

EL SECRETARIO.— Por otro lado, ¿dónde quedaría el estímulo entonces?

EL DUX *(sonriendo)*.— El pretexto es necesario. *(El Dux y el Secretario guían a Galilei hasta los regidores, que lo rodean. Virginia y Ludovico se retiran lentamente.)*

VIRGINIA.— ¿Hice todo bien?

LUDOVICO.— Creo que sí.

VIRGINIA.— ¿Qué te pasa?

LUDOVICO.— Nada, nada… Creo que un estuche verde hubiese sido lo mismo.

VIRGINIA.— Me parece que están todos contentos con papá.

LUDOVICO.— Y a mí me parece que ya empiezo a comprender ahora algo de lo que es ciencia.

III

10 DE ENERO DE 1610: POR MEDIO DEL TELESCOPIO, GALILEI REALIZA DESCUBRIMIENTOS EN EL CIELO QUE DEMUESTRAN EL SISTEMA DE COPÉRNICO. PREVENIDO POR SU AMIGO DE LAS POSIBLES CONSECUENCIAS DE SUS INVESTIGACIONES, GALILEI MANIFIESTA SU FE EN LA RAZÓN HUMANA

Gabinete de trabajo de GALILEI, en Padua. GALILEI y SAGREDO frente al telescopio.

SAGREDO *(mirando por el telescopio, a media voz)*.— El borde de la hoz es áspero. En la mitad oscura, cerca del borde iluminado, hay puntos de luz. Van apareciendo uno detrás del otro. La luz sale de ellos y se desparrama, aumentando su tamaño sobre superficies cada vez mayores para desembocar al fin en la parte iluminada más grande.

GALILEI.— ¿Qué explicación das a esos puntos?

SAGREDO.— No, no es posible.

GALILEI.— Sí, señor. Son montañas gigantescas.

SAGREDO.— ¿En una estrella?

GALILEI.— Montañas. El Sol dora las cimas mientras en las pendientes reina la noche. Lo que tú ves es la luz que va bajando de las cimas hasta los valles.

SAGREDO.— ¡Pero eso contradice la astronomía de dos siglos enteros!

GALILEI.— Así es. Lo que tú ves aquí no lo ha visto ningún ser humano, salvo yo. Tú eres el segundo.

SAGREDO.— Pero es que la Luna no puede ser una tierra con montañas y valles del mismo modo como la Tierra no puede ser una estrella.

GALILEI.— La Luna puede ser una tierra con montañas y valles, y la Tierra puede ser una estrella, un astro común, uno entre miles. Mira de nuevo: ¿ves, acaso, la parte oscura de la Luna totalmente oscura?

SAGREDO.— No. Ahora que miro con atención, veo todo cubierto por una luz tenue, una luz de color ceniza.

GALILEI.— ¿Y qué clase de luz puede ser?

SAGREDO.— ¿…?

GALILEI.— Es luz de la Tierra.

SAGREDO.— ¡Qué disparate! ¡Cómo va a brillar la Tierra! Con sus cordilleras y bosques y ríos. Un cuerpo frío.

GALILEI.— Del mismo modo que brilla la Luna. Porque los dos astros están iluminados por el Sol, por eso brillan. Lo que es la Luna para nosotros somos nosotros para la Luna. Y ella se nos aparece una vez como hoz, otra vez como semicírculo, una vez llena y otra vez, nada.

SAGREDO.— ¿Entonces quiere decir que no hay diferencia entre Luna y Tierra?

GALILEI.— Al parecer, no.

SAGREDO.— No hace todavía diez años un hombre fue quemado en Roma. Se llamó Giordano Bruno y sostenía lo mismo.

GALILEI.— Efectivamente. Y nosotros lo estamos viendo. Acerca tu ojo al telescopio, Sagredo. Lo que tú ves es que no hay diferencia entre cielo y tierra. Estamos a diez de enero de mil seiscientos diez. La humanidad asienta en su diario: hoy ha sido abolido el cielo.

SAGREDO.— ¡Qué cosa maravillosa es este aparato! *(Golpean a la puerta.)*

GALILEI.— Espera, además he descubierto otra cosa. Y, tal vez, sea todavía más asombrosa. *(Golpean de nuevo. Aparece el Secretario de la Universidad.)*

EL SECRETARIO.— Disculpe usted que lo moleste a estas horas. Le agradecería poder hablarle a solas.

GALILEI.— El señor Sagredo puede oír todo lo que a mí se refiera, señor Priuli.

EL SECRETARIO.— Es que, tal vez, no le resultará agradable a usted que el señor oiga lo que ha ocurrido. Es algo totalmente increíble.

GALILEI.— El señor Sagredo ya está acostumbrado de que en mi presencia ocurran cosas increíbles, señor Priuli.

EL SECRETARIO.— Mucho me temo que… *(Mostrando el telescopio.)* ¡Ahí está el famoso invento! Puede usted tirarlo, es un fracaso, sí, ¡un fracaso!

SAGREDO *(que ha estado paseándose nervioso)*.— ¿Por qué?

EL SECRETARIO.— ¿No sabe usted, acaso, que ese invento que ha sido designado como el fruto de diecisiete años de trabajo se puede comprar en cada esquina de Italia por un par de escudos? ¡Y nada menos que fabricados en Holanda! En este momento un carguero holandés está descargando en el puerto quinientos de esos anteojos.

GALILEI.— ¿Es cierto?

EL SECRETARIO.— No comprendo su tranquilidad, señor.

SAGREDO.— Pero ¿por qué se aflige tanto? Deje que el señor Galilei le cuente los descubrimientos revolucionarios que, gracias a este aparato, ha podido realizar en la bóveda celeste.

GALILEI *(riendo)*.— Usted mismo puede verlos, Priuli.

EL SECRETARIO *(a Sagredo)*.— Es mejor que usted vaya sabiendo que me basta mi descubrimiento de ser el hombre que logró duplicarle el sueldo al señor Galilei por este vulgar trasto. ¡Por pura casualidad los señores de la Alta Signoría no se han encontrado en la primer bocacalle, ampliado siete veces en su tamaño, con algún vendedor ambulante que ofrece este tubo por una bicoca! ¡Y ellos que están en la creencia de haber asegurado a la República con este instrumento algo que sólo aquí puede ser fabricado! *(Galilei ríe a carcajadas.)*

SAGREDO.— Mi estimado señor Priuli, tal vez yo no sea capaz de calcular el valor comercial de un instrumento así, pero su valor para la filosofía es verdaderamente incalculable.

EL SECRETARIO.— ¡Para la filosofía! ¿Qué tiene que hacer el señor Galilei, todo un matemático, con la filosofía? Señor Galilei, una vez usted entregó a la ciudad una excelente bomba de agua y su sistema de irrigación funciona todavía normalmente. Hasta los fabricantes de paños alabaron su máquina. ¿Cómo podía esperar ahora esto de usted?

GALILEI.— No tanta prisa, Priuli. Las rutas marítimas son siempre largas, inseguras y caras. Nos hace falta una especie de reloj exacto en el cielo. Ahora tengo la certeza de que podré seguir con el anteojo el paso de ciertos astros que realizan movimientos muy regulares. Esto traería como consecuencia el ahorro de millones de escudos para la marina, Priuli.

EL SECRETARIO.— Déjeme de esas cosas. Ya lo he estado escuchando bastante. Como pago de mi cortesía me ha convertido en el hazmerreír de la ciudad. Siempre seré en el recuerdo de todos aquel secretario que se dejó embaucar con un anteojo sin valor alguno. Ríase, tiene toda la razón de reírse. Usted se tiene asegurados sus quinientos escudos de oro. Ah, pero yo le aseguro, y es un hombre honorable quién se lo dice, este mundo me asquea, ¡me da asco! *(Se va, cerrando la puerta con violencia.)*

GALILEI.— Cuando está colérico se vuelve simpático. ¿Has oído? Le asquea un mundo en el que no se pueden hacer negocios.

SAGREDO.— ¿Sabías algo ya de esos instrumentos holandeses?

GALILEI.— Naturalmente. Oí hablar de ellos. Pero yo les construí uno mucho mejor a esos tacaños. ¿Cómo podría trabajar de otra forma? ¿Con el alguacil en el cuarto? Virginia necesita pronto un ajuar, ella no es inteligente. Además me gusta mucho comprar libros, no sólo sobre física y me place también comer decentemente. Mis mejores ideas me asaltan justamente cuando saboreo un buen plato. ¡Ah, esta corrompida época! ¡Esos no me han pagado tanto como al cochero que les transporta los toneles de vino! ¡Cuatro brazas de leña por dos lecciones de matemáticas! Sí, les he podido arrancar quinientos escudos, pero tengo todavía deudas, algunas de las cuales tienen ya veinte años. ¡Cinco años de tiempo libre para mis investigaciones y ya habría demostrado todo! Ven, te mostraré algo más.

SAGREDO *(duda de aproximarse al anteojo)*.— Siento algo así como un temor, Galilei.

GALILEI.— Ahora te mostraré una de las nebulosas de la Vía Láctea, brillante, blanca como la leche. ¿Sabes tú en qué consiste?

SAGREDO.— Son estrellas. Incontables.

GALILEI.— Sólo en la constelación de Orión hay quinientas estrellas fijas. Esos son los otros innumerables mundos, los más lejanos astros de los que habló aquél que mandaron a la hoguera. No los vio, pero los esperaba.

SAGREDO.— En el caso mismo que esta Tierra fuese una estrella, no queda comprobado por eso que se mueva alrededor del Sol, como sostiene Copérnico. No existe ningún astro en el cielo que se mueva alrededor de otro. Pero, en cambio, alrededor de la Tierra se mueve siempre la Luna.

GALILEI.— Yo me pregunto… Desde anteayer me pregunto: ¿dónde está Júpiter? *(Lo enfoca.)* Cerca de él hay cuatro estrellas que se captan con el anteojo. Las vi el lunes pero no les dediqué mayor atención. Ayer miré de nuevo y hubiera jurado que habían cambiado de posición… ¿Y ahora qué es esto? Se han movido de nuevo. *(Dejando el sitio.)* Mira, mira tú.

SAGREDO.— Sólo veo tres.

GALILEI.— Y la cuarta, ¿dónde está? Aquí tengo las tablas. Tenemos que calcular los movimientos que han podido haber realizado. *(Excitados, comienzan a trabajar. El escenario se vuelve oscuro pero siempre se ven en el horizonte Júpiter y sus satélites. Cuando comienza a aclarar, se hallan todavía sentados, cubiertos con abrigos de invierno.)* Está demostrado. El cuarto sólo pudo haberse ido detrás de Júpiter, donde no se lo puede ver. Ahí tienes un sol en torno al cual giran las estrellas pequeñas.

SAGREDO.— Pero ¿y la esfera de cristal a la que está ligado Júpiter? ¡Si es una estrella fija!

GALILEI.— Sí, ¿dónde está ahora? ¿Cómo puede Júpiter estar sujeto si hay otras estrellas que dan vueltas en torno a él? Ahí no hay ningún parante, en el universo no hay ningún apoyo. ¡No es nada menos que otro sol!

SAGREDO.— Tranquilízate. Piensas con demasiada prisa.

GALILEI.— ¿Qué? ¿Prisa? ¡Hombre, no te quedes así! Lo que tú estás viendo no lo ha visto nadie hasta ahora. ¡Tenían razón!

SAGREDO.— ¿Quién, los discípulos de Copérnico?

GALILEI.— Y el otro. ¡El mundo entero estaba contra ellos y ellos tenían razón! ¡Esto sí que es algo para Andrea! *(Corre hasta la puerta y llama.)* ¡Señora Sarti! ¡Señora Sarti!

SAGREDO.— ¡Galilei, tranquilízate!

GALILEI.— ¡Sagredo, muévete!

SAGREDO *(desmonta el anteojo)*.— ¿Quieres terminar de una vez de gritar como un loco?

GALILEI.— ¡Quieres terminar de estarte ahí como un bacalao seco en la hora del descubrimiento de la verdad!

SAGREDO.— No me quedo como un bacalao seco… Tiemblo de pensar que podría ser la verdad.

GALILEI.— ¿Qué?

SAGREDO.— ¿Has perdido el juicio? ¿Sabes acaso realmente en lo que te metes si eso que tú ves es la verdad? ¿Y más si lo gritas en todos los mercados? ¡Que existe un nuevo sol y nuevas tierras que giran alrededor de él!

GALILEI.— Sí, sí. ¡Y no que todo el gigantesco universo con todos los astros es el que da vueltas en torno a nuestra pequeñísima tierra, como todos piensan!

SAGREDO.— Entonces sólo hay astros. ¿Y dónde está Dios?

GALILEI.— ¿Qué quieres decir?

SAGREDO.— ¡Dios! ¡Dónde está Dios!

GALILEI *(colérico)*.— ¡Allí no! De la misma manera como no lo encontrarán si lo buscan los de allá, si allá hay seres vivientes.

SAGREDO.— ¿Y dónde está entonces Dios?

GALILEI.— No soy teólogo. Soy matemático.

SAGREDO.— Ante todo eres un hombre y yo te pregunto: ¿dónde está Dios en tu sistema universal?

GALILEI.— ¡En nosotros mismos o en ningún lado!

SAGREDO *(gritando)*.— ¿Cómo lo dijo el condenado a la hoguera?

GALILEI.— Sí, como lo dijo el condenado a la hoguera.

SAGREDO.— Por eso lo quemaron hace menos de diez años.

GALILEI.— ¡Porque no pudo demostrar nada! ¡Porque sólo pudo afirmarlo!

SAGREDO.— Galilei, siempre te he conocido como un hombre astuto. Durante diecisiete años en Padua y tres años en Pisa enseñaste pacientemente el sistema de Ptolomeo a cientos de alumnos. Ese sistema que la Iglesia predica y que las Sagradas Escrituras comprueban. ¡El fundamento de la Iglesia! Tú lo tenías por falso debido a Copérnico, pero tú lo enseñabas.

GALILEI.— Porque no podía demostrar nada.

SAGREDO *(incrédulo)*.— ¿Y tú crees que todo esto ahora lo cambia?

GALILEI.— ¡Un cambio total! Óyeme, Sagredo. Creo en los hombres, es decir, en su razón. Sin esa fe no tendría las fuerzas necesarias para levantarme cada mañana de mi cama.

SAGREDO.— Quiero decirte algo: yo no creo en esa razón. Cuarenta años de vida entre los hombres me han enseñado constantemente que no son accesibles a ella. Muéstrales la cola roja de un cometa, infúndeles miedo y verás cómo salen corriendo de sus casas y se rompen las piernas. Pero diles algo racional y demuéstraselo con siete razones y se burlarán de ti.

GALILEI.— Eso es totalmente falso, es una calumnia. No comprendo cómo puedes tener amor por la ciencia creyendo en esas cosas. Sólo los cadáveres permanecen inmutables a las razones.

SAGREDO.— ¿Cómo puedes confundir tú, razón con esa lamentable astucia que poseen?

GALILEI.— No hablo de su astucia. Ya sé, al asno lo llaman caballo cuando lo venden y al caballo, asno cuando lo quieren comprar. Esa es su astucia. La vieja, que en la noche antes del viaje le da con ruda mano un manojo más de heno a su mula; el navegante, que al comprar las provisiones tiene en cuenta la tormenta y la calma chicha; el niño, que se encasqueta la gorra cuando se le demuestra la posibilidad de una lluvia, todos esos son mi esperanza; todos hacen valer razones. Sí, yo creo en la apacible impetuosidad de la razón sobre los hombres. No podrán resistir a ella durante mucho tiempo. Ningún hombre puede contemplar indefinidamente como yo dejo caer

una piedra *(Deja caer una piedra de la mano.)* y digo: la piedra no cae. Ningún hombre es capaz de eso. La seducción que ejerce una prueba es demasiado grande. Aquí se rinden los más, y a la larga, todos. El pensar es uno de los más grandes placeres de la raza humana.

SRA. SARTI *(entra, en camisa de dormir)*.— ¿Necesita usted algo, señor Galilei?

GALILEI *(que de nuevo está mirando por el anteojo y hace anotaciones, muy cortés)*.— Sí, necesito que venga Andrea.

SRA. SARTI.— ¿Andrea? Está acostado y duerme.

GALILEI.— ¿No puede despertarlo?

SRA. SARTI.— ¿Para qué lo necesita?

GALILEI.— Le quiero mostrar algo que lo pondrá contento. Tiene que venir a ver una cosa que pocos hombres han visto hasta ahora desde que la tierra existe.

SRA. SARTI.— ¿Es algo por su tubo?

GALILEI.— Sí, algo por mi tubo, señora Sarti.

SRA. SARTI.— ¿Y por eso tengo que despertarlo en medio de su sueño? ¿Está usted en sus cabales? Él necesita dormir de noche. ¡Ni pienso despertarlo!

GALILEI.— ¿Seguro que no?

SRA. SARTI.— Seguro que no.

GALILEI.— Entonces tal vez usted misma pueda ayudarme. Mire, tenemos un problema en el cual no podemos ponernos de acuerdo, quizá porque hemos leído demasiado. Es una pregunta sobre el cielo, una pregunta que se refiere a los astros, y es la siguiente: ¿es admisible que lo grande gire en torno a lo pequeño o que lo pequeño gire en torno a lo grande?

SRA. SARTI *(con desconfianza)*.— Con usted uno no se orienta enseguida, señor Galilei. ¿Es una pregunta seria o quiere sólo burlarse otra vez de mí?

GALILEI.— Es una pregunta seria.

SRA. SARTI.— Entonces puede tener enseguida la respuesta. Dígame, ¿usted me sirve la comida a mí o yo se la sirvo a usted?

GALILEI.— Usted me la sirve a mí. Ayer estaba quemada.

SRA. SARTI.— ¿Y por qué estaba quemada? Porque tuve que traerle los zapatos cuando estaba guisando. ¿No le traje acaso los zapatos?

GALILEI.— Es muy probable.

SRA. SARTI.— Usted es el que ha estudiado y el que puede pagar.

GALILEI.— Ya veo, ya veo. No, ya no hay dificultades. Buenas noches, señora Sarti. *(La señora Sarti se va, divertida.)* ¿Y estos seres no quieren comprender la verdad? ¡Si la cogen al vuelo! *(Una campana llama a maitines. Entra Virginia, con abrigo, llevando una lámpara.)* ¿Por qué estás levantada ya?

VIRGINIA.— Iré a maitines con la señora Sarti. Ludovico también irá. ¿Cómo fue la noche, padre?

GALILEI.— Clara.

VIRGINIA.— ¿Puedo mirar?

GALILEI.— ¿Para qué? *(Virginia no sabe qué responder.)* Esto no es un juguete.

VIRGINIA.— No, padre.

GALILEI.— Y por otra parte este tubo decepciona, ya lo oirás por todos lados. Se puede comprar por tres escudos en la calleja y ya fue inventado antes en Holanda.

VIRGINIA.— Pero ¿no has visto nada nuevo en el cielo con él?

GALILEI.— Sólo algunas pequeñas manchas borrosas en el lado izquierdo de una gran estrella que nadie alcanzará a ver, ni siquiera con el tubo. He tenido que idearme algo para que aquel que quiera verlas tenga que empeñarse bastante. *(A medida que habla va dejando de lado a Virginia para dirigirse a Sagredo.)* Quizá las bautice como «Astros de Médici» en honor del Gran Duque de Florencia. A ti tal vez te interese saber que existe la posibilidad de mudarnos a Florencia. He escrito una carta para ver si el Gran Duque necesita mis servicios como matemático en la corte.

VIRGINIA *(radiante)*.— ¿En la corte?

SAGREDO.— ¡Galilei!

GALILEI.— Amigo mío, necesito tranquilidad. Y también la olla llena. En ese cargo no tendré que meterles en la cabeza el sistema de Ptolomeo a ninguna clase de alumnos privados, sino que dispondré de tiempo. ¡Tiempo! ¡Tiempo! ¡Tiempo! ¡Tiempo para poder llegar a mis pruebas! Lo que hasta

ahora he logrado no es suficiente. ¡Esto no es nada, sólo un miserable fragmento! Con esto no puedo presentarme ante el mundo. No tengo ninguna prueba de que algún cuerpo celeste se mueva alrededor del Sol. Pero yo traeré pruebas, pruebas para todos, desde la señora Sarti hasta arriba, hasta el Papa. Mi única preocupación es que la corte no llegara a aceptarme.

VIRGINIA.— ¡Pero, sí, padre, no cabe duda de que te tomarán, con las nuevas estrellas y todo!

SAGREDO *(lee en voz alta el final de la carta que Galilei le ha alcanzado)*.— «Nada anhelo tanto como poder estar cerca de vos, sol naciente que ilumina nuestra era». El Gran Duque tiene nueve años de edad.

GALILEI.— Así es. Me parece que tú encuentras mi carta muy servil. Yo me pregunto si es lo suficientemente servil y no resulte tal vez demasiado formal, como si me hubiese faltado una verdadera sumisión. Escribir una carta sobria sólo puede permitírselo alguien que haya logrado demostrar a Aristóteles, pero no yo. Un hombre como yo sólo puede llegar a una mediana posición arrastrándose sobre su barriga. Y tú lo sabes, desprecio a aquellos cuyo cerebro no es capaz de llenar su estómago. *(A Virginia)* Vete a escuchar tu misa. *(Virginia se va.)*

SAGREDO.— No vayas a Florencia, Galilei.

GALILEI.— ¿Por qué no?

SAGREDO.— Porque allí gobiernan los monjes.

GALILEI.— En la corte florentina hay eruditos de nombre.

SAGREDO.— Lacayos.

GALILEI.— A ésos los tomaré de la cabeza y los arrastraré hasta el anteojo. También los monjes son seres humanos, Sagredo. También ellos capitulan ante la seducción de los hechos. No debes olvidar que Copérnico exigió que creyeran a sus números, yo sólo exigiré que crean a sus propios ojos. Si la verdad es tan débil para defenderse a sí misma debe entonces pasar al ataque. Los tomaré de las cabezas y los obligaré a mirar por este anteojo.

SAGREDO.— Galilei, te veo tomar por el mal camino. Cuando el hombre vislumbra la verdad sobreviene la noche del infortunio y la hora de la ofuscación suena cuando ese hombre cree en la razón de las criaturas

humanas. ¿De quién se dice que marcha con los ojos abiertos? Precisamente de aquel que camina hacia su perdición. ¿Cómo podrían dejar libre los poderosos a alguien que posee la verdad? ¿Aunque esa verdad sea dicha acerca de las más lejanas estrellas? ¿O crees tú acaso que el Papa oye tu verdad cuando tú dices que él está errado, y no oye al mismo tiempo que efectivamente está errado? ¿Crees acaso que sin más ni más escribirá en su diario: 10 de enero de 1610, hoy ha sido abolido el cielo? ¿Cómo puedes partir de la República con la verdad en el bolsillo para caer en las garras de príncipes y monjes con tu anteojo en la mano? Así como eres de desconfiado en tu ciencia así eres crédulo como un niño con todo lo que crees que te felicitaría medios para su cultivo. No crees en Aristóteles pero sí en el Gran Duque de Florencia. Cuando hace unos momentos te veía mirar por el anteojo y contemplar esos nuevos planetas, fue para mí como si te viera en medio de las llamaradas de la hoguera, y cuando dijiste que creías en las pruebas me pareció oler carne quemada. Tengo un gran aprecio por la ciencia, pero más por ti, mi querido amigo. ¡No vayas a Florencia, Galilei!

GALILEI.— Si ellos me aceptan, allá iré. *(En un telón aparece la última hoja de una carta: «A las nuevas estrellas que he descubierto las bautizaré con el alto nombre de la estirpe de los Médici. Bien sé que a los dioses y héroes les ha bastado la elevación de sus nombres a lo alto para su eterna gloria, pero en este caso ocurrirá lo contrario, el nombre de los Médici asegurará a las estrellas que le lleven un inmortal recuerdo. Por mi parte yo os saludo como uno de vuestros más fieles y devotos servidores considerando un gran honor el haber nacido como súbdito vuestro. Nada anhelo tanto como poder estar cerca de vos, sol naciente que iluminará nuestra era».)*

IV

GALILEI HA DEJADO LA REPÚBLICA DE VENECIA POR LA CORTE FLORENTINA. SUS DESCUBRIMIENTOS HECHOS POR MEDIO DEL TELESCOPIO CHOCAN CON LA INCREDULIDAD DEL CÍRCULO DE ERUDITOS DE LA CORTE.

Casa de GALILEI en Florencia. La SEÑORA SARTI realiza preparativos para la recepción de huéspedes. Su hijo ANDREA está sentado acomodando mapas astronómicos.

SRA. SARTI.— Desde que felizmente estamos en esta tan ponderada Florencia, no se termina nunca de agachar el lomo ni de pasar la lengua. La ciudad entera viene a mirar por ese tubo y después… el fregado del piso, para mí. Y de todo esto no resultará nada. Si en esos descubrimientos hubiese algo, los señores clérigos serían los primeros en saberlo. ¡Cuatro años estuve al servicio de Monseñor Filippo y nunca pude terminar de sacudir el polvo de su biblioteca! ¡Tomos encuadernados en cuero y nada de versitos! Y el bueno de Monseñor tenía más de dos libras de callos en el trasero de tanto estar sentado sobre toda su ciencia. ¿Y un hombre así no va a saber esto? Toda la gran visita de hoy va a resultar un chasco, de modo que mañana ni al lechero podré mirarle a la cara. Tenía razón cuando le aconsejé preparar a los señores primero una buena cena, con buena carne de cordero, antes de ir a mirar por el tubo. ¡Pero no hay caso! *(Imita a Galilei.)* «Yo tengo otra cosa mejor para ellos». *(Golpean abajo.)*

SRA. SARTI *(mirando por la mirilla de la ventana)*.— ¡Santo Dios! ¡El Gran Duque está ya aquí! ¡Y Galilei todavía en la Universidad! *(Baja la escalera y hace pasar al Gran Duque de Toscana, Cosme de Médici y al Mayordomo Mayor de la Corte.)*

COSME.— Quiero ver el anteojo.

EL MAYORDOMO.— Tal vez sea Su Alteza tan bondadosa de tener un poco de paciencia hasta que el señor Galilei y los otros señores vuelvan de la Universidad. *(A la señora Sarti.)* El señor Galilei deseaba que los señores astrónomos examinaran las nuevas estrellas descubiertas por él y denominadas «estrellas de Médici».

COSME.— Ellos no creen en el anteojo. No creen en nada. ¿Dónde está pues? *(El jovenzuelo señala la escalera y ante un gesto de asentimiento de la señora Sarti, la sube.)*

EL MAYORDOMO *(un hombre muy anciano)*.— ¡Vuestra Majestad! *(A la señora Sarti.)* ¿Hay que subir por ahí? Yo sólo he venido porque el preceptor está enfermo.

SRA. SARTI.— Al joven señor no le ocurrirá nada. Mi hijo está arriba.

COSME *(arriba entrando)*.— Buenas noches. *(Los muchachos se saludan entre sí con mucha ceremonia. Pausa. Luego Andrea continúa con su trabajo.)*

ANDREA *(imitando a su maestro)*.— Esto es igual que un palomar.

COSME.— ¿Vienen muchos visitantes?

ANDREA.— Andan a los tropezones, papan moscas y no entienden ni jota de nada.

COSME.— Comprendo, comprendo… Este es el… *(señala el anteojo.)*

ANDREA.— Sí, ese es. Pero ojo con poner los dedos.

COSME.— ¿Y esto qué es? *(Señala el modelo de madera del sistema de Ptolomeo.)*

ANDREA.— El de Ptolomeo.

COSME.— ¿Muestra cómo el Sol se mueve, verdad?

ANDREA.— Así dicen.

COSME *(toma el modelo y se sienta en una silla)*.— Mi preceptor está enfermo, por eso pude venir antes. Me gusta estar aquí.

ANDREA *(inquieto, camina arrastrando los pasos, irresoluto, mirando al extraño con desconfianza y al fin, incapaz de resistir la tentación por más tiempo, pesca de atrás de unos mapas*

otro modelo de madera, que representa esta vez el sistema de Copérnico).— Pero en realidad es así.

COSME.— ¿Qué?

ANDREA *(señalando el modelo que tiene Cosme)*.— Así dicen que es, pero así *(señala el suyo.)* es en realidad. La Tierra da vueltas alrededor del Sol, ¿entiendes?

COSME.— ¿Lo dices en serio?

ANDREA.— Seguro, si está demostrado.

COSME.— ¿Sí? Yo quisiera saber por qué no me dejaron ver al viejo, siendo que ayer estaba aún en la cena.

ANDREA.— Parece que usted no cree.

COSME.— Pero sí, por supuesto.

ANDREA *(repentinamente señala el modelo que tiene Cosme)*.— Dámelo, tú no comprendes ni siquiera eso.

COSME.— ¿Para qué quieres dos?

ANDREA.— Dámelo te digo. Eso no es un juguete para niños.

COSME.— No tengo nada en contra de dártelo pero podrías ser un poquito más cortés, ¿entiendes?

ANDREA.— Tú eres un estúpido… con tus cortesías. ¡Suéltalo o te doy una!

COSME.— ¡Quita las manos de ahí! *(Comienza a forcejear cayendo enseguida al suelo.)*

ANDREA.— Te voy a demostrar cómo se trata a un modelo. ¡Ríndete!

COSME.— ¡Ahora se rompió! ¡Que me retuerces la mano!

ANDREA.— Yo te voy a enseñar quién tiene razón. ¡Di que se mueve o te doy de coscorrones!

COSME.— Nunca. ¡Ay, tú, pelo de Judas!

ANDREA.— ¿Qué? ¿Pelo de Judas? ¡Dilo de nuevo! *(Siguen riñendo en silencio. Abajo entran Galilei y algunos profesores de la Universidad.)*

EL MAYORDOMO.— Señores míos, una ligera indisposición impidió al preceptor de Su Alteza, señor Suri, acompañar a Su Alteza hasta aquí.

EL TEÓLOGO.— Ojalá que no sea nada grave.

EL MAYORDOMO.— No, de ninguna manera.

GALILEI *(decepcionado)*.— ¿No ha venido Su Alteza?

EL MAYORDOMO.— Su Alteza está arriba. Ruego a los señores no demorarse. La corte espera con extrema curiosidad la opinión de la distinguida Universidad sobre el extraordinario instrumento del señor Galilei y las maravillosas estrellas recién descubiertas. *(Suben. Los muchachos quedan paralizados. Han oído el ruido de abajo.)*

COSME.— Allí están. ¡Déjame levantarme! *(Se paran rápidamente.)*

Los SEÑORES *(subiendo)*.— No, no, si todo está en el más perfecto orden.

—La Facultad de Medicina ha rechazado la posibilidad de que en la parte vieja de la ciudad pudiera haber apestados.

—Los miasmas deberían estar congelados con la temperatura que reina actualmente.

—Lo peor en estos casos es siempre el pánico.

—No es otra cosa que los casos comunes de constipación en esta época del año.

—Toda otra sospecha es infundada.

—Todo está en el más perfecto orden. *(Arriba, los saludos.)*

GALILEI.— Vuestra Alteza, me siento muy feliz de estar en condiciones de poner en contacto a estos señores con las recientes novedades en vuestra augusta presencia. *(Cosme se inclina muy formal a todos los costados, también ante Andrea.)*

EL TEÓLOGO *(mirando el modelo de Ptolomeo que yace roto en el suelo)*.— Aquí parece que algo se ha quebrado. *(Cosme levanta rápido el modelo y se lo entrega cortésmente de Andrea. Entretanto, Galilei guarda con disimulo el otro modelo.)*

GALILEI *(acercándose al anteojo)*.— Como Vuestra Alteza bien lo sabe, desde hace algún tiempo, nosotros, los astrónomos tenemos grandes dificultades con nuestros cálculos. Para esos cálculos utilizamos un sistema muy antiguo que si bien parece concordar con la filosofía no es compatible con los hechos. Según ese antiguo sistema, el de Ptolomeo, los movimientos de los astros serían complicadísimos. El planeta Venus, por ejemplo, realizaría un movimiento más o menos así. *(Dibuja sobre una pizarra la trayectoria epicíclica de Venus según la hipótesis ptolomeica.)* Pero en el caso que aceptáramos como ciertos a

movimientos tan complicados no nos sería posible calcular de antemano la posición justa de los astros porque no los encontraríamos allí donde deberían estar. Además de esto existen otros movimientos que el sistema de Ptolomeo ignora. Movimientos así, alrededor del planeta Júpiter realizan, a mi parecer, unas pequeñas estrellas descubiertas hace poco por mí. ¿Están conformes los señores en comenzar con un reconocimiento de Júpiter?

ANDREA *(mostrando el banquito frente al anteojo)*.— Por favor, tomen asiento aquí.

EL FILÓSOFO.— Gracias, pequeño, pero me temo que no sea todo tan sencillo. Señor Galilei, antes de emplear su famoso anteojo quisiéramos tener el placer de una disputa. Tema: ¿pueden existir planetas así?

EL MATEMÁTICO.— Sí, de una formal disputa.

GALILEI.— Es que yo había pensado que, para convencerse les bastaría mirar por el anteojo.

ANDREA.— Aquí, por favor.

EL MATEMÁTICO.— Natural, natural. Pero tal vez sepa usted que según las hipótesis de los antiguos no existen ni estrellas que giran alrededor de otro centro que no sea la Tierra ni astros en el cielo que no tengan su correspondiente apoyo.

GALILEI.— Sí.

EL FILÓSOFO.— Y… apartándonos de la posibilidad de la existencia de tales estrellas que el matemático *(Se inclina ante éste)* parece dudar, quisiera yo, con toda humildad, plantear la siguiente pregunta: ¿son necesarias tales estrellas? *Aristotelis divini universum*…

GALILEI.— ¿No podríamos continuar en el habla corriente dado que mi colega, el señor Federzoni, no comprende latín?

EL FILÓSOFO.— ¿Tiene importancia acaso que nos entienda?

GALILEI.— Sí.

EL FILÓSOFO.— Disculpe usted, yo pensé que era su pulidor de lentes.

ANDREA.— El señor Federzoni es un pulidor de lentes y un erudito.

EL FILÓSOFO.— Gracias, pequeño. Si el señor Federzoni insiste…

GALILEI.— El que insiste soy yo.

EL FILÓSOFO.— Mis argumentos perderán su brillantez pero, estamos en su casa. El universo del divino Aristóteles con sus esferas de místicos sonidos y sus cristalinas bóvedas y los giros circulares de sus cuerpos celestes y el ángulo inclinado de la trayectoria solar y los misterios de las tablas de los satélites y la exuberancia de estrellas del catálogo del hemisferio austral y la inspirada construcción del globo celestial, es un edificio de tal orden y belleza que bien deberíamos recapacitar antes de destruir esa armonía.

GALILEI.— ¿Por qué? ¿Y si Vuestra Alteza verificara por medio del anteojo la existencia tanto de esas estrellas imposibles como la de las inútiles?

EL MATEMÁTICO.— Se podría alegar como respuesta que su anteojo, al mostrar algo, que no existe, no es un instrumento muy exacto. ¿Verdad?

GALILEI.— ¿Qué quiere decir con eso?

EL MATEMÁTICO.— Sería mucho más provechoso, señor Galilei, si usted nos pudiera nombrar las causas que lo movieron a suponer la existencia de astros que cuelgan libremente en las esferas superiores del inmutable firmamento.

EL FILÓSOFO.— ¡Razones, señor Galilei, razones!

GALILEI.— ¿Las razones? ¿Cuándo de una mirada a los mismos astros y con mis apuntes queda demostrado el fenómeno? ¡Pero señores, la disputa resultaría absurda!

EL MATEMÁTICO.— Si contáramos con la seguridad de que usted no se irritaría todavía más, podríamos agregar que lo que dice su anteojo y lo que dice el cielo bien pueden ser dos cosas distintas.

EL FILÓSOFO.— Más cortés, imposible.

FEDERZONI.— Piensan que hemos pintado las estrellas de Médici en el lente.

GALILEI.— ¿Me acusa usted de estafa?

EL FILÓSOFO.— Pero… ¿cómo podríamos… en presencia de Su Alteza?

EL MATEMÁTICO.— Su instrumento, así se le llame su vástago o su pupilo, está hecho con toda habilidad, sin lugar a dudas.

EL FILÓSOFO.— Y nosotros estamos completamente convencidos, señor Galilei, que ni usted ni nadie osaría engalanar estrellas con el augusto nombre de la estirpe dinástica sin antes haber alejado toda duda sobre su existencia. *(Todos hacen profundas reverencias ante el Gran Duque.)*

COSME.— ¿Ocurre algo anormal con mis estrellas?

UNA VIEJA DAMA DE HONOR *(al Gran Duque)*.— Todo está en orden con las estrellas de Vuestra Alteza. Los señores sólo se preguntan si realmente existen. *(Pausa.)*

UNA JOVEN DAMA DE HONOR.— Se dice que con el instrumento se puede ver hasta la cola de la Osa Mayor.

GALILEI.— Sí, y todo lo que Dios le dio al Tauro. ¿Van a mirar los señores o no?

EL FILÓSOFO.— Claro, por supuesto.

EL MATEMÁTICO.— ¡Por supuesto! *(Pausa. De improviso, Andrea se vuelve y comienza a atravesar rígido el salón. Su madre lo alcanza.)*

SRA. SARTI.— ¿Qué te pasa?

ANDREA.— Son tontos. *(Se desprende y huye de la habitación.)*

EL FILÓSOFO.— Un lamentable rapaz.

EL MAYORDOMO.— Vuestra Alteza, ¿debo tal vez recordarle que el baile oficial comienza en tres cuartos de hora?

EL MATEMÁTICO.— ¿Y para qué meternos en este baile? Tarde o temprano el señor Galilei tendrá que reconocer las realidades. Sus planetas de Júpiter perforarían la esfera de cristal. Es muy sencillo.

FEDERZONI.— Ustedes se van a asombrar: no hay tal esfera de cristal.

EL FILÓSOFO.— Cualquier libro escolar le dirá de su existencia, buen hombre.

FEDERZONI.— Pues entonces ¿qué esperan para hacer nuevos libros escolares?

EL FILÓSOFO.— Vuestra Alteza, mi respetado colega y yo nos respaldamos nada menos que en la autoridad del mismo divino Aristóteles.

GALILEI *(casi servil)*.— Señores míos, la fe en la autoridad de Aristóteles es una cosa; hechos que se tocan con la mano, son otra. Ustedes sostienen

que, según Aristóteles, existen arriba esferas de cristal, de modo que determinados movimientos no podrían ocurrir porque si no los astros perforarían las esferas. ¿Pero de qué manera, si ustedes pueden constatar esa clase de movimientos? Tal vez entonces lleguen a la conclusión de que tales esferas no existen. Señores míos, les ruego con toda humildad, confíen en sus ojos.

EL MATEMÁTICO.— Mi estimado Galilei, yo acostumbro leer a Aristóteles de tanto en tanto —aunque a usted le parezca anticuado— y puedo asegurarle que ahí sí confío en mis ojos.

GALILEI.— Es que ya estoy acostumbrado a ver cómo los señores de todas las facultades cierran sus ojos frente a hechos palpables y proceden de modo como si no hubiera pasado nada. Les muestro mis apuntes y se sonríen, les pongo mi anteojo a su disposición para que se convenzan y salen citando a Aristóteles. ¡Si el hombre no tenía ningún anteojo!

EL MATEMÁTICO.— Por supuesto, por supuesto.

EL FILÓSOFO *(importante)*.— Si aquí se procura enlodar la autoridad de Aristóteles reconocida no sólo por todas las ciencias de la antigüedad sino también por los Santos Padres de la Iglesia, debo entonces advertir que considero inútil toda continuación de la disputa. Rechazo toda discusión impertinente. ¡Ni una palabra más!

GALILEI.— El padre de la verdad es el tiempo y no la autoridad. ¡Nuestra ignorancia es infinita, disminuyamos de ella tan siquiera un milímetro cúbico! ¿Por qué ahora ese afán de aparecer sabios cuando podríamos ser un poco menos tontos? He tenido la inconcebible felicidad de recibir un instrumento con el cual se puede observar una puntita del universo, algo, no mucho. ¡Utilícenlo!

EL FILÓSOFO.— Vuestra Alteza, damas y caballeros, yo me pregunto: ¿a dónde nos lleva todo esto?

GALILEI.— Yo diría mejor: los científicos no debemos temer hasta dónde nos pueda llevar la verdad.

EL FILÓSOFO *(fuera de sí)*.— ¡Señor Galilei, la verdad nos puede llevar a cualquier parte!

GALILEI.— Vuestra Alteza. En estas noches, en toda Italia se enfoca el cielo con estos anteojos. Las lunas de Júpiter no abaratan la leche pero nunca fueron vistas y la realidad es que existen. De ahí, el hombre de la calle saca la conclusión de que podría ver muchas cosas si abriera sus ojos. Vosotros le debéis una explicación. No son los movimientos de algunas lejanas estrellas los que hacen agudizar los oídos a toda Italia, sino la noticia que doctrinas tenidas como inconmovibles comienzan a perder firmeza. Y cada uno sabe que hay demasiadas en esa situación. Señores míos, no nos pongamos a defender doctrinas en decadencia.

FEDERZONI.— ¡Vosotros que sois los maestros deberíais procurar las conmociones!

EL FILÓSOFO.— Sería de mi agrado que su pulidor se reservara sus consejos en esta disputa científica.

GALILEI.— Vuestra Alteza, mi trabajo en el Gran Arsenal de Venecia me puso en contacto con dibujantes, constructores e instrumentistas. Esa gente me enseñó nuevos caminos. Sin ser ilustrados confían en el testimonio de sus cinco sentidos, sin temer generalmente hacia dónde los pueda llevar ese testimonio, de la misma manera que nuestra gente de mar hace cien años abandonó nuestras costas sin saber a ciencia cierta qué playas tocaría, si en verdad lograban tocar alguna. Me parece que hoy, para encontrar esa noble avidez que llegó a conformar la verdadera gloria de la antigua Grecia debemos dirigirnos a los astilleros.

EL FILÓSOFO.— Después de todo lo que acabo de escuchar, no tengo la menor duda que el señor Galilei encontrará muchos admiradores en los astilleros.

EL MAYORDOMO.— Vuestra Alteza, veo con todo pavor que esta extraordinaria e instructiva conversación se ha prolongado en demasía. Su Alteza debe descansar un poco antes del baile de palacio. *(A una señal, el Gran Duque se inclina ante Galilei. El séquito se pone inmediatamente en movimiento.)*

SRA. SARTI *(se pone en el camino del Gran Duque y le ofrece un plato con pasteles)*.— ¿Una rosquilla, Vuestra Alteza? *(La dama de honor más vieja conduce al Gran Duque afuera.)*

GALILEI *(corriendo detrás)*.— ¡Pero si los señores sólo tienen necesidad de ver por el tubo para convencerse!

EL MAYORDOMO.— Su Alteza no dejará de consultar la opinión del más grande de los astrónomos de nuestro tiempo, el padre Cristóforo Clavius, astrónomo jefe en el Colegio Pontificio de Roma, acerca de sus aseveraciones, señor Galilei.

V

SIN INTIMIDARSE POR LA PESTE, GALILEI CONTINÚA CON SUS INVESTIGACIONES.

De mañana temprano. GALILEI al lado del telescopio sigue con sus apuntes. VIRGINIA entra con una maleta de viaje.

GALILEI.— ¡Virginia! ¿Ha ocurrido algo?

VIRGINIA.— El convento ha cerrado y nos obligan a regresar a casa. En Arcetri hay cinco apestados.

GALILEI *(llamando)*.— ¡Sarti!

VIRGINIA.— Anoche cerraron también la calleja del mercado. Parece que hay dos muertos en la parte vieja de la ciudad y tres están moribundos en el hospital.

GALILEI.— De nuevo lo han callado todo hasta el último minuto.

SRA. SARTI *(entrando)*.— ¿Qué haces tú aquí?

VIRGINIA.— La peste.

SRA. SARTI.— ¡Dios mío! Haré las maletas. *(Se sienta.)*

GALILEI.— Deje las maletas. Cuide de Virginia y de Andrea. Yo juntaré mis apuntes. *(Galilei se dirige apresuradamente a su mesa y recoge algunos papeles con toda precipitación. La señora Sarti pone un abrigo a Andrea, que entra corriendo, y va luego en busca de ropa de cama y comida Entra un lacayo del Gran Duque.)*

LACAYO.— Su Alteza ha abandonado la ciudad en dirección a Bolonia a causa de los estragos de la peste. Antes de partir insistió en dar al señor Galilei la oportunidad de ponerse a salvo. La calesa estará dentro de dos minutos frente a la puerta.

SRA. SARTI *(a Virginia y Andrea)*.— Pronto, vamos ya. ¡Hala!, llevad esto.

ANDREA.— ¿Por qué? Si no me dices primero que es lo que pasa, no voy.

SRA. SARTI.— ¡La peste, hijo mío!

VIRGINIA.— Esperemos a papá.

SRA. SARTI.— Señor Galilei, ¿está ya listo?

GALILEI *(envolviendo el telescopio con el mantel)*.— Lleve a Virginia y Andrea a la calesa. Enseguida voy.

VIRGINIA.— No, sin ti no vamos. Si te pones primero a empaquetar tus libros no estarás nunca listo.

SRA. SARTI.— Ya está ahí el coche.

GALILEI.— Sé razonable, Virginia, si vosotros no subís se marchará el coche. La peste no es ninguna bagatela.

VIRGINIA *(protestando, mientras la señora Sarti la empuja con Andrea hacia afuera)*.— ¡Ayúdelo con sus libros, si no no vendrá!

SRA. SARTI *(llamando desde la puerta)*.— Señor Galilei, el cochero se niega a esperar.

GALILEI.— Señora Sarti… no creo que deba yo partir. Mire esto, está todo en desorden, todo, los apuntes de tres meses que no servirán para nada si no los continúo dos noches más. Y la peste está en todos lados.

SRA. SARTI.— ¡Señor Galilei! ¡Ven inmediatamente! Estás loco…

GALILEI.— Usted debe llevarse a Virginia y Andrea. Yo los seguiré después.

SRA. SARTI.— En una hora no podrá salir ya nadie de aquí. ¡Ven! ¡Tienes que venir! *(Escuchando.)* ¡Se va! ¡Lo detendré! *(Desaparece. Galilei se pasea por la habitación. La señora Sarti regresa muy pálida, sin su atado.)*

GALILEI.— ¡Qué hace ahí parada! Todavía es capaz de perder la calesa con los niños.

SRA. SARTI.— Ya se ha ido. A Virginia la tuvieron que contener. En Bolonia ya se preocuparán de ellos. ¿Pero quién le guisará a usted aquí?

GALILEI.— ¡Estás loca! ¡Quedarte en la ciudad para guisar! *(Toma sus apuntes.)* No vaya a creer que soy un demente. Es que no puedo tirar por la

borda todas estas observaciones. Tengo enemigos poderosos y es necesario que reúna pruebas para ciertas aseveraciones.

SRA. SARTI.— No necesita disculparse. Pero no me dirá que esto es razonable.

b.

Frente a la casa de Galilei en Florencia. Sale Galilei y mira calle abajo. Pasan dos monjas.

GALILEI *(les habla)*.— ¿Pueden ustedes decirme, hermanas, dónde venden leche? Esta mañana no ha venido la lechera y mi ama se ha marchado.

UNA MONJA.— Sólo están abiertas las tiendas de los bajos.

LA OTRA MONJA.— ¿Ha salido usted de ahí? *(Galilei asiente.)* ¡Esa es la calleja! *(Las dos monjas se persignan, murmuran la salutación angélica y desaparecen rápidamente. Aparece un hombre.)*

GALILEI *(le habla)*.— ¿No es usted acaso el panadero que siempre nos trae el pan blanco? *(El hombre asiente.)* ¿No ha visto a mi ama de llaves? Debe haberse marchado ayer al anochecer y desde hoy temprano noto su falta. *(El hombre niega con la cabeza. Una ventana de enfrente se abre y aparece una mujer.)*

LA MUJER *(gritando)*.— ¡Márchese de aquí que esos tienen la peste! *(El hombre huye asustado.)*

GALILEI.— ¿Sabe usted algo de mi ama de llaves?

LA MUJER.— Su ama cayó allá, calle arriba. Lo debe haber presentido, por eso se fue. ¡Qué falta de consideración! *(Cierra la ventana de un golpe. Unos niños vienen bajando la calle y al ver a Galilei huyen con grandes gritos. Éste se da vuelta y ve venir corriendo a dos soldados, con armadura completa.)*

Los SOLDADOS.— ¡Métete enseguida en tu casa! *(Con sus largas picas empujan a Galilei adentro de su casa, tras él cierran el portón.)*

GALILEI *(en la ventana)*.— ¿Podéis decirme qué es lo que ha sucedido con la mujer?

Los SOLDADOS.— A todos los llevan al campo.

LA MUJER *(aparece de nuevo en la ventana)*.— Toda esta calleja allí atrás está contaminada. ¿Por qué no la cerráis? *(Los soldados colocan una cuerda a través de la calle.)*

LA MUJER.— No, así no, ¿no veis que ahora no podrá entrar nadie en nuestra casa? Aquí no es necesario que cerréis. ¡Aquí estamos todos sanos! Dejad, ¿no oís lo que estoy diciendo? Mi esposo está en la ciudad y así no podrá entrar. ¡Bestias! ¡Bestias! *(Se oyen sus gritos y llantos desde adentro. Los soldados se van. En otra ventana aparece una vieja.)*

GALILEI.— Allá atrás se está quemando algo.

LA VIEJA MUJER.— Ya no apagan más si hay sospecha de peste. Cada uno sólo piensa en ella.

GALILEI.— Bien de ellos es esto. Así es todo su sistema de gobierno. Nos derriban como si fuésemos la rama enferma de una higuera. Porque ya no puede dar frutos.

LA VIEJA MUJER.— No debe decir eso. Es que más no pueden hacer.

GALILEI.— ¿Está usted sola?

LA VIEJA MUJER.— Sí, mi hijo me mandó una nota. Gracias a Dios supo ayer que uno había muerto allí atrás y no volvió a casa. Once son los casos habidos durante la noche en esta parte de la ciudad.

GALILEI.— Me reprocho no haber mandado afuera a tiempo a mi ama. Yo debía hacer un trabajo urgente, pero ella no tenía razón de quedarse.

LA VIEJA MUJER.— Tampoco nosotros podemos irnos. ¿Quién nos tomaría? No debe usted hacerse reproches. Yo la vi, se marchó hoy, a eso de las siete. Estaría enferma, porque en el momento en que me vio salir cuando fui a buscar el pan, hizo un rodeo para no encontrarse conmigo. Tal vez no quería que clausuraran su casa. Pero ellos siempre lo llegan a saber todo. *(Se comienza a oír ruido de matracas.)*

GALILEI.— ¿Qué es eso?

LA VIEJA MUJER.— Tratan de disipar con ruidos las nubes que traen la peste. *(Galilei ríe a carcajadas.)* ¡Parece que a usted todavía le quedan ganas de reír! *(Un hombre viene bajando la calle y la encuentra cerrada por la cuerda.)*

GALILEI.— ¡Eh, usted, ahí! Esto está cerrado y en la casa no hay nada para comer. *(El hombre huye sin escuchar.)* ¡Es que no podéis dejarnos morir de hambre! ¡Ea, eh!

LA VIEJA MUJER.— Tal vez nos traigan algo, en último caso le colocaré un cántaro con leche delante de su puerta, pero sólo durante la noche, si usted no tiene temor.

GALILEI.— ¡Ea, eh, pero tienen que oírnos! *(De improviso aparece Andrea junto a la cuerda. Trae una cara llorosa.)* ¡Andrea! ¿Cómo es que estás aquí?

ANDREA.— Estuve hoy temprano ya. Llamé a la puerta pero usted no abrió. La gente me dijo que…

GALILEI.— ¿Pero acaso no partiste?

ANDREA.— Claro que sí, pero en el viaje pude saltar del coche. Virginia siguió. ¿No puedo entrar?

GALILEI.— No, no puedes. Debes ir al convento de las ursulinas. Tal vez tu madre esté allá.

ANDREA.— Ahí estuve, pero no me dejaron pasar. Está tan enferma…

GALILEI.— ¿Y has caminado tanto? Ya son tres días desde que partiste.

ANDREA.— Sí, y tanto tiempo necesité, no se enoje. Una vez me cazaron.

GALILEI *(impotente)*.— No llores más. ¿Sabes? Durante este tiempo he encontrado muchas cosas nuevas. ¿Quieres que te cuente? *(Andrea asiente, sollozando.)* Atiende bien, sino no comprenderás. ¿Te acuerdas cuando te mostré el planeta Venus? No hagas caso de ese ruido, no es nada. ¿Te acuerdas? ¿A que no adivinas lo que he visto? ¡Es como la luna! Lo vi. Igual que a la luna, como una semiesfera y como una hoz. ¿Qué me dices? Te puedo mostrar todo con una pequeña esfera y una luz. Eso te demuestra que tampoco ese planeta tiene luz propia. Y da vueltas alrededor del sol en una simple circunferencia. ¿No es maravilloso?

ANDREA *(sollozando)*.— Seguro, y es un hecho real.

GALILEI *(por lo bajo)*.— Yo no la retuve *(Andrea calla.)*

GALILEI.— Claro está, que si yo no me hubiese quedado eso no habría ocurrido.

ANDREA.— ¿Deberán creerle ellos ahora?

GALILEI.— Tengo todas las pruebas juntas. ¿Sabes? Cuando aquí termine esto me iré a Roma y se las mostraré. *(Dos encapuchados con largos palos y cubos van bajando la calle. Con los palos alcanzan pan a Galilei y a la vieja mujer.)*

LA VIEJA MUJER.— Allá enfrente hay una mujer con tres pequeños. Alcanzadle algo también.

GALILEI.— No tengo nada que beber. En la casa no hay agua. *(Los encapuchados se encogen de hombros.)* ¿Pasáis por aquí mañana?

UN HOMBRE *(con voz apagada por el paño que le tapa la boca)*.— ¿Quién sabe hoy lo que puede ocurrir mañana?

GALILEI.— Si pasáis por aquí, ¿podríais alcanzarme un pequeño libro que necesito para mis estudios?

EL OTRO HOMBRE *(ríe sordamente)*.— Como si hoy importara un libro, conténtate con recibir pan.

GALILEI.— Pero el muchacho ese, mi alumno, estará aquí y os alcanzará el libro para mí. Andrea, es el mapa con el período de revolución de Mercurio que he extraviado. ¿Puedes procurármelo en la escuela? *(Los hombres han seguido entretanto su camino.)*

ANDREA.— Seguro, yo se lo traeré, señor Galilei. *(Se va. Galilei se retira. De enfrente sale la vieja mujer y coloca un cántaro en la puerta de la casa de éste.)*

VI

1616: EL COLEGIO ROMANO, INSTITUTO DE INVESTIGACIONES DEL VATICANO, CONFIRMA LOS DESCUBRIMIENTOS DE GALILEI.

Sala del Colegio Romano en Roma. Es de noche. Altos representantes eclesiásticos, monjes y eruditos forman grupos. Hacia un costado, solo, GALILEI. Reina un desenfrenado alborozo. Antes de que la escena comience, se oyen estruendosas carcajadas.

UN PRELADO GORDO *(teniéndose la barriga, de risa)*.— ¡Oh, necedad de necedades! Yo quisiera que me señalarais una sola frase que no haya sido creída.

UN ERUDITO.— Por ejemplo, que usted sufre de una insuperable repugnancia contra las comidas, Monseñor.

UN PRELADO GORDO.— También lo creen, también lo creen. Sólo lo razonable no es creído. Que hay un diablo, eso sí que lo dudan. Pero que la tierra de vueltas como una bolilla en el sumidero, eso sí que es creído. *¡Sancta simplicitas!*

UN MONJE *(en chanza)*.— ¡Me mareo, me mareo! ¡Se mueve demasiado rápido! Permítame que me apoye en usted, profesor. *(Hace como si trastabillara y se tiene delante del erudito.)*

EL ERUDITO *(imitándolo)*.— Sí, la vieja tierra se ha emborrachado de nuevo. *(Se apoya en otro.)*

EL MONJE.— ¡Alto, alto! ¡Que nos caemos! ¡Alto!

UN SEGUNDO ERUDITO.— Venus está ya completamente torcida. Ahora le alcanzo a ver sólo la mitad del trasero. ¡Socorro! *(Se forma una masa compacta de monjes que, entre risotadas, hacen como si se defendiera de caer al mar en un navío en tormenta.)*

UN SEGUNDO MONJE.— ¡Por lo menos que no caigamos en la luna! Hermanos: ahí parece que existen montañas con puntas muy afiladas.

EL PRIMER ERUDITO.— Apóyate en ellas con el pie.

EL PRIMER MONJE.— ¡Y no mires para abajo! ¡Ay, que sufro de vértigos!

EL PRELADO GORDO *(intencionadamente, en dirección a Galilei)*.— ¡Imposible! ¡Patrañas en el Colegio Romano! *(Grandes risotadas. Por una puerta trasera entran dos astrónomos del Colegio. Se hace silencio.)*

UN MONJE.— ¿Todavía seguís investigando? ¡Esto es un escándalo!

UN ASTRÓNOMO *(colérico)*.— ¡Nosotros no investigamos nada!

EL OTRO ASTRÓNOMO.— ¿Adónde iremos a parar?, no comprendo a Clavius. ¡Si todo lo que se ha dicho en los últimos cincuenta años se fuera a tomar como cierto! En 1572, comienza a brillar una nueva estrella en la esfera más alta, en la octava, la esfera de las estrellas fijas. Esa estrella que era más grande y brillante que sus vecinas desaparece antes de cumplir el año y medio y es relegada al olvido. ¿Y por eso tenemos acaso que preguntarnos qué pasa con la vida eterna y la inmutabilidad del cielo?

EL FILÓSOFO.— Si se lo llegan a permitir nos van a destruir todavía todo el firmamento.

EL PRIMER ASTRÓNOMO.— Eso, ¿adónde vamos? Cinco años más tarde el danés Ticho Brahe fija la trayectoria de un cometa. El camino comenzaba arriba de la Luna y atravesaba, uno tras otro, los anillos de las esferas, los apoyos materiales de los astros movibles. El cometa no encuentra ninguna resistencia, su luz no experimenta ninguna desviación. ¿Debemos acaso preguntarnos por eso qué se ha hecho de las esferas?

EL FILÓSOFO.— ¡No, no puede ser! ¿Cómo puede Cristóforo Clavius, el más grande astrónomo de Italia y de la Iglesia, atreverse a investigar una cosa así?

EL PRELADO GORDO.— ¡Es un escándalo!

EL PRIMER ASTRÓNOMO.— Sí, pero él investiga. Está sentado allí dentro y sigue mirando embobado por ese tubo del diablo.

EL SEGUNDO ASTRÓNOMO.— *¡Principiis obsta!* Todo comenzó cuando nosotros empezamos a calcular la duración del año solar, las fechas de los eclipses de sol y luna, las posiciones de los astros en años y días según las tablas de Copérnico, que es un hereje.

UN MONJE.— Yo me pregunto: ¿qué es mejor, presenciar un eclipse de luna tres días más tarde que lo indicado por el calendario o no alcanzar nunca la bienaventuranza eterna?

UN MONJE MUY DELGADO *(se adelanta con una Biblia abierta en la mano y señala fanáticamente un fragmento con el dedo)*.— ¿Qué es lo que dicen las Sagradas Escrituras? «Sol no te muevas de encima de Gabaón ni tú Luna de encima del valle de Ayalón». ¿Cómo puede detenerse el Sol si no se mueve en absoluto, como sostienen esos herejes? ¿Mienten acaso las Sagradas Escrituras?

EL SEGUNDO ASTRÓNOMO.— Hay apariciones que a nosotros, los astrónomos, nos provocan dificultades, ¿pero acaso es necesario que el hombre comprenda todo? *(Los dos astrónomos se retiran.)*

EL MONJE.— ¡La patria del género humano convertida en una estrella errante! Al hombre, animal, planta y toda la demás naturaleza los meten en un carro y al carro lo hacen dar vueltas en un cielo vacío. Para ellos no hay más ni cielo ni tierra. La Tierra no existe porque sólo es un astro del cielo y tampoco el cielo porque está formado por muchas tierras. No hay más diferencia entre arriba y abajo entre lo eterno y lo perecedero. ¡Que nosotros nos extinguimos ya lo sabemos, que también el cielo se extingue nos lo dicen ahora ésos! Sol, luna, estrellas y nosotros vivimos sobre la tierra. Así se dijo siempre y así estaba escrito. Pero ahora la tierra es también una estrella, según ése. ¡Sólo hay estrellas! Llegará el día en que éstos dirán: tampoco hay hombres ni animales, el hombre mismo es un animal, sólo hay animales.

EL PRIMER ERUDITO *(a Galilei)*.— Ahí abajo se le ha caído algo.

GALILEI *(que entretanto había sacado una piedrecilla del bolsillo, jugando con ella y dejándola caer. Mientras se agacha para recogerla)*.— Arriba, Monseñor, se me ha caído

hacia arriba.

EL PRELADO GORDO *(dándole la espalda)*.— ¡Desvergonzado! *(Entra un Cardenal muy viejo apoyándose en un monje. Se le hace lugar con mucho respeto.)*

EL CARDENAL MUY VIEJO.— ¿Están todavía adentro? ¿No pueden terminar más rápido con esas nimiedades? ¡Ese Clavius podría entender un poco más de su astronomía! He oído que ese señor Galilei trasplanta al hombre desde el centro del orbe a un borde cualquiera. Por consiguiente y sin ninguna duda es un enemigo de la naturaleza humana y como tal debe ser tratado. El hombre es la corona de la creación, eso lo sabe cualquier niño. La criatura más sublime y bienamada del Señor. ¿Cómo puede colocar él esa maravilla, ese magnífico esfuerzo en un asteroide minúsculo, apartado y que dispara continuamente? ¿Acaso él mismo mandaría a su propio hijo así, a un lugar cualquiera? ¿Cómo puede existir gente tan perversa que tenga fe en estos esclavos de sus tablas numéricas? ¿Qué criatura del Señor puede tolerar una cosa así?

EL PRELADO GORDO *(a media voz)*.— El señor está presente.

EL CARDENAL MUY VIEJO *(a Galilei)*.— ¿Así que es usted? Pues mire, yo ya no veo muy bien, pero sí puedo decirle que usted se parece muchísimo a esa persona que condenamos en su tiempo a la hoguera. ¿Cómo se llamaba?

EL MONJE.— Vuestra Eminencia no debe alterarse, el médico…

EL CARDENAL MUY VIEJO *(rechazándolo, a Galilei)*.— Usted quiere degradar a la tierra, a pesar de que viva sobre ella y que de ella todo lo recibe. ¡Usted ensucia su propio nido! ¡Ah, pero no lo consentiré! *(Deja a un lado al monje y comienza a pasearse con orgullo.)* Yo no soy un ser cualquiera que habita un astro cualquiera que da vueltas por algún tiempo. Yo camino sobre la tierra firme, con pasos seguros. Ella está inmóvil, ella es el centro del Todo y yo estoy en su centro y el ojo del Creador reposa en mí, solamente en mí, giran, sujetas en ocho esferas de cristal, las estrellas fijas y el poderoso Sol que ha sido creado para iluminar a mi alrededor. Y también a mí, para que Dios me vea. Así viene a parar todo sobre mí, visible e irrefutable, sobre el hombre, el esfuerzo divino, la criatura en el medio, la viva imagen de Dios, imperecedera y… *(Se desploma.)*

EL MONJE.— ¡Vuestra Eminencia se ha excedido con sus fuerzas! *(En ese momento se abre la puerta trasera y, a la cabeza de sus astrónomos entra el gran Clavius. Atraviesa la sala en silencio con ligero paso sin mirar a sus costados. Casi al salir habla a un monje.)*

CLAVIUS.— Es exacto. *(Sale seguido por los astrónomos. La puerta trasera queda abierta. Silencio sepulcral. El Cardenal muy viejo vuelve en sí.)*

EL CARDENAL MUY VIEJO.— ¿Qué sucede? ¿Se ha dictado el veredicto? *(Nadie se atreve a decírselo.)*

EL MONJE.— Vuestra Eminencia deberá ser transportado a casa. *(Ayudan a marcharse al viejo Cardenal. Todos abandonan estupefactos la sala. Un pequeño monje de la comisión examinadora presidida por Clavius se detiene frente a Galilei.)*

EL PEQUEÑO MONJE *(disimulado)*.— El padre Clavius dijo antes de marcharse: Ahora tienen que arreglárselas los teólogos para componer el cielo. Usted ha vencido. *(Se va.)*

GALILEI *(trata de detenerlo)*.— ¡Ea, yo no, la razón! *(El pequeño monje ya se ha marchado. Galilei también se va. Al cruzar la puerta se encuentra con un clérigo de gran estatura: el Cardenal Inquisidor. Un astrónomo lo acompaña. Galilei hace una reverencia, antes de irse pregunta algo en voz baja al portero.)*

PORTERO *(también en voz baja)*.— Su Eminencia, el Cardenal Inquisidor. *(El astrónomo acompaña al Cardenal Inquisidor hasta el anteojo.)*

VII

PERO LA INQUISICIÓN PONE LA TEORÍA DE COPÉRNICO EN EL INDEX (5 DE MARZO DE 1616).

Casa del Cardenal Belarmino, en Roma. Se realiza un baile. En el vestíbulo, donde dos secretarios eclesiásticos juegan al ajedrez y hacen apuntes sobre los invitados, es recibido GALILEI con aplausos por un grupo de damas y señores con antifaces. Él llega en compañía de su hija VIRGINIA y de LUDOVICO MARSILI, prometido de ésta.

VIRGINIA.— Sólo bailaré contigo, Ludovico.

LUDOVICO.— El broche de tu hombro se ha soltado.

GALILEI.— «Ese tul que cubre tu pecho, Tais no lo ordenes. Cierto desorden, más profundo, se me hace exquisito y a otros también. En la rebosante sala la luz de las velas hacen pensar en los oscuros lugares del acogedor parque».

VIRGINIA.— Siente mi corazón.

GALILEI *(posa su mano sobre el corazón de Virginia)*.— Sí, late.

VIRGINIA.— Hoy quisiera ser hermosa.

GALILEI.— Y debes parecerlo, si no todos comenzarán a dudar que ella se mueve.

LUDOVICO.— No es cierto que se mueve. *(Galilei ríe.)* Roma habla sólo de usted. Pero desde este baile se hablará de su hija.

GALILEI.— Por ahí dicen que es fácil ser hermoso en la primavera romana. Yo mismo debo parecer un Adonis barrigudo. *(A los secretarios.)* Aquí tengo que esperar al señor Cardenal. *(A los novios.)* ¡Id y divertíos! *(Antes de ir hacia atrás, al baile, Virginia vuelve corriendo.)*

VIRGINIA.— Padre, el peluquero en la «Vía del Trionfo» me hizo pasar primero a pesar de que había cuatro damas antes que yo. Enseguida reconoció tu nombre. *(Se va.)*

GALILEI *(a los secretarios que juegan ajedrez)*.— ¿Cómo podéis todavía seguir jugando al viejo ajedrez? Muy limitado es eso, muy limitado. Ahora se juega de manera que las piezas mayores puedan moverse en todas las casillas. La torre así *(Les muestra.)* y el alfil así, y la dama así y también así. Ahora se tiene espacio y se pueden hacer planes.

UN ESCRIBIENTE.— Eso no corresponde a nuestros sueldos bajos, ¿entiende? Nosotros sólo podemos hacer pequeñas jugadas.

GALILEI.— Al contrario, amigo, al contrario. Al que vive en coche le pagan las mejores botas. Señores, hay que marchar con el tiempo, no siempre a lo largo de las costas, alguna vez se tiene que salir a mar abierto. *(El Cardenal muy viejo de la pasada escena atraviesa el escenario guiado por un monje. Distingue a Galilei, pasa frente a él y luego se vuelve, inseguro, lo saluda. Galilei se sienta. Desde el salón de baile se oye, cantado por niños, el comienzo de la famosa poesía de Lorenzo de Médici sobre la caducidad de las cosas humanas.)*

GALILEI.— Roma. ¿Una gran fiesta, eh?

SECRETARIO.— El primer carnaval después de los años de peste. Todas las grandes familias de Italia están representadas aquí esta noche. Los Orsini, Villani, Nuccoli, Soldanieri, Cañe, Lecchi, Estensi, Colombini…

EL SEGUNDO SECRETARIO *(interrumpe)*.— Sus Eminencias, los Cardenales Belarmino y Barberini. *(Entra el Cardenal Belarmino y el Cardenal Barberini cubriendo sus caras con las máscaras de un cordero y una paloma que van unidas a sendos mangos.)*

BARBERINI *(señalando con el índice a Galilei)*.— «Nace el sol y se pone, y vuelve a su lugar», dice Salomón, ¿y qué dice Galilei?

GALILEI.— Cuando era un pillete de quince años, Vuestra Eminencia, encontrándome a bordo de un barco comencé a gritar: la costa se mueve, la costa se aleja. Hoy sé que la costa estaba firme y era el barco el que se movía y se alejaba.

BARBERINI.— Muy astuto, muy astuto. Lo que vemos, Belarmino, es decir, que los astros se mueven, no necesita ser verdad, ahí tienes el ejemplo

de barco y costa. Pero lo que sí es verdad, es decir, que la tierra se mueve, eso no lo podemos ver. Muy astuto. Pero sus lunas de Júpiter son un hueso duro para nuestros astrónomos. Lo malo es, Belarmino, que yo también leí una vez algo de astronomía. Y eso se le pega a uno como la sarna.

BELARMINO.— Marchemos al compás del tiempo. Si hay nuevos planisferios celestes basados en nuevas hipótesis que facilitan la navegación a nuestros marinos, pues bien, que los utilicen. Nosotros desaprobamos sólo las teorías que contradicen las Escrituras. *(Hace señas saludando hacia el salón de baile.)*

GALILEI.— Las Escrituras: «Quien esconde los granos será maldito de los pueblos». Proverbio de Salomón.

BARBERINI.— «Ocultan su saber los sabios». Proverbio de Salomón.

GALILEI.— «Donde faltan los bueyes para arar están vacías las trojes y sin paja los pesebres; donde abundan las mieses allí se ve claramente la fuerza y el trabajo del buey».

BARBERINI.— «Quien domina sus pasiones, mejor es que un conquistador de ciudades».

GALILEI.— «Deseca los huesos la tristeza de espíritu». *(Pausa.)* «¿Acaso no clama la verdad en voz alta?».

BARBERINI.— «¿Puede un hombre andar sobre las ascuas, sin quemarse las plantas de los pies?». Bienvenido a Roma, amigo Galilei. ¿Sabe usted algo del origen de esta ciudad? Dos rapaces, así cuenta la leyenda, recibieron leche y abrigo de una loba. Desde ese momento, todos los niños deben pagar por su leche a la loba. Pero el lugar no es malo. La loba procura toda clase de placeres, tanto celestiales como terrenales. Desde conversar con mi sabio amigo Belarmino hasta tres o cuatro damas de fama internacional. ¿Me permite indicárselas? *(Lleva a Galilei hacia atrás para mostrarle la sala de baile. Galilei lo sigue de mala gana.)* ¿No? Él insiste en una conversación seria. Bien. ¿Está usted seguro, amigo Galilei, que vosotros los astrónomos no os queréis hacer la astronomía un poco más cómoda? *(Lo guía de nuevo hacia adelante.)* Vosotros pensáis en círculos o elipses y en velocidades proporcionadas, es decir, en movimientos simples adecuados a vuestros cerebros. ¿Qué pasaría si a Dios se le hubiese ocurrido dar este movimiento a sus astros? *(Dibuja en el aire, con el*

dedo, una trayectoria muy complicada con velocidades irregulares.) ¿Qué sería entonces de vuestros cálculos?

GALILEI.— Amigo mío, si Dios hubiese construido un mundo así *(Repite la trayectoria de Barberini.)* entonces habría construido nuestros cerebros así *(Repite la misma trayectoria.)* de modo que reconocerían inmediatamente a esos movimientos como si fueran los más simples. Yo creo en la razón.

BARBERINI.— Considero insuficiente a la razón. Él se calla, es muy cortés de responder ahora que él considera insuficiente a mi razón. *(Ríe y regresa a la balaustrada.)*

BELARMINO.— Con la razón, mi estimado Galilei, no se llega a muchos lados. Alrededor nuestro sólo vemos equívocos, crímenes y debilidades. ¿Dónde está la verdad?

GALILEI *(furioso)*.— Yo creo en la razón.

BELARMINO.— Piense usted un poco las fatigas y meditaciones que han costado a los Santos Padres y a tantos otros después de ellos para dar un poco de sentido a un mundo así. ¿Y no es éste, acaso, aborrecible? Piense usted en la barbarie de aquellos que mandan azotar a los labradores semidesnudos en sus propiedades de la Campagna. Y piense usted en la estupidez de esos míseros que en agradecimiento les besan los pies.

GALILEI.— Es una infamia, en mi viaje vi cómo…

BELARMINO.— Por eso nosotros imputamos a un ser más superior la responsabilidad por esos hechos que constituyen al fin la vida, y que nosotros no podemos comprender. Por eso decimos que ese ser superior persigue ciertas intenciones y que todo se desarrolla según un plan premeditado. Eso no quiere decir que caigamos en un absoluto conformismo. Pero es que usted acusa ahora a ese ser supremo de no ver claro el movimiento del Universo, algo que usted sí ve claro. ¿Es sabio pensar así?

GALILEI *(preparado para dar una explicación)*.— Yo soy un crédulo hijo de la Iglesia…

BARBERINI.— Con él ocurre algo espantoso. Él quiere, con toda inocencia, demostrar a Dios los errores más gruesos en la astronomía, como si Él no hubiese estudiado suficientemente esa materia antes de escribir la

Sagrada Biblia. ¡Mi querido amigo! *(A los escribientes.)* No toméis noticias de esto, es sólo una conversación científica entre amigos.

BELARMINO.— ¿No le parece a usted también que el Creador tiene que saber más que su criatura acerca de lo creado?

GALILEI.— Pero, señores míos, al fin y al cabo el hombre no sólo puede interpretar mal el movimiento de los astros, sino que también puede interpretar mal la Biblia.

BELARMINO.— La interpretación de la Biblia incumbe solamente a los teólogos de la Santa Iglesia, ¿no es cierto? *(Galilei calla.)* Ahí tiene, ahora calla usted. *(Hace una seña a los escribientes.)* Señor Galilei, el Santo Oficio ha decidido anoche que la teoría de Copérnico, por la cual el Sol sería centro del universo e inmóvil, y la Tierra, en cambio, no conformaría ese centro y estaría en movimiento, es disparatada, absurda y hereje en la fe. He recibido la misión de prevenirle a usted para que abandone esas opiniones. *(Al secretario.)* Repita eso.

SECRETARIO.— Su Eminencia, el Cardenal Belarmino, al señor Galilei: «El Santo Oficio ha decidido anoche que la teoría de Copérnico, por la cual el Sol sería centro del Universo e inmóvil y la Tierra, en cambio, no conformaría ese centro y estaría en movimiento, es disparatada, absurda y hereje en la fe. He recibido la misión de prevenirle a usted para que abandone esas opiniones».

GALILEI.— ¿Qué significa eso? *(De la sala se oye, cantada por los niños, otra estrofa de la poesía citada. Barberini indica a Galilei que guarde silencio mientras se oye el canto. Los tres escuchan atentamente.)* Pero ¿y la realidad de los hechos? Yo entendí que los astrónomos del Colegio Romano aprobaron mis apuntes.

BELARMINO.— … con las expresiones de la más profunda satisfacción, de la manera más honorífica para usted.

GALILEI.— Sí, pero…

BELARMINO.— La Sagrada Congregación ha dictado su veredicto sin tomar conocimiento de esos detalles.

GALILEI.— Sí, entiendo. Con ello, toda próxima investigación científica…

BELARMINO.— Está absolutamente asegurada, señor Galilei, y de acuerdo al concepto de la Iglesia, que no podemos saber pero que bien podemos investigar. *(Saluda nuevamente a un huésped en el salón de baile.)* Usted queda en libertad de seguir tratando esa teoría en forma de una hipótesis matemática. La ciencia es la legítima y más querida hija de la Iglesia, señor Galilei. Nadie de nosotros toma en serio el que usted quiera socavar la confianza de la Iglesia.

GALILEI *(con ira)*.— Esa confianza se agota cuando se toma como pretexto.

BARBERINI.— ¿Sí? *(Le palmea la espalda mientras suelta una carcajada. Luego lo mira fijamente y le habla con afabilidad.)* No derrame el agua de la tina con niño y todo, amigo Galilei. Nosotros tampoco lo hacemos porque lo necesitamos más que usted a nosotros.

BELARMINO.— Ardo en deseos de presentar al más grande matemático de toda Italia ante el comisario del Santo Oficio, que sabrá dispensarle la más alta de las estimas.

BARBERINI *(tomando a Galilei por el otro brazo)*.— Con lo cual se convertirá de nuevo en manso cordero. También usted hubiera aparecido mejor disfrazado de formal doctor del criterio escolástico, mi querido amigo. Es este mi disfraz el que hoy me permite un poco de libertad. En un atavío así me puede usted oír murmurar: si no hay Dios, hay que inventarlo. Bien, pongámonos otra vez las máscaras, ¡el pobre Galilei no tiene ninguna! *(Toman a Galilei del brazo dejándole el lugar del medio y lo llevan hasta el salón de baile.)*

EL PRIMER ESCRIBIENTE.— ¿Tienes ya las últimas palabras?

EL SEGUNDO ESCRIBIENTE.— En eso estoy. *(Escriben con ahínco.)* ¿Tienes tú eso cuando dijo que cree en la razón? *(Entra el Cardenal Inquisidor.)*

EL INQUISIDOR.— ¿Se efectuó la entrevista?

EL SECRETARIO *(mecánicamente)*.— Primero llegó el señor Galilei con su hija. Ésta se ha prometido hoy con el señor… *(El Inquisidor hace una seña como que eso no le interesa.)* El señor Galilei nos informó, acto seguido, de una nueva forma de jugar al ajedrez, en la que las piezas, en contra de las reglas del juego, pueden moverse en todas las casillas.

EL INQUISIDOR *(de nuevo el mismo gesto)*.— El protocolo. *(Un secretario le alcanza el protocolo. El Cardenal se sienta y lo lee de prisa. Dos damitas, con máscaras, atraviesan el escenario; frente al Cardenal hacen una reverencia.)*

UNA.— ¿Quién es ése?

LA OTRA.— El Cardenal Inquisidor. *(Se van con risas ahogadas. Entra Virginia buscando a alguien.)*

EL INQUISIDOR *(desde su esquina)*.— ¿Qué buscas, hija mía?

VIRGINIA *(asustándose un poco dado que no lo ha visto)*.— ¡Oh, Vuestra Eminencia! *(El Inquisidor le alarga la mano derecha sin levantar la vista. Ella se acerca y, arrodillándose, besa su anillo.)*

EL INQUISIDOR.— ¡Una noche sublime! Permítame felicitarla por sus esponsales. Usted se nos queda en Roma, ¿verdad?

VIRGINIA.— Por el momento, no, Vuestra Eminencia. ¡Hay que preparar tantas cosas para una boda!

EL INQUISIDOR.— Quiere decir que usted acompañará a su padre de regreso a Florencia. Me alegro, me alegro. Me imagino cómo su padre la debe necesitar. La matemática es una compañera muy fría, ¿verdad? Una criatura así, de carne y hueso es una gran cosa en ese ambiente. Cuando se es un genio se corre el peligro de perderse fácilmente en los mundos de los astros, que tan inmensos son.

VIRGINIA *(sin aliento)*.— Usted es muy bueno, Eminencia. Yo no entiendo casi nada de esas cosas.

EL INQUISIDOR.— ¿No? *(Ríe.)* En casa de herrero, cuchillo de palo, ¿verdad? Su padre se divertirá cuando se entere que todo lo que usted sabe de las estrellas se lo enseñé yo, hija mía. *(Hojeando el protocolo.)* Aquí leo que nuestros innovadores, cuyo jefe reconocido en todo el mundo es su padre, un gran hombre, uno de los más grandes hombres, consideran exagerados nuestros actuales conceptos sobre la importancia de nuestra querida tierra. Es que, desde los tiempos de Ptolomeo —un sabio de la antigüedad— hasta hoy, se calculó la medida total de toda la creación, en veinte mil veces el diámetro terráqueo, es decir, para toda la esfera de cristal, en cuyo centro descansa la Tierra. Una respetable extensión, pero muy pequeña, demasiado pequeña para

innovadores. Según ellos esa extensión es de una amplitud inimaginable. La distancia entre Tierra y Sol, que, después de todo, es una distancia respetable, como nosotros siempre creímos, es para ellos tan ínfima comparada con la distancia entre nuestra pobre Tierra y las estrellas fijas sujetas a los anillos más externos, que en los cálculos ni siquiera se necesita tenerla en cuenta. ¡Y después dicen que a esos innovadores no les gusta vivir a lo grande! *(Virginia ríe. También el Inquisidor ríe.)* En efecto, hace poco, unos señores del Santo Oficio se escandalizaron de una imagen así del Universo. Comparada con ella la nuestra resulta una imagen tan pequeñita que bien podríamos colocarla alrededor del cuello tan encantador de cierta joven muchacha. Es que esos señores se inquietan porque un prelado o bien un cardenal podrían extraviarse fácilmente en una distancia tan colosal, y el mismo Papa sería perdido de vista por el Todopoderoso. Sí, esto es divertido, pero, no obstante, estoy contento de saber que usted continuará junto a su padre a quien todos tanto apreciamos, hija mía. Yo me pregunto, ¿conozco, acaso, a su padre confesor?…

VIRGINIA.— El padre Cristóforo, de Santa Úrsula.

EL INQUISIDOR.— Sí, me alegro mucho entonces de que usted acompañe a su padre. Él la necesitará, tal vez usted no se lo imagina, pero ya verá. ¡Usted es tan joven todavía y, verdaderamente, tan de carne y hueso!… Ya aquellos a quienes Dios ha beneficiado no siempre les resulta fácil llevar su genialidad. No siempre… Nadie entre los mortales es tan grande que no pueda ser incluido en una plegaria. Pero yo la estoy deteniendo, hija mía. Todavía su prometido es capaz de ponerse celoso y también su querido padre…, porque le he contado algo sobre los astros, que tal vez sea ya anticuado. Vaya rápido a bailar y no se olvide de saludar de mi parte al padre Cristóforo. *(Virginia hace una profunda reverencia y sale rápidamente.)*

VIII

UN DIÁLOGO

En el palacio de la Legación florentina, en Roma, escucha GALILEI al PEQUEÑO MONJE, que, luego de la sesión del Colegio Romano, le había comunicado furtivamente el veredicto del Astrónomo Pontificio.

GALILEI.— ¡Hable, continúe! La vestimenta que usted lleva le da siempre derecho a decir lo que se le ocurra.

EL PEQUEÑO MONJE.— Yo he estudiado matemáticas, señor Galilei.

GALILEI.— Eso serviría de algo si lo indujera a admitir de cuando en cuando que dos por dos son cuatro.

EL PEQUEÑO MONJE.— Señor Galilei, desde hace tres noches no puedo conciliar el sueño. No sabía cómo hacer compatible el decreto que he leído con los satélites de Júpiter que he visto. Por eso me decidí a decir misa bien temprano para venir a verlo.

GALILEI.— ¿Para venir a decirme que Júpiter no tiene satélites?

EL PEQUEÑO MONJE.— No. Me ha sido posible penetrar en la sabiduría del decreto. Se me han revelado los peligros que traería para la Humanidad un afán desenfrenado de investigar, y por eso he decidido renunciar a la astronomía. Pero quisiera hacer conocer a usted los motivos que pueden llevar a un astrónomo a abstenerse de continuar trabajando en la elaboración de cierta teoría.

GALILEI.— Me permito decirle que esos motivos son ya de mi conocimiento.

EL PEQUEÑO MONJE.— Comprendo su amargura. Usted piensa en ciertos y extraordinarios poderes de la Iglesia. Pero yo quisiera nombrarle

otros. Permítame que le hable de mí. Yo he crecido en la Campagna, soy hijo de campesinos, de gente sencilla. Ellos saben todo lo que se puede saber sobre el olivo, pero de otra cosa muy poco saben. Mientras observo las fases de Venus veo delante de mí a mis padres, sentados con mi hermana cerca del hogar, comiendo sus sopas de queso. Veo sobre ellos las vigas del techo que el humo de siglos han ennegrecido, y veo claramente sus viejas y rudas manos y la cucharilla que ellas sostienen. A ellos no les va bien, pero aun en su desdicha se oculta un cierto orden. Ahí están esos ciclos que se repiten eternamente, desde la limpieza del suelo a través de las estaciones que indican los olivares hasta el pago de los impuestos. Las desgracias se van precipitando con regularidad sobre ellos. Las espaldas de mi padre no son aplastadas de una sola vez sino un poco todas las primaveras en los olivares, lo mismo que los nacimientos que se producen regularmente y van dejando a mi madre cada vez más como un ser sin sexo. De la intuición de la continuidad y necesidad sacan ellos sus fuerzas para transportar, bañados en sudor, sus cestos por las sendas de piedra, para dar a luz a sus hijos, sí, hasta para comer. Intuición que recogen al mirar el suelo, al ver reverdecer los árboles todos los años, al contemplar la capilla y al escuchar todos los domingos el Sagrado Texto. Se les ha asegurado que el ojo de la divinidad está posado en ellos, escrutador y hasta angustiado, que todo el teatro humano está construido en torno a ellos, para que ellos, los actores, puedan probar su eficacia en los pequeños y grandes papeles de la vida. ¿Qué dirían si supieran por mí que están viviendo en una pequeña masa de piedra que gira sin cesar en un espacio vacío alrededor de otro astro? Una entre muchas, casi insignificante. ¿Para qué entonces sería ya necesaria y buena esa paciencia, esa conformidad con su miseria? ¿Para qué servirían ya las Sagradas Escrituras, que todo lo explican y todo lo declaran como necesario: el sudor, la paciencia, el hambre, la resignación, si ahora se encontraran llenas de errores? No, veo sus miradas llenarse de espanto, veo cómo dejan caer sus cucharas en la losa del hogar, y veo cómo se sienten traicionados y defraudados. ¿Entonces no nos mira nadie?, se preguntan. ¿Debemos ahora velar por nosotros mismos, ignorantes, viejos y gastados como somos? ¡Nadie ha pensado otro papel para nosotros

fuera de esta terrena y lastimosa vida! Papel que representamos en un minúsculo astro, que depende totalmente de otros y alrededor del cual nada gira. En nuestra miseria no hay, pues, ningún sentido. Hambre significa sólo no haber comido y no es una prueba a que nos somete el Señor; la fatiga significa sólo agacharse y llevar cargas, pero con ella no se ganan méritos. ¿Comprende usted que yo vea en el decreto de la Sagrada Congregación una piedad maternal y noble, una profunda bondad espiritual?

GALILEI.— ¡Bondad espiritual! Tal vez usted quiera decir que ahí no queda nada, que el vino se lo han vendido todo, que sus labios están resecos, ¡que se pongan entonces a besar sotanas! ¿Y por qué no hay nada? ¿Porque el orden en este país es sólo el orden de un arca vacía? ¿Porque la llamada necesidad significa trabajar hasta reventar? ¡Y todo esto entre viñedos rebosantes, al borde de los trigales! Sus campesinos de la Campagna son los que pagan las guerras que libra en España y Alemania el representante del dulce Jesús. ¿Por qué sitúa él la Tierra en el centro del Universo? Para que la silla de Pedro pueda ser el centro de la Humanidad. Eso es todo. ¡Usted tiene razón cuando me dice que no se trata de planetas sino de los campesinos de la Campagna! Y no me venga con la belleza de fenómenos que el tiempo ha adornado. ¿Sabe usted cómo produce sus perlas la ostra margaritífera? Encerrando con peligro de muerte un insoportable cuerpo extraño, un grano de arena, por ejemplo, rodeándolo con su mucosa. La ostra da casi su vida en el proceso. ¡Al diablo con la perla! Yo prefiero las ostras sanas. Las virtudes no tienen por qué estar unidas a la miseria, mi amigo. Si su gente viviera feliz y cómoda podrían desarrollar las virtudes de la felicidad y del bienestar. Ahora, en cambio, las virtudes de esos exhaustos provienen de exhaustas campiñas y yo no las acepto. Señor, mis nuevas bombas de agua pueden hacer más maravillas que todo ese ridículo trabajo sobrehumano. «Sed fecundos y multiplicaos», porque los campos son infecundos y las guerras os diezman. ¿Debo, acaso, mentir a esa, su gente?

EL PEQUEÑO MONJE *(con gran emoción)*.— ¡Los más sagrados motivos son los que nos obligan a callarnos! ¡Es la tranquilidad espiritual de los desdichados!

GALILEI.— ¿Quiere usted ver un reloj labrado por Cellini que esta mañana entregó aquí el cochero del Cardenal Belarmino? Amigo mío, en recompensa de que yo, por ejemplo, deje a sus padres la tranquilidad espiritual, las autoridades me ofrecen el vino de las uvas que sus padres pisan en los lagares, con sudorosos rostros, creados a imagen y semejanza de Dios. Si yo aceptara callarme sería, sin duda alguna, por motivos bien bajos: vida holgada, sin persecuciones, etcétera.

EL PEQUEÑO MONJE.— Señor Galilei, yo soy sacerdote.

GALILEI.— Pero también es físico. Y, por consiguiente, ve que Venus tiene fases. Ven, mira allá. *(Señala algo a través de la ventana.)* ¿Ves allí en la fuente ésa, cerca del laurel, al pequeño Príapo? ¡El dios de los jardines, de los pájaros y de los ladrones, el obsceno y grosero con dos mil años encima! Él mintió menos, pero no hablemos de eso. Bien, yo también soy un hijo de la Iglesia. ¿Conoce usted la octava sátira de Horacio? Las estoy leyendo de nuevo en estos días. Horacio equilibra un poco. *(Toma un pequeño libro.)* Aquí hace hablar a ese Príapo, una pequeña estatua que se encontraba en los jardines esquilinos. Así comienza:

«Fui un día inútil tronco de higuera, un carpintero qué hacer de mí dudó, si un banco o un Príapo de madera cuando al fin por el Dios se decidió».

¿Cree usted que Horacio hubiera renunciado a poner un banco en la poesía reemplazándolo por una mesa? Señor, mi sentido de la belleza sufriría si en mi imagen del mundo hubiera una Venus sin fases. Nosotros no podemos inventar maquinarias para elevar el agua de los ríos si no nos dejan estudiar la maquinaria más grande de todas, la que está frente a nuestros ojos, ¡la maquinaria de los cuerpos celestes! La suma de los ángulos del triángulo no puede ser cambiada según las necesidades de la curia. No puedo calcular la trayectoria de los cuerpos estelares y al mismo tiempo justificar las cabalgatas de las brujas sobre sus escobas.

EL PEQUEÑO MONJE.— ¿Y usted no cree que la verdad, si es tal, se impone también sin nosotros?

GALILEI.— No, no y no. Se impone tanta verdad en la medida en que nosotros la impongamos. La victoria de la razón sólo puede ser la victoria de

los que razonan. Vosotros pintáis a vuestros campesinos como el musgo que crece sobre sus chozas. ¡Quién puede suponer que la suma de los ángulos del triángulo puede contradecir las necesidades de esos desgraciados! Eso sí, que si de una vez por todas no despiertan y aprenden a pensar, ni las mejores obras de regadío les van a servir de algo. ¡Qué diablos!, yo veo su divina paciencia, pero ¿qué se ha hecho de su divino furor?

EL PEQUEÑO MONJE.— ¡Están cansados!

GALILEI *(le arroja un paquete con manuscritos)*.— ¿Eres, acaso, un físico, hijo mío? Aquí están las razones por qué los mares se mueven en flujo y reflujo. ¡Pero tú no debes leerlo, entiendes! ¿Ah, no? ¿Lo lees ya? ¿Eres, acaso, un físico? *(El pequeño monje se ha enfrascado en los papeles.)* Una manzana del árbol de la ciencia del bien y del mal: éste ya se la está engullendo. ¡Está ya maldito eternamente, pero igual se la engulle, desgraciado, glotón! A veces pienso: me hago encerrar en una mazmorra a diez brazas bajo tierra a la que no llegue más la luz, si en pago averiguo lo que es la luz. Y lo peor: lo que sé tengo que divulgarlo. Como un amante, como un borracho, como un traidor. Es realmente un vicio que nos guía a la desgracia. ¿Cuánto tiempo podré seguir gritando a las paredes? Esa es la pregunta.

EL PEQUEÑO MONJE *(muestra un párrafo en los papeles)*.— Esta parte no la entiendo.

GALILEI.— Te la explico, te la explico.

IX

EL ADVENIMIENTO DE UN NUEVO PAPA, QUE ES TAMBIÉN CIENTÍFICO, ALIENTA A GALILEI A PROSEGUIR CON SUS INVESTIGACIONES SOBREL A MATERIA PROHIBIDA, LUEGO DE OCHO AÑOS DE SILENCIO. LAS MANCHAS SOLARES

Casa de GALILEI en Florencia. Sus discípulos FEDERZONI, EL PEQUEÑO MONJE y ANDREA SARTI —que ha dejado de ser niño— están reunidos en una lección experimental. GALILEI, de pie, lee un libro. VIRGINIA y la SARTI cosen ropa para la boda.

ANDREA *(lee en una pizarra)*.— «Jueves a la tarde. Cuerpos flotantes». Otra vez hielo, cubo con agua; balanza; aguja de hierro; Aristóteles. *(Busca los objetos. Los otros consultan libros.)*

VIRGINIA.— Coser ropa de ajuar siempre se hace con ganas. Éste es para una mesa larga. Ludovico gusta tener huéspedes. Pero debe estar bien hecho porque su madre ve hasta el último hilo. Ella no está de acuerdo con los libros de papá. Tan poco como el padre Cristóforo.

SEÑORA SARTI.— Desde hace años que no escribe libros.

VIRGINIA.— Creo que él se dio cuenta de su equivocación. En Roma, un alto clérigo me explicó mucho de astronomía. Las distancias son muy grandes. *(Entra Filippo Mucius, un erudito de mediana edad. Presenta un aspecto algo trastornado.)*

MUCIUS.— ¿Puede decirle al señor Galilei que debe recibirme? Me condena sin haberme escuchado.

SEÑORA SARTÍ.— Es que él no quiere recibirlo.

MUCIUS.— Dios la premiará si le ruega… ¡Yo debo hablar con él!

VIRGINIA *(va hacia la escalera)*.— ¡Padre!

GALILEI.— ¿Qué pasa?

VIRGINIA.— El señor Mucius.

GALILEI *(va a la escalera, áspero, sus alumnos detrás)*.— ¿Qué desea usted?

MUCIUS.— Señor Galilei, le ruego me permita mostrarle los párrafos en mi libro donde parece haber una reprobación de la teoría de Copérnico sobre el movimiento de la Tierra. Yo he…

GALILEI.— ¿Qué quiere mostrarme? Usted coincide exactamente con el Decreto de la Congregación, está totalmente en su derecho. Si bien estudió matemáticas aquí, eso no nos da derecho a oír de usted que dos por dos son cuatro. Pero, en cambio, tiene derecho a decir que esta piedra *(Saca una pequeña piedra del bolsillo y la tira al vestíbulo.)* acaba de volar hacia arriba, al techo. ¡No me hable usted de dificultades! Yo no me acobardé por la peste y continué con mis apuntes. Y le digo: quien no sabe la verdad sólo es un estúpido, pero quien la sabe y la llama mentira, es un criminal. ¡Retírese de mi casa!

MUCIUS *(apagado)*.— Tiene razón. *(Sale. Galilei vuelve a su gabinete de trabajo.)*

FEDERZONI.— Por desgracia es así. No es ningún genio y no valdría nada si no fuera su alumno. Pero ahora, por supuesto, todos dicen: él oyó todo lo que puede enseñar Galilei y debe reconocer que es todo falso.

SEÑORA SARTI.— Me da lástima ese señor.

VIRGINIA.— ¡Papá le apreciaba tanto!

SEÑORA SARTI.— Yo quisiera hablar contigo sobre tu casamiento, Virginia. Eres todavía muy joven, no tienes madre y tu padre se lo pasa poniendo trozos de hielo en el agua. Pero, de todos modos, te aconsejaría que no le preguntaras nada a él referente a tu matrimonio porque se lo pasaría una semana entera, en la mesa y cuando están esos jóvenes, diciendo las cosas más horribles. No tiene ni siquiera medio escudo de pudor. Nunca lo tuvo. No quiero hablarte ahora de estas cosas sino simplemente cómo será el futuro. Yo tampoco sé mucho, soy una persona sin instrucción, pero en un asunto así, tan serio, no se va a ciegas. Por eso deberías ir a un verdadero astrónomo, en la Universidad, para que te lea el horóscopo y sepas bien a qué atenerte. ¿Por qué ríes?

VIRGINIA.— Porque ya estuve allí.

SEÑORA SARTI *(muy curiosa)*.— ¿Y qué te dijo?

VIRGINIA.— Tres meses tengo que estar precavida porque el sol está en Capricornio, pero luego recibiré un magnífico ascendiente y las nubes se disiparán. Si no pierdo de vista a Júpiter, podré realizar cualquier clase de viajes porque soy un Escorpio.

SEÑORA SARTI.— ¿Y Ludovico?

VIRGINIA.— Es un Leo. *(Después de una pequeña pausa.)* Parece que es sensual. *(Pausa.)* Esos pasos los conozco bien. Son del Rector, señor Gaffone. *(Entra el señor Gaffone, Rector de la Universidad.)*

GAFFONE.— Traigo solamente un libro que puede, tal vez, interesarle a su padre. Pero les ruego, por amor de Dios, no molestar al señor Galilei. Ustedes perdonarán, pero siempre tengo la impresión que cada minuto que se roba a ese gran hombre, se roba a la misma Italia. Les dejo el libro cuidadosamente en sus manos y me marcho en puntas de pie. *(Se va. Virginia da el libro a Federzoni.)*

GALILEI.— ¿De qué se trata?

FEDERZON.— No sé. *(Deletrea.)* «De maculis in sole».

ANDREA.— Sobre las manchas solares. ¡Otro más! *(Federzoni se lo alcanza, enfadado.)*

ANDREA.— Oye la dedicatoria: «A la más grande autoridad viviente de la física, Galileo Galilei». *(Galileo se ha puesto de nuevo a leer.)* He leído el tratado de Fabricio de Osteel sobre las manchas. Cree que son enjambres de estrellas que desfilan entre la Tierra y el Sol.

EL PEQUEÑO MONJE.— ¿No es poco probable eso, señor Galilei? *(Galilei no contesta.)*

ANDREA.— En París y Praga creen que son vapores del Sol.

FEDERZONI.— Hum.

ANDREA.— Federzoni lo duda.

FEDERZONI.— No me metas, por favor. Yo he dicho: hum, eso es todo. Yo soy el pulidor de lentes. Yo pulo lentes y vosotros miráis por ellas observando el cielo, y lo que veis no son manchas sino «maculis». ¿Cómo

puedo yo dudar de algo? ¡Cuántas veces os voy a repetir que no puedo leer los libros porque están en latín! *(Gesticula con rabia con la balanza. Un platillo cae al suelo. Galilei va hasta allí y lo levanta en silencio.)*

EL PEQUEÑO MONJE.— Ahí se encuentra felicidad en la duda. Me pregunto por qué.

ANDREA.— Desde hace dos semanas todos los días de sol subo hasta la buhardilla, debajo del tejado. A través de los intersticios de las tejas se cuela un delgado rayo y así se puede tomar la imagen invertida del Sol sobre una hoja de papel. Tuve oportunidad de ver una mancha, grande como una mosca, borrosa como una nubecilla. Y la mancha cambiaba de lugar. ¿Por qué no investigamos las manchas, señor Galilei?

GALILEI.— Porque estamos trabajando sobre los cuerpos que flotan.

ANDREA.— Mi madre tiene cestos llenos de cartas. Toda Europa pregunta por su opinión. Su prestigio ha crecido tanto que ya no puede callar más.

GALILEI.— Roma ha hecho crecer mi prestigio porque he callado.

FEDERZONI.— Pero ahora usted no se puede permitir más ese silencio.

GALILEI.— Tampoco puedo permitir que se me tueste al fuego como un jamón.

ANDREA.— ¿Piensa usted, entonces, que las manchas tienen algo que ver con aquel asunto? *(Galilei no responde.)* Bien, conformémonos con los trozos de hielo, eso no le puede hacer daño.

GALILEI.— Exactamente. Nuestra tesis, Andrea.

ANDREA.— En lo que corresponde a la flotación diremos que no depende de la forma de un cuerpo sino de que éste sea más liviano o más pesado que el agua.

GALILEI.— ¿Qué dice Aristóteles?

EL PEQUEÑO MONJE.— «Una lámina de hielo ancha y plana es capaz de flotar en el agua mientras una aguja de hierro se sumerge».

GALILEI.— ¿Por qué para ese Aristóteles el hielo no se hunde?

EL PEQUEÑO MONJE.— Porque es ancho y plano, de modo que no es capaz de partir el agua.

GALILEI.— Bien. *(Toma un trozo de hielo y lo pone en el cubo.)* Ahora comprimo el hielo con fuerza contra el fondo de la vasija, aleja la presión de mis manos y ¿qué sucede?

EL PEQUEÑO MONJE.— Sube de nuevo a la superficie.

GALILEI.— Exacto. Al parecer es capaz de partir el agua hacia arriba. Fulganzio.

EL PEQUEÑO MONJE.— Pero ¿por qué razón flota? El hielo es más pesado que el agua, porque es agua solidificada.

GALILEI.— ¿Y qué te parece si fuera agua diluida?

ANDREA.— Tiene que ser más liviano que el agua, si no, no podría flotar.

GALILEI.— Ajá.

ANDREA.— Lo mismo que no puede flotar una aguja de hierro. Todo lo que es más liviano que el agua, flota. Y todo lo que es más pesado, se hunde. Que era lo que se quería demostrar.

GALILEI.— No, Andrea. Dame la aguja de hierro. Dime: ¿el hierro es más pesado que el agua?

ANDREA.— Sí. *(Galilei pone la aguja sobre una hoja de papel y la coloca sobre el agua. Pausa.)*

GALILEI.— Andrea, tienes que aprender a pensar con precaución. ¿Qué sucede?

FEDERZONI.— La aguja flota. ¡Oh, San Aristóteles! ¡A él sí que ellos nunca lo examinaron! *(Ríen.)*

GALILEI.— El sabio engreimiento es una de las principales causas de la pobreza en las ciencias. Su fin no es abrir una puerta a la infinita sabiduría sino poner un límite al infinito error. Tomad nota.

VIRGINIA.— ¿Qué pasa?

SEÑORA SARTI.— Cada vez que ellos ríen me llevo un pequeño susto. ¿De qué reirán?, me pregunto.

VIRGINIA.— Papá dice: los teólogos tienen sus toques de campana y los físicos tienen sus risas.

SEÑORA SARTI.— Pero estoy contenta de que, por lo menos, ya no mira tanto por ese tubo. Eso era peor todavía.

VIRGINIA.— Ahora sólo coloca trocitos de hielo sobre el agua, de ahí no pueden salir cosas malas.

SEÑORA SARTI.— No sé. *(Entra Ludovico Marsili con ropa de viaje, seguido por un sirviente que carga algunas piezas de equipaje. Virginia corre a su encuentro y lo abraza.)*

VIRGINIA.— ¿Por qué no me escribiste que ibas a venir?

LUDOVICO.— Vine hasta las cercanías a inspeccionar nuestros viñedos en Bucciole y no pude dejar de acercarme hasta aquí.

GALILEI *(como miope)*.— ¿Quién es éste?

EL PEQUEÑO MONJE.— Ludovico. ¿Qué, no lo distingue?

GALILEI.— ¡Oh, sí, Ludovico! *(Va a su encuentro.)* ¿Qué tal las caballos?

LUDOVICO.— Están bien, señor.

GALILEI.— Sarti, hay que festejar esto. Trae una jarra del vino siciliano, del añejo. *(La Sarti se va con Andrea.)*

LUDOVICO *(a Virginia)*.— Te encuentro pálida. La vida en el campo te hará bien. Mi madre te espera en septiembre.

VIRGINIA.— Aguarda, te mostraré el vestido. *(Sale corriendo.)*

LUDOVICO.— He oído decir que tiene usted más de mil estudiantes en sus cursos de la Universidad, señor. ¿En qué trabaja actualmente?

GALILEI.— Lo de todos los días. ¿Pasaste por Roma al venir?

LUDOVICO.— Sí. Antes de olvidarme: mi madre le envía sus plácemes por su admirable tacto en vista de la nueva orgía de los holandeses con las manchas solares.

GALILEI *(seco)*.— Muchas gracias. *(La Sarti y Andrea traen vino y vasos. Todos se agrupan en torno a la mesa.)*

LUDOVICO.— Roma tiene ya su novedad para febrero. Cristóforo Clavius expresó su temor de que todo el circo ese de las vueltas de la Tierra alrededor del Sol podía comenzar nuevamente por las manchas solares.

ANDREA.— No hay por qué preocuparse.

GALILEI.— ¿Hay alguna otra novedad de la Ciudad Santa que no sean esperanzas de nuevos pecados por mi parte?

LUDOVICO.— Vosotros debéis saber seguramente que el Santo Padre está moribundo.

EL PEQUEÑO MONJE.— ¡Oh!

GALILEI.— ¿De quién se habla como sucesor?

LUDOVICO.— La mayoría, de Barberini.

GALILEI.— Barberini.

ANDREA.— El señor Galilei conoce a Barberini.

EL PEQUEÑO MONJE.— El Cardenal Barberini es matemático.

FEDERZONI.— ¡Un hombre de ciencia en la Santa Sede! *(Pausa.)*

GALILEI.— Parece que ahora necesitan hombres que hayan leído un poco de matemáticas, como Barberini. Las cosas se empiezan a mover. Federzoni, todavía viviremos una época en la que no se necesitará temer como delincuentes cuando se diga: dos por dos son cuatro. *(A Ludovico.)* Este vino me gusta, Ludovico. ¿Qué te parece?

LUDOVICO.— Es bueno.

GALILEI.— Conozco el viñedo, la pendiente es escarpada y rocosa, la uva es casi azul. Yo adoro este vino.

LUDOVICO.— Sí, señor.

GALILEI.— Tiene sus pequeños defectos, y es casi dulce pero nada más que casi. Andrea, guarda todo eso: hielo, cubo y aguja. Yo estimo los consuelos de la carne. No tengo ninguna paciencia con las almas cobardes que luego hablan de debilidades. Yo digo: gozar es un mérito.

EL PEQUEÑO MONJE.— ¿Qué desea hacer?

FEDERZONI.— Comenzaremos de nuevo con ese circo de las vueltas de la Tierra alrededor del Sol.

ANDREA *(tararea)*.— Las Escrituras refieren que no se mueve y los doctores demuestran que ella está quieta, la cola del mundo coger el Papa debe, pero igual se mueve nuestro inmóvil planeta. *(Andrea, Federzoni y el pequeño monje se dirigen rápidamente a la mesa de experimentos y guardan los objetos.)* Tal vez podríamos descubrir que el Sol también se mueve. ¿Cómo le caería eso, Marsili?

LUDOVICO.— ¿Por qué tanta excitación?

SEÑORA SARTI.— ¡No creo que usted, señor Galilei, quiera comenzar de nuevo con esas cosas del diablo!

GALILEI.— Ahora sé por qué tu madre te mandó a verme. ¡Barberini en el trono papal! El saber será una pasión y la investigación, una voluptuosidad. Clavius tiene razón, esas manchas solares me interesan. ¿Te agrada mi vino, Ludovico?

LUDOVICO.— Ya le dije, señor.

GALILEI.— ¿Pero te gusta realmente?

LUDOVICO *(tieso)*.— Sí, me gusta.

GALILEI.— ¿Serías capaz de aceptar el vino o la hija de un hombre sin exigir que ese hombre renuncie a su profesión? ¿Qué tiene que ver mi astronomía con mi hija? Las fases de Venus no le alteran sus asentaderas.

SEÑORA SARTI.— No sea tan ordinario. Enseguida busco a Virginia.

LUDOVICO *(la detiene)*.— Los matrimonios en familias como la mía no se realizan sólo por razones sexuales.

GALILEI.— ¿Es que no te han permitido durante ocho años casarte con mi hija mientras yo no absolviera mi tiempo de prueba?

LUDOVICO.— Mi mujer tendrá también que hacer una buena figura en el banco de la iglesia de nuestro pueblo.

GALILEI.— Ah, ¿tú quieres decir que tus campesinos harán depender el pago de los arrendamientos de la santidad de su ama?

LUDOVICO.— En cierto modo, sí.

GALILEI.— Andrea, Federzoni, traed el espejo de latón y la pantalla. En ella haremos caer la imagen del Sol, para cuidar nuestros ojos, es tu método, Andrea. *(Andrea se va.)*

LUDOVICO.— Usted una vez afirmó en Roma que nunca más se mezclaría con ese asunto de las vueltas de la Tierra alrededor del Sol, señor.

GALILEI.— Bah, en aquel tiempo teníamos un Papa retrógrado.

SEÑORA SARTI.— Teníamos, dice y todavía el Santo Padre está en vida.

GALILEI.— Casi, casi. Dibujaremos una red de meridianos y paralelos en la imagen del Sol y procederemos metódicamente. Y luego podremos

contestar algunas cartas. ¿Qué te parece, Andrea?

SEÑORA SARTI.— Ahora dice «casi, casi». Cincuenta veces pesa el hombre sus trocitos de hielo, pero cuando le conviene entonces sí que cree ciegamente. *(La pantalla es colocada.)*

LUDOVICO.— Si su Santidad llega a morir, señor Galilei, el próximo Papa —sea quien fuere y así sea grande su estima por las ciencias— tendrá que tener en cuenta el gran amor que le profesan las mejores familias del país.

EL PEQUEÑO MONJE.— Dios creó el mundo físico, Ludovico; Dios hizo la mente humana; Dios permitirá también las ciencias físicas.

SEÑORA SARTI.— Galilei, ahora quiero decirte algo. Yo he visto caer en pecado a mi hijo por esos «experimentos» y «teorías» y «observaciones» y no pude hacer nada contra eso. Tú te has levantado ya contra la superioridad y ellos te han advertido una vez. Los más altos cardenales han intervenido en ti como si fueses un caballo enfermo. Eso hizo efecto por un tiempo, pero hace dos meses, pocos días después de la Inmaculada Concepción, te volví a sorprender cuando volviste a comenzar secretamente con esas «observaciones». ¡En la buhardilla! Yo no hablé mucho pero enseguida me di cuenta. Corrí a prenderle una vela a San José. ¡Es superior a mis fuerzas! Cuando estoy sola contigo, das muestras de sensatez y me dices que tú sabes que tienes que comportarte con cordura porque es peligroso, pero dos días más tarde: ¡experimentos! Y de nuevo estamos en las mismas. Si yo pierdo mi salvación eterna por ser fiel a un hereje, vaya y pase, ¡pero tú no tienes derecho de pisotear la felicidad de tu hija con tus enormes pies!

GALILEI *(gruñón)*.— ¡Venga ese telescopio!

LUDOVICO.— Giuseppe, lleva el equipaje de vuelta al coche. *(El sirviente sale.)*

SEÑORA SARTI.— Esto no lo soportará. ¡Dígaselo usted mismo! *(Sale corriendo, la jarra todavía en la mano.)*

LUDOVICO.— Señor Galilei, mi madre y yo vivimos nueve meses del año en nuestras posesiones en la Campagna y podemos asegurarle que nuestros campesinos no se inquietan por sus tratados sobre los satélites de Júpiter. El trabajo de la labranza es demasiado pesado. Pero si llegaran a saber

que algunos frívolos ataques a la sagrada doctrina de la Iglesia quedan de ahora en adelante sin ser castigados, eso sí que los perturbaría. No olvide usted que esos dignos de lástima, en su embrutecimiento, podrían llegar a revolverlo todo. Son realmente animales, usted no puede imaginarlo. En cuanto oyen el rumor de que en un manzano cuelga una pera ya abandonan todos el trabajo para ir a parlotear.

GALILEI *(interesado)*.— ¿Sí?

LUDOVICO.— Bestias. Cuando se acercan a la finca a protestar por cualquier pequeñez, mi madre se ve en la obligación de hacer azotar a un perro delante de sus ojos, porque sólo eso les hace recordar lo que debe ser disciplina, orden y cortesía. Usted, señor Galilei, ve de cuando en cuando los florecientes maizales; usted come distraído nuestros quesos y nuestras aceitunas, sin tener la menor idea cuánto esfuerzo cuesta producir eso, ¡cuánta vigilancia!

GALILEI.— Joven amigo, yo no como distraído mis aceitunas. *(Grosero)* me estás haciendo perder el tiempo. *(Grita hacia arriba)* ¿Está lista esa pantalla?

ANDREA.— Sí, ¿viene pues?

GALILEI.— ¿Vosotros no azotáis sólo a los perros para mantener la disciplina, verdad, Marsili?

LUDOVICO.— Señor Galilei, usted tiene una mente maravillosa. Lástima.

EL PEQUEÑO MONJE *(sorprendido)*.— ¡Lo está amenazando!

GALILEI.— Sí, yo podría alborotar a sus campesinos al inducirlos a pensar. Y a su servidumbre, y a los capataces.

FEDERZONI.— ¿Cómo? Si ninguno de ellos lee el latín.

GALILEI.— Podría escribir en florentino para muchos, y no en latín para pocos. Necesitamos gente que trabaje con las manos para los nuevos pensamientos. ¿Quién si no desea saber las causas de todas las cosas? Los que sólo ven el pan sobre la mesa, esos no quieren saber cómo fue amasado. La chusma agradece antes a Dios que al panadero. Pero los que hacen el pan comprenderán que nada se mueve sin alguna causa que origine ese movimiento. Tu hermana, Fulganzio, en el lagar de aceite, no se sorprenderá

sino que se reirá cuando oiga que el Sol no es un escudo dorado de la nobleza sino una palanca: la Tierra se mueve porque el Sol la mueve.

LUDOVICO.— Por lo que veo, usted ha tomado su decisión. Así será siempre el esclavo de su pasión. Dispénseme usted ante Virginia. Creo que es mejor que ya no la vea.

GALILEI.— La dote queda siempre a su disposición.

LUDOVICO.— Buenas tardes. *(Se va.)*

ANDREA.— ¡Con saludos nuestros para todos los Marsili!

FEDERZONI.— ¡Esos que ordenan a la Tierra quedarse quieta para que no se les vengan abajo los castillos!

ANDREA.— ¡Para los Cenzi y los Villani!

FEDERZONI.— ¡Y los Cervilli!

ANDREA.— ¡Y los Lecchi!

FEDERZONI.— ¡Y los Pirleoni!

ANDREA.— ¡Que sólo quieren besar los pies al Papa cuando pisotea al pueblo!

EL PEQUEÑO MONJE *(también junto a los aparatos)*.— El nuevo Papa será un hombre ilustrado.

GALILEI.— Empecemos con la observación de estas manchas en el Sol que nos interesan, pero a riesgo propio, sin contar muchos con la protección de un nuevo Papa.

ANDREA *(interrumpiendo)*.— Pero con toda la seguridad de demostrar la falsedad de las sombras estelares del señor Fabricio y de los vapores solares de Praga y París y de demostrar la rotación del Sol…

GALILEI.— Y con alguna seguridad de demostrar la rotación del Sol. Mi intención no es demostrar que yo he tenido razón hasta ahora sino buscar si estoy verdaderamente en lo cierto. Y os digo: despojaos de todas vuestras esperanzas los que ahora comenzáis con las observaciones. Tal vez sean vapores, tal vez sean manchas, pero antes de que nosotros las aceptemos como manchas —lo cual sería muy oportuno— las consideraremos colas de peces. Sí, antes de comenzar volveremos a poner todo en duda. Y no andaremos con botas de siete leguas sino milímetro por milímetro. Y lo que

hoy encontraremos, mañana lo borraremos de la pizarra y cuando volvamos a encontrar lo mismo entonces sí que lo anotaremos. Si encontramos algo que corresponde a lo que deseábamos hallar, lo miraremos con especial desconfianza. Nos pondremos a observar el Sol con el decidido propósito de demostrar la inmovilidad de la Tierra. Y cuando fracasemos en esa empresa, cuando seamos derrotados por completo y sin esperanza, y estemos lamiendo nuestras heridas en el más lamentable de los estados, entonces sí que comenzaremos a preguntarnos si en verdad no habíamos tenido razón antes, es decir, que la Tierra se mueve. *(Con un guiño.)* Pero si cualquier otra hipótesis como esa se deshace entre nuestras manos, entonces sí que no tendremos compasión con aquellos que nada han investigado pero que hablan. ¡Quita el paño del anteojo y enfoca el Sol! *(Él coloca el espejo de latón.)*

EL PEQUEÑO MONJE.— Yo sabía que usted había ya comenzado con el trabajo. Me di cuenta cuando no reconoció al señor Marsili. *(Comienzan a trabajar en silencio. Cuando la resplandeciente imagen del Sol aparece en la pantalla, llega Virginia corriendo vestida de novia.)*

VIRGINIA.— ¿Lo has echado, padre? *(Se desmaya. Andrea y el pequeño monje se apresuran a auxiliarla.)*

GALILEI.— Yo tengo que saberlo.

X

EN EL DECENIO SIGUIENTE, LAS TEORÍAS DE GALILEI SE DIFUNDEN EN EL PUEBLO. PANFLETISTAS Y CANTORES DE BALADAS RECOGEN LAS NUEVAS IDEAS POR TODOS LADOS. EN EL CARNAVAL DE 1632, MUCHAS CIUDADES ELIGEN A LA ASTRONOMÍA COMO MOTIVO PARA LAS COMPARSAS DE SUS GREMIOS.

Una pareja de comediantes semihambrientos, con una chiquilla de cinco años y un niño de pecho, llegan a una plaza donde un gentío, en parte disfrazado, espera el desfile de carnaval. Los dos arrastran atados de ropa, un tambor y otros utensilios.

EL CANTOR DE BALADAS *(con redobles de tambor)*.— ¡Honorables vecinos, damas y caballeros! ¡Antes de que comiencen a desfilar las comparsas de los gremios en esta noche de carnaval, ejecutaremos la última canción florentina que todo el norte de Italia canta y que nosotros hemos importado hasta aquí a pesar de los enormes costos! Se titula «La horrible teoría y dictamen del señor físico real don Galileo Galilei» o «Una prueba de lo que vendrá». *(Canta:)*

El Todopoderoso con don creador
dar vueltas a la tierra al sol ordenó
y una lámpara grande a su vientre colgó
para que girara como un buen servidor.
Porque era su deseo más ferviente
que en torno al señor rodara el sirviente.

Y así comenzaron los menesterosos
tras los poderosos,
los traseros
tras los delanteros,
así en la tierra como en el cielo.
Y en torno al Papa los cardenales.
Y en torno al Cardenal los arzobispos.
Y en torno al Obispo los tribunales.
Y en torno al Tribunal los secretarios.
Y en torno al secretario los artesanos,
y en torno al artesano los servidores.
Y en torno al servidor los ganapanes,
las gallinas, los pobretes y los canes.

Éste es, distinguido público, el orden consumado, *ordo ordinum*, como dicen los señores teólogos: *regula aeternis*, la regla de las reglas. ¿Pero qué sucedió, apreciado público? *(Canta:)*

Y ahí viene el doctor Galilei
(tira la Biblia, sacude su anteojo,
y lo dirige al gran universo)
ordena al astro rey detenerse
porque toda la inmóvil *creatio dei*
debe dar vueltas, girar y moverse,
correrá entonces la rica señora
y el aya actuará de espectadora.
¿Qué decís de esto?, es tremendo, pero no hay broma.
La servidumbre cada día está más insolente,
pero una cosa es cierta, hablemos en nuestro idioma:
¿quién no sueña con ser su propio señor para siempre?
El criado, holgazán; la criada, fresca.
El perro del matarife engordará.
El monaguillo marchará a la pesca.
El aprendiz en la cama quedará.
¡No, no, no! Con la Biblia, señores, no hagáis bromas,
¡al cogote del gañán la cuerda bien resistente!
Pero una cosa es cierta, hablemos en nuestro idioma:
¿quién no sueña con ser su propio señor para siempre?
Mis buenos vecinos: mirad un poco en ese futuro
que anuncia el doctor Galileo Galilei:

Dos amas de casa en el mercado
no se explicaban lo que veían:
la pescadera cogió un pescado
y sola, con pan se lo comía.
El albañil, los hoyos ya cavados,
busca la piedra y mampostería
del señor y ya todo terminado
se mete adentro con sabiduría.
¡Oh! ¿Es posible esto? No, no, no, aquí no hay broma,
¡al cogote del gañán la cuerda bien resistente!
Pero una cosa es cierta, hablemos en nuestro idioma:
¿quién no sueña con ser su propio señor para siempre?
El campesino pega en el trasero
a su señor sin consideración.
Y ahora, la leche que daba al clero
sus niños beberán con fruición.
¡No, no, no! Con la Biblia, señores, no hagáis bromas,
¡al cogote del gañán la cuerda bien resistente!
Pero una cosa es cierta, hablemos en nuestro idioma:
¿quién no sueña con ser su propio señor para siempre?

LA MUJER.—

En el pecado caí
y a mi marido dejé
por ver si un astro fijo
encontraba por ahí.

EL CANTOR DE BALADAS.—

¡No, no, no, Galilei, no, no! Termina la broma,
Atended: el perro sin bozal muerde a la gente.
Pero una cosa es cierta y bien lo sabe Roma:
¿quién no sueña con ser su propio señor hoy y siempre?

AMBOS.—

Los que en la tierra sufrís, ¡ay! Reuníos todos juntos
y aprended de Galilei a poner la raya y punto
a lo que ya es suficiente

¿quién no sueña con ser su propio señor para siempre?

EL CANTOR DE BALADAS.— Vecinos, mirad el fenomenal descubrimiento de Galileo Galilei. ¡La tierra gira alrededor del sol! *(Bate fuertemente el tambor. La mujer y la chiquilla se adelantan. La mujer sostiene un tosco dibujo del sol. La chiquilla con una calabaza en la cabeza —imagen de la tierra— da vueltas alrededor de la mujer. El cantor indica con grandes gestos a la chiquilla, como si ésta fuera a realizar un peligroso salto mortal, ya que camina hacia atrás, al compás de los redobles del tambor. Luego, se oyen desde atrás otros tambores.)*

UNA VOZ PROFUNDA.— ¡Las comparsas! *(Entran dos hombres con harapos, tirando un pequeño carro. Sobre el mismo está sentado, en un ridículo trono, una figura con una corona de cartón y vestida de arpillera que espía por un telescopio. Sobre el trono, un letrero: «Buscad el disgusto». Más atrás vienen cuatro hombres enmascarados que llevan un gran lienzo, donde paran y arrojan un muñeco que representa un cardenal. Un enano se ha colocado a un lado con un letrero: «La nueva era». De la multitud sale un pordiosero que levanta en alto sus muletas y se pone a bailar pataleando en el suelo hasta que cae con gran ruido. Luego, entra un enorme muñeco que hace reverencias al público: Galileo Galilei. Delante de él un niño con una enorme Biblia abierta, con las páginas tachadas.)*

EL CANTOR DE BALADAS.— ¡Galileo, el triturador de la Biblia!

XI

1633: EL FAMOSO INVESTIGADOR RECIBE ORDEN DE LA INQUISICIÓN DE TRASLADARSE A ROMA.

Antesala y escalera en el palacio de los Médici en Florencia. Galilei y su hija aguardan ser recibidos por el Gran Duque.

VIRGINIA.— Es larga la espera.

GALILEI.— Sí.

VIRGINIA.— Ahí está de nuevo esa persona que nos siguió hasta aquí. *(Señala a un individuo que pasa de largo sin mirarla.)*

GALILEI *(cuyos ojos han sufrido)*.— No lo conozco.

VIRGINIA.— Pero yo sí, lo he visto muchas veces en les últimos días. Siento miedo.

GALILEI.— ¡Pamplinas! Estamos en Florencia y no entre bandidos corsos.

VIRGINIA.— Ahí viene el Rector.

GALILEI.— A ese le temo. El estúpido me enredará de nuevo en una conversación sin fin. *(El señor Gaffone, Rector de la Universidad, viene bajando la escalera. De pronto se asusta al ver a Galilei y pasa tieso delante de ellos la cabeza contraída espasmódicamente hacia otro lado. Saluda con un movimiento de cabeza apenas perceptible.)*

GALILEI.— ¿Qué le pasa a éste? Mis ojos están hoy de nuevo mal. Pero ¿saludó por lo menos?

VIRGINIA.— Apenas. ¿Qué has escrito en tu libro? ¿Es posible que lo consideren hereje?

GALILEI.— Tú estás muy metida con la Iglesia. El madrugar y el correr a la misa te estropea la tez. Rezas por mí, ¿verdad?

VIRGINIA.— Ahí está el señor Vanni, el fundidor, para quien tú proyectaste aquella planta de fundición. *(Por la escalera ha bajado un hombre.)*

VANNI.— ¿Le gustaron las codornices que le envié, señor Galilei? Arriba estaban hablando de usted. Se lo hace responsable por los panfletos contra la Biblia que hace unos días se vendían por todas partes.

GALILEI.— Las codornices eran excelentes. De nuevo, muchas gracias. De los panfletos no sé nada. La Biblia y Homero son mis lecturas predilectas.

VANNI.— Y aunque no lo fueran, quisiera aprovechar la oportunidad para asegurarle que nosotros, los de la manufactura, estamos con usted, Yo en verdad no sé mucho de los movimientos de las estrellas, pero para mí usted es el hombre que lucha por la libertad de enseñar nuevas cosas. Tomemos por ejemplo ese cultivador mecánico de Alemania que usted me describió. En el último año aparecieron sólo en Londres cinco tomos sobre agricultura. Aquí bien estaríamos agradecidos por un libro sobre los canales holandeses. Los mismos círculos que le ocasionan dificultades a usted son los que no permiten a los médicos de Boloña abrir cadáveres para la investigación.

GALILEI.— Su idea conduce, Vanni.

VANNI.— Eso espero. ¿Sabe usted que Ámsterdam y Londres tienen mercados monetarios? Y escuelas profesionales también. Regularmente se editan diarios con noticias. ¡Aquí ni tenemos la libertad de hacer dinero! Se está en contra de las fundiciones de hierro porque se cree que con muchos trabajadores en un lugar se fomenta la inmoralidad. Yo me juego por hombres como usted. Señor Galilei, si alguna vez llegaran a hacer algo contra su persona, recuerde que aquí tiene amigos en todos los ramos del comercio. Con usted estarán todas las ciudades del norte italiano, señor.

GALILEI.— Por lo que yo sé nadie tiene la intención de hacerme daño alguno.

VANNI.— ¿No?

GALILEI.— No.

VANNI.— Según mi opinión en Venecia estaría usted más seguro. Menos sotanas. Desde allí sí que podría comenzar la lucha. Yo tengo una calesa de viaje y caballos, señor.

GALILEI.— No puedo verme como fugitivo, aprecio mi comodidad.

VANNI.— Seguro, pero después de lo que acabo de oír allá arriba hay que darse prisa. Tengo la impresión de que su presencia en Florencia no les es muy grata.

GALILEI.— Sandeces. El Gran Duque es mi alumno y aparte de eso el Papa mismo respondería con un furioso no a cualquier intento de ponerme una soga al cuello.

VANNI.— Me parece que usted no sabe diferenciar bien sus amigos de sus enemigos, señor Galilei.

GALILEI.— Yo sé distinguir potencia de impotencia. *(Se aleja bruscamente.)*

GALILEI *(volviendo a Virginia)*.— Cada prójimo que tiene algo de qué quejarse me elige como su representante, especialmente en lugares que no me son nada útiles. He escrito un libro sobre la mecánica del universo, eso es todo. Lo que de allí resulte, no me interesa nada.

VIRGINIA *(en voz alta)*.— ¡Si la gente supiera con qué palabras juzgaste lo que pasó por todas parte en el último carnaval!

GALILEI.— Sí. Da miel a un oso y perderás el brazo, cuando la bestia tiene hambre.

VIRGINIA *(por lo bajo)*.— ¿Pero te ha citado para hoy el Gran Duque?

GALILEI.— No. Pero me hice anunciar. Él quiere tener el libro, para eso me ha pagado. Pesca algún funcionario y quéjate de que no nos atienden.

VIRGINIA *(seguida por el individuo se dirige a hablar con un funcionario)*.— Señor Mincio, ¿está enterada Su Alteza de que mi padre le desea hablar?

EL FUNCIONARIO.— ¡Qué sé yo!

VIRGINIA.— Eso no es una respuesta.

EL FUNCIONARIO.— ¿No?

VIRGINIA.— Usted tiene el deber de ser cortés. *(El funcionario le da casi la espalda y bosteza, mientras mira al individuo.)*

VIRGINIA *(de vuelta)*.— Él dice que el Gran Duque está todavía ocupado.

GALILEI.— Oí algo de «cortés». ¿Qué pasaba?

VIRGINIA.— Le agradecí por su cortés información. Eso fue todo. ¿No puedes dejar el libro aquí? Pierdes mucho tiempo…

GALILEI.— Comienzo a preguntarme de qué vale todo este tiempo. Es posible que acepte una invitación de Sagredo para ir a Padua por un par de semanas. Mi salud no es de las mejores.

VIRGINIA.— Tú no podrías vivir sin tus libros.

GALILEI.— Algo del vino siciliano se podría llevar en el coche, en un cajón, o en dos…

VIRGINIA.— Siempre dijiste que ese vino no aguanta el viaje. Por otra parte la corte te debe todavía tres meses de sueldo, que no te lo van a mandar a Padua.

GALILEI.— Eso es cierto. *(El Cardenal Inquisidor baja la escalera. Al pasar hace una profunda reverencia frente a Galilei.)*

VIRGINIA.— ¿Por qué está el Cardenal Inquisidor en Florencia, papá?

GALILEI.— No sé. Se comportó con respeto. Yo supe lo que hacía cuando regresé a Florencia y callé durante ocho años. Me han ponderado tanto que ahora me tienen que aceptar tal como soy.

EL FUNCIONARIO *(en voz alta)*.— ¡Su Alteza, el Gran Duque! *(Cosme de Médici baja por la escalera. Galilei sale a su encuentro. Cosme se detiene un tanto desconcertado.)*

GALILEI.— Quisiera presentar a Vuestra Alteza mis diálogos sobre los dos más grandes sistemas universales.

COSME.— ¿Ah sí? ¿Cómo están sus ojos?

GALILEI.— No de lo mejor, Vuestra Alteza. Si Vuestra Alteza me permite, yo escribí este libro…

COSME.— El estado de sus ojos me intranquiliza, realmente. Me intranquiliza. Eso demuestra que usted tal vez emplea su magnífico anteojo con demasiado celo, ¿verdad? *(Continúa su camino sin tomar el libro.)*

VIRGINIA.— Padre, siento temor.

GALILEI.— ¿No tomó el libro, eh? *(Apagado pero firme.)* No demuestres debilidad. De aquí no iremos a casa sino a Volpi, el cristalero. He quedado

con él que en patio de la taberna debe estar siempre listo un carro con toneles vacíos que me pueda sacar de la ciudad.

VIRGINIA.— Tú sabías…

GALILEI.— No mires al individuo que nos sigue. *(Quieren salir.)*

UN ALTO FUNCIONARIO *(baja la escalera)*.— Señor Galilei, tengo la misión de llevar a su conocimiento que la corte florentina no está más en condiciones de oponerse al deseo de la Santa Inquisión de interrogarlo, en Roma. El coche de la Santa Inquisición lo espera, señor Galilei.

XII

EL PAPA

Un aposento en el Vaticano. El Papa Urbano VIII, excardenal Barberini, recibe al Cardenal Inquisidor, siendo vestido durante la audiencia. Desde afuera, se oye el paso furtivo de muchos pies.

EL PAPA *(en voz alta)*.— ¡No, he dicho que no!

EL INQUISIDOR.— ¿Entonces Vuestra Santidad quiere comunicar a los doctores de todas la facultades, a los representantes de todas las Santas órdenes y del clero, aquí reunidos, que las Escrituras no pueden valer más por verdaderas? ¿A ellos, que con su infantil creencia en el Verbo Divino han venido a escuchar de Vuestra Santidad la confirmación de su fe?

EL PAPA.— ¡No ordenaré hacer trizas las tablas de cálculos! ¡No!

EL INQUISIDOR.— Esa gente dice que se trata de tablas de cálculos y no del espíritu de la rebelión y de la duda. Pero no son las tablas de cálculos. En el mundo ha sobrevenido una aterradora inquietud. Es la inquietud de sus propias mentes que trasmiten a la inmóvil tierra. Ellos gritan: ¡los números nos obligan! Pero ¿de dónde vienen sus números? Todos saben que vienen de la incredulidad. Esos hombres dudan de todo. ¿Debemos acaso fundar la sociedad humana en la duda y no más en la fe? «Tú eres mi señor pero yo dudo si eso está bien». «Esa es tú casa y tu mujer, pero yo dudo acaso no pueden ser los míos». Por otra parte, el amor que profesa Vuestra Santidad por las artes, al que debemos tantas hermosas colecciones, es pagado con comentarios injuriosos como son los que se leen en los frentes de las casas de Roma. «Lo que los bárbaros dejaron a Roma, se lo roban los Barberini». ¿Y

en el extranjero? Dios decidió someter a severas pruebas a nuestra Sede. La política de Vuestra Santidad en España no es comprendida por los hombres de poco entedimiento, así como es lamentado vuestro conflicto con el Emperador. Desde hace tres lustros Alemania es una carnicería. La gente se acuchilla con citas de la Biblia en los labios. Y ahora, que después de la peste, de la guerra y de la reforma sólo quedan algunos puñados de la cristiandad, cunde por Europa el rumor que usted ha concertado con la Suecia luterana una alianza secreta para debilitar al católico Emperador. Y en ese momento, esos gusanos de matemáticos enfilan esos tubos al cielo y comunican al mundo que usted está equivocado, aquí, en el único lugar que todavía nadie le disputa. Uno se podría preguntar: ¿por qué tanto interés repentino en una ciencia tan apartada como es la astronomía? ¿No es indiferente acaso cómo giran esas esferas? Pero en toda Italia no hay ninguno, hasta el último palafrenero, que no hable —por el mal ejemplo dado por ese florentino— de las fases de Venus, y al mismo tiempo no deje de pensar en tantas de esas cosas que se les señalan como indiscutibles en escuelas y otros lugares y que tan incómodas son. ¿Qué pasaría si todos esos débiles a la carne e inclinados a cualquier exceso creyesen sólo en la propia razón que ese loco define como la única instancia? Ellos quisieran, ya que comenzaron a dudar si el sol se detuvo en Gabaón, ejercitar sus dudas con la colecta. Desde que navegan —no tengo nada en contra de ello— ponen su confianza en una esfera de latón que llaman el compás, y no más en Dios. Ese Galilei ya de jovenzuelo escribió sobre las máquinas. ¿Con máquinas quieren hacer milagros? ¿Qué clase de milagros? De todos modos ya no necesitan más a Dios, pero ¿qué clase de milagros serán esos? Por ejemplo no deberá existir más un arriba y un abajo. Ellos no lo necesitan más. Aristóteles es para ellos un perro muerto, pero de él citan esta frase: «Si la lanzadera tejiera por sí sola y la púa tocara la cítara por sí misma, los señores no necesitarían ya siervos ni maestros artesanos, operarios». Y ellos piensan haber llegado ya a eso. El miserable sabe bien lo que hace cuando publica sus trabajos de astronomía en el idioma de las pescaderas y de los comerciantes de lana y no en latín.

EL PAPA.— Eso indica un gusto muy malo, ya se lo diré.

EL INQUISIDOR.— Él provoca a unos y corrompe a los otros. Las ciudades marítimas del norte italiano exigen cada vez con más insistencia para sus buques los planisferios celestes del señor Galilei. Y tendremos que permitírselos, son intereses materiales.

EL PAPA.— Pero esos planisferios se basan en sus opiniones heréticas. Se trata precisamente de los movimientos de esas estrellas, que no tendrían lugar si se rechaza la teoría. No se puede condenar a la teoría y utilizar los planisferios al mismo tiempo.

EL INQUISIDOR.— ¿Por qué no? No podemos hacer otra cosa.

EL PAPA.— Ese ruido de pasos me pone nervioso. Disculpe si siempre los oigo.

EL INQUISIDOR.— Tal vez le dirán más de lo que yo puedo, Vuestra Santidad. ¿Deben marcharse todos ellos con la duda en el corazón?

EL PAPA.— Al fin y al cabo el hombre es el físico más grande de esta época, la luz de Italia, y no un iluso cualquiera. Y tiene amigos: ahí está Versalles, ahí está la corte de Viena. Todavía son capaces de titular a la Santa Iglesia de sumidero de prejuicios podridos. ¡No le vayáis a tocar un pelo!

EL INQUISIDOR.— Prácticamente no se necesitará hacer mucho con él. Es un hombre de la carne. Enseguida se doblará.

EL PAPA.— Galilei conoce más placeres que cualquier otro. Piensa de puro sensualismo. No podría negarse ni a un nuevo pensamiento ni a un viejo vino. Yo no quiero la condenación de principios de la física, ni gritos de batalla como: «¡Aquí la Iglesia!» y «¡Aquí la razón!». He autorizado su libro siempre que expresara la opinión que la última palabra no la tiene la ciencia sino la fe. Y él ha cumplido.

EL INQUISIDOR.— Sí, ¿pero de qué manera? En su libro disputan un imbécil, que por supuesto representa los puntos de vista aristotélicos y un hombre inteligente que, naturalmente, representa las ideas del señor Galilei. Y la observación final, ¿quién la expresa?

EL PAPA.— ¿Qué, otra cosa más? ¿Quién dice la nuestra?

EL INQUISIDOR.— El inteligente no.

EL PAPA.— ¡Es una desfachatez! Ese pataleo en los corredores es insoportable. ¿Ha venido acaso el mundo entero?

EL INQUISIDOR.— No todo, pero su mejor parte. *(Pausa. El Papa está ahora con todos los ornamentos pontificios.)*

EL PAPA.— Lo máximo es mostrarle los instrumentos.

EL INQUISIDOR.— Eso bastará, Vuestra Santidad. El señor Galilei entiende de Instrumentos.

XIII

22 DE JUNIO DE 1633: GALILEO GALILEI REVOCA ANTE LA INQUISICIÓN SU TEORÍA DEL MOVIMIENTO DE LA TIERRA.

En el palacio de la Legación florentina en Roma, los discípulos de Galilei esperan noticias. El pequeño monje y Federzoni juegan con amplios movimientos, al nuevo ajedrez. En un rincón, Virginia, de rodillas, reza la salutación angélica.

EL PEQUEÑO MONJE.— El Papa no lo ha recibido. Todo ha terminado.

FEDERZONI.— Su última esperanza. Era verdad lo que le dijo hace años, en Roma, el entonces cardenal Barberini: nosotros te necesitamos. Ahora ahí lo tienen.

ANDREA.— Lo matarán.

FEDERZONI *(lo mira de reojo)*.— ¿Crees tú?

ANDREA.— No se retractará jamás. *(Pausa.)*

EL PEQUEÑO MONJE.— Uno se empeña siempre en pensamientos totalmente secundarios cuando de noche no se puede tomar el sueño. Anoche, por ejemplo, pensé continuamente: él nunca hubiera tenido que marcharse de la República de Venecia.

ANDREA.— Ahí no podía escribir su libro.

FEDERZONI.— Y en Florencia no podía publicarlo. *(Pausa.)*

EL PEQUEÑO MONJE.— Yo pensé también si le habrán dejado su piedrecilla, esa que siempre lleva consigo en el bolsillo. La piedra de sus pruebas.

FEDERZONI.— Ahí, donde lo llevan se va sin bolsillos.

ANDREA *(gritando)*.— No se atreverán. Y aunque lo hagan, él no se retractará. «Quién no sabe la verdad sólo es un estúpido, pero quien la sabe y la llama mentira, es un criminal».

FEDERZONI.— Si él lo llega a hacer, no quisiera seguir viviendo… pero ellos hacen uso de la violencia.

ANDREA.— Con la violencia no se logra todo.

FEDERZONI.— Tal vez no.

EL PEQUEÑO MONJE.— Ayer fue sometido al gran interrogatorio. Y hoy es la sesión. *(En vista de que Andrea escucha, continúa en voz alta.)* Cuando aquella vez lo visité, dos días después del decreto, estuvimos sentados allí enfrente y él me señaló el pequeño Príapo cerca del reloj de sol, en el jardín. Desde aquí lo podéis ver. Él comparó su obra con una poesía de Horacio en la que tampoco se puede cambiar nada. Habló sobre un sentido de la belleza que lo obliga a buscar la verdad. Y aludió al lema: *hieme et aestate, et prope et procul, usque dum vivam et ultra,* y se refería a la verdad.

ANDREA *(al pequeño monje)*.— ¿Le contaste cuando él estaba en el Colegio Romano mientras los otros examinaban su anteojo? Cuéntale. *(El pequeño monje hace un signo negativo con la cabeza.)* Se comportó igual que siempre. Tenía las manos sobre las nalgas, sacaba la barriga para afuera y decía: yo les ruego ser razonables, señores míos. *(Imita, riendo, a Galilei. Pausa. Aludiendo a Virginia.)* Implora para que él se retracte.

FEDERZONI.— Déjala. Está completamente perturbada desde que ellos le hablaron. Han hecho venir a su padre confesor desde Florencia. *(Entra el individuo del palacio del Gran Duque de Florencia.)*

EL INDIVIDUO.— El señor Galilei estará pronto aquí. Necesitará una cama.

FEDERZONI.— Lo han soltado.

EL INDIVIDUO.— Se espera que el señor Galilei se retractará a las cinco, en una sesión de la Inquisición. Se escuchará la gran campana de San Marco y se leerá públicamente el texto de la retractación.

ANDREA.— No lo creo.

EL INDIVIDUO.— Debido a la aglomeración de gente en las calles, el señor Galilei será traído a través del portón del jardín trasero del palacio. *(Se va.)*

ANDREA *(de improviso en voz alta)*.— ¡La Luna es una tierra y no tiene luz propia, y tampoco Venus tiene luz propia y es como la Tierra y gira alrededor del Sol! ¡Y cuatro satélites giran en torno a Júpiter que se encuentra a la altura de las estrellas fijas y no está unido a ningún anillo! ¡El Sol es el centro del universo y está inmóvil en su sitio, y la Tierra no es centro ni es inmóvil! ¡Y él es quien nos ha demostrado todo eso!

EL PEQUEÑO MONJE.— Y con violencia no se puede hacer invisible lo que ya se ha visto. *(Silencio.)*

FEDERZONI *(mira el reloj de sol en el jardín)*.— Las cinco. *(Virginia reza más fuerte.)*

ANDREA.— ¡Yo no puedo esperar más! ¡Esos descabezan la verdad! *(Se tapa las orejas, el pequeño monje lo imita. Pero la campana no suena. Luego de una pausa en la que sólo se escucha el piadoso murmullo de Virginia, Federzoni mueve la cabeza negativamente. Los otros dejan caer los brazos.)*

FEDERZONI *(ronco)*.— Nada. Las cinco y tres minutos.

ANDREA.— ¡Se resiste! ¡Oh, dichosos de nosotros!

EL PEQUEÑO MONJE.— No se retracta.

FEDERZONI.— No. *(Se abrazan, son más felices.)*

ANDREA.— Quiere decir: que con violencia no va, no se puede lograr todo. Quiere decir: se puede también vencer la insensatez, que no es invulnerable. Luego: ¡el hombre no teme a la muerte!

FEDERZONI.— Ahora comienza realmente la era del saber. Esta es la hora de su nacimiento. Pensad: ¡si él se hubiera retractado!

EL PEQUEÑO MONJE.— Yo no lo dije pero estaba muy preocupado. Yo, hombre de poca fe.

ANDREA.— ¡Pero yo lo sabía!

FEDERZONI.— Hubiera sido como si después del amanecer llegara de nuevo la noche.

ANDREA.— O como si la montaña hubiese dicho: yo soy agua.

EL PEQUEÑO MONJE *(se arrodilla llorando)*.— ¡Señor, te agradezco!

ANDREA.— Hoy todo es distinto. El hombre, el martirizado, levanta su cabeza y dice: yo puedo vivir. Tanto se ha ganado cuando sólo uno se levanta y dice: ¡no! *(En ese momento, la campana de San Marcos comienza a resonar. Todo queda paralizado.)*

VIRGINIA *(se levanta)*.— ¡La campana de San Marcos! ¡No está condenado! *(Desde la calle se oye la lectura de la retractación de Galilei.)*

UNA VOZ.— «Yo, Galileo Galilei, maestro de matemáticas y de física en Florencia, abjuro solemnemente lo que he enseñado, que el Sol es el centro del mundo y está inmóvil en su lugar, y que la Tierra no es centro y no está inmóvil. Yo abjuro, maldigo y abomino con honrado corazón y con fe no fingida todos esos errores y herejías así como también todo otro error u opinión que se opongan a la Santa Iglesia». *(Oscurece. Cuando se aclara de nuevo todavía resuena la campana, callando luego. Virginia ha salido. Los discípulos de Galilei están todavía allí.)*

FEDERZONI.— Nunca te pagó un centavo por tu trabajo. Ni pudiste comprar un pantalón ni tampoco te fue posible publicar algo por tu cuenta. Eso lo has sufrido «porque se trabajaba por la ciencia».

ANDREA *(en voz alta)*.— ¡Desgraciada es la tierra que no tiene héroes! *(Galilei ha entrado totalmente cambiado por el proceso, casi irreconocible. Espera algunos minutos en la puerta por un saludo. Ya que esto no ocurre porque sus discípulos lo rehuyen, se dirige hacia adelante, lento e inseguro a causa de su poca vista. Allí encuentra un banco donde se sienta.)* No lo quiero ver. Que se vaya.

FEDERZONI.— Tranquilízate.

ANDREA *(le grita a Galilei en la cara)*.— ¡Borracho! ¡Tragón! ¿Salvaste tu tripa, eh?

GALILEI *(tranquilo)*.— ¡Dadle un vaso de agua! *(El pequeño monje trae desde afuera un vaso de agua a Andrea. Federzoni atiende a Galilei que escucha, sentado, la voz que afuera lee de nuevo su retractación.)*

ANDREA.— Ya puedo caminar de nuevo si me ayudáis un poco. *(Lo acompañan hasta la puerta. En ese momento, Galilei comienza a hablar.)*

GALILEI.— No. Desgraciada es la tierra que necesita héroes.

(Lectura delante del telón.)

¿No es claro acaso que un caballo que cae de una altura de tres o cuatro varas se puede romper las patas, mientras que un perro no sufre ningún daño? Lo mismo ocurre con un gato que cae de ocho o diez varas de altura, con un grillo de una torre o una hormiga que cayera de la luna. Y así como los animales pequeños son, en proporción, más fuertes y vigorosos que los grandes, de la misma manera las pequeñas plantas son más resistentes. Un roble con una altura de doscientas varas no podría sostener, en proporción, las ramas de un roble más pequeño; así como la naturaleza no puede hacer crecer un caballo tan grande como veinte caballos o un gigante diez veces más grande que el tamaño normal sin que tenga que cambiar las proporciones de todos los miembros, especialmente de los huesos, que deberían en ese caso, ser reforzados en una medida mucho mayor que su tamaño proporcional. La opinión general de que las máquinas grandes y pequeñas tienen la misma resistencia, es evidentemente errónea.

Galilei, «Discorsi».

XIV

1633-1642. GALILEO GALILEI VIVE HASTA SU MUERTE EN UNA CASA DE CAMPO EN LAS CERCANÍAS DE FLORENCIA, COMO PRISIONERO DE LA INQUISICIÓN. LOS «DISCORSI».

Una habitación grande. Una mesa, sillón de cuero y un globo terráqueo. Galilei, ya anciano y casi ciego, experimenta atentamente con una pequeña bola de madera y un riel curvo. En la antesala se halla sentado un monje, de guardia. Llaman a la puerta. El monje abre y entra un campesino con dos gansos desplumados. Virginia viene de la cocina. Cuenta ya con cerca de cuarenta años de edad.

EL CAMPESINO.— Tengo que entregarlos aquí.

VIRGINIA.— ¿De quién? Yo no encargué gansos.

EL CAMPESINO.— Tengo también que decir: de alguien que está de paso por aquí. *(Se va. Virginia mira los gansos con sorpresa. El monje se los quita de la mano y los investiga con desconfianza. Luego se los devuelve tranquilizado. Ella, tomándolos por los pescuezos, se los lleva a Galilei, a la otra habitación.)*

VIRGINIA.— Alguien que estaba de paso ha enviado un regalo.

GALILEI.— ¿Qué es?

VIRGINIA.— ¿No lo puedes ver?

GALILEI.— No. *(Se aproxima.)* Gansos. ¿Hay algún nombre ahí?

VIRGINIA.— No.

GALILEI *(toma uno de los gansos)*.— Pesado. Podría comer todavía un poco de esto. Hazlos con tomillo y manzanas.

VIRGINIA.— ¡Pero si no puedes tener hambre! Acabas de cenar. ¿Qué te pasa de nuevo con los ojos? Desde la mesa deberías alcanzar a verlos.

GALILEI.— Es que tú estabas en la sombra.

VIRGINIA.— No, no estoy en la sombra. *(Se lleva los gansos. Al monje.)* Tenemos que hacer buscar al doctor de los ojos. Mi padre no pudo distinguir los gansos desde la mesa.

EL MONJE.— Primero necesito el permiso de Monseñor Carpula. ¿Escribió alguna cosa otra vez?

VIRGINIA.— No. Su libro me lo dictó a mí, bien lo sabe. Usted tiene las páginas 131 y 132 y esas fueron las últimas.

EL MONJE.— Es un zorro viejo.

VIRGINIA.— Él no hace nada en contra de las disposiciones. Su arrepentimiento no es disimulado, yo lo observo. *(Le da los gansos.)* Diga en la cocina que los hígados los guisen con una manzana y una cebolla. *(Vuelve a la habitación de Galilei.)* Y ahora atendamos a nuestros ojos y terminemos rápido con esa bola. Díctame un poco más para nuestra carta semanal al Arzobispo.

GALILEI.— No me siento muy bien. Léeme a Horacio.

VIRGINIA.— La semana pasada me contó Monseñor Carpula, a quien tanto debemos, que el Arzobispo siempre se interesa por saber si te gustaron o no las preguntas y citas que él te envía. *(Se ha sentado como para recibir el dictado.)*

GALILEI.— ¿Hasta dónde había llegado?

VIRGINIA.— Párrafo cuarto: en lo relativo a la posición de la Santa Iglesia frente a los disturbios en el Arsenal de Génova, estoy en un todo de acuerdo con el comportamiento del Cardenal Spoletti contra los cordeleros rebeldes de Venecia…

GALILEI.— Sí. *(Dictando.)* … estoy en un todo de acuerdo con el comportamiento del Cardenal Spoletti contra los cordeleros rebeldes, es decir, que mejor es repartir buenas sopas fortificantes en nombre del cristiano amor al prójimo que pagarle más a ellos por sus cuerdas para campanas. Porque me parece más sabio fortalecer su fe y no su codicia. San Pablo dice: la caridad no falla nunca. ¿Qué te parece?

VIRGINIA.— Maravilloso, padre.

GALILEI.— ¿No crees que ahí podría tomarse algo como una ironía?

VIRGINIA.— No, el Arzobispo se pondrá muy contento. ¡Él es tan práctico!

GALILEI.— Confío en tu opinión. ¿Qué viene después?

VIRGINIA.— Un proverbio magnífico: «Cuando débil soy, soy fuerte».

GALILEI.— Sin comentario.

VIRGINIA.— ¿Pero, por qué no?

GALILEI.— ¿Qué viene después?

VIRGINIA.— «Y conocer también aquel amor de Cristo hacia nosotros que sobrepuja a todo conocimiento». San Pablo a los Efesios, III, 19.

GALILEI.— En especial agradezco a Vuestra Eminencia por la magnífica cita de la carta a los Efesios. Movido por ella encontré en nuestra inimitable «Imitatio» lo siguiente: *(Cita de memoria.)* «Aquél a quien habla el Verbo Divino, quedará libre de muchas preguntas». ¿Me permite hablar aquí de mi propia persona? Todavía hoy se me reprocha que una vez publiqué un libro sobre los astros del cielo en el idioma de la calle. Allí no tuve la intención de mostrar mi beneplácito para que los libros de un material mucho más importante, como por ejemplo la teología, sean escritos en la jerga de los pasteleros. Me parece no ser muy eficaz el argumento de que tiene que continuarse con el uso del latín en los oficios divinos para que, por medio de la universalidad del idioma todos los pueblos puedan oír la Santa Misa de la misma manera. Y creo esto porque los blasfemadores, nunca tímidos, podrían alegar que de esa manera ninguno de los pueblos entiende así el texto de la misma. Yo desisto con mucho gusto a la comprensión barata de las cosas sagradas. El latín de los púlpitos, que defiende la eterna verdad de la Iglesia contra la curiosidad de los ignorantes, despierta confianza cuando es hablado con el acento de los respectivos dialectos por los sacerdotes hijos de las clases bajas… No, táchalo.

VIRGINIA.— ¿Todo?

GALILEI.— Todo desde los pasteleros. *(Llaman a la puerta. Virginia se dirige a la antesala. El monje abre. Es Andrea Sarti. Éste es ahora un hombre de mediana edad.)*

ANDREA.— Buenas noches. Me encuentro en viaje para abandonar Italia rumbo a Holanda donde me dedicaré a trabajos científicos. Me solicitaron que pasara por aquí para visitarlo y de esa manera poder allá informar sobre él.

VIRGINIA.— No sé si te querrá recibir. Tú nunca viniste.

ANDREA.— Pregúntale. *(Galilei ha reconocido la voz. Permanece sentado, inmóvil. Virginia entra de nuevo.)*

GALILEI.— ¿Es Andrea?

VIRGINIA.— Sí.

GALILEI *(después de una pausa)*.— Hazlo pasar. *(Virginia hace pasar a Andrea.)* Déjame solo con él, Virginia.

VIRGINIA.— Quiero oír lo que cuenta. *(Se sienta.)*

ANDREA *(frío)*.— ¿Cómo está usted?

GALILEI.— Siéntate. ¿Qué haces? Cuenta algo de tu trabajo. He oído decir que es sobre hidráulica.

ANDREA.— Fabricio, de Ámsterdam me ha encargado de preguntar por su salud. *(Pausa.)*

GALILEI.— Me encuentro bien.

ANDREA.— Me alegro de poder informar que se encuentra bien.

GALILEI.— Fabricio se pondrá contento de oírlo. Y puedes también informarle que no vivo mal. Por mi arrepentimiento tan profundo me he ganado el beneplácito de mis superiores en tal forma que hasta se me han permitido estudios científicos de limitada importancia bajo control del clero.

ANDREA.— En efecto, también llegó a nuestros oídos que la Iglesia está contenta con usted. Su total sumisión ha dado buenos resultados. Se asegura que las autoridades han comprobado con satisfacción que desde que usted se sometió no se ha publicado en toda Italia ninguna obra con nuevas teorías.

GALILEI *(mirándolo de reojo)*.— Por desgracia hay países que se substraen a la vigilancia de la Iglesia. Me temo que las teorías condenadas puedan seguir siendo estudiadas allá.

ANDREA.— También allá tuvo lugar un retroceso, satisfactorio para la Iglesia, a causa de su retractación.

GALILEI.— ¿Sí? *(Pausa.)* ¿Y qué hay de Descartes en París?

ANDREA.— Que al saber la noticia de su retractación archivó su tratado sobre la naturaleza de la luz. *(Larga pausa.)*

GALILEI.— Estoy preocupado de haber guiado algunos amigos científicos por la senda del error. ¿Han aprendido algo ellos de mi retractación?

ANDREA.— Para poder trabajar científicamente tengo pensado dirigirme a Holanda. Lo que Júpiter no se permite tampoco se tolera al buey.

GALILEI.— Comprendo.

ANDREA.— Federzoni pule de nuevo lentes en una tienda milanesa cualquiera.

GALILEI *(ríe)*.— Él no sabe latín. *(Pausa.)*

ANDREA.— Fulganzio, nuestro pequeño monje, renunció a la investigación y ha regresado al seno de la Iglesia.

GALILEI.— Sí. *(Pausa.)* Mis superiores aguardan con ansiedad mi regeneración espiritual. Estoy haciendo mejores progresos de lo que se podía esperar.

ANDREA.— Oh.

VIRGINIA.— Alabado sea el Señor.

GALILEI *(rudo)*.— Vete a mirar los gansos, Virginia. *(Virginia sale furiosa. En el camino, el monje le habla.)*

EL MONJE.— Esa persona me desagrada.

VIRGINIA.— Es inofensivo. Antes era su alumno y ahora no puede ser otra cesa que su enemigo. *(Al proseguir su camino.)* Hoy recibimos queso. *(El monje la sigue.)*

ANDREA.— Viajaré toda la noche para atravesar mañana temprano la frontera. ¿Puedo retirarme?

GALILEI.— No sé para qué has venido. ¿Tal vez para asustarme? Vivo y pienso con precaución desde que estoy aquí. Claro, que tengo mis recaídas.

ANDREA.— No quisiera perturbarlo, señor Galilei.

GALILEI.— Barberini lo llamaba la sarna. Él mismo no estaba libre de ella. He vuelto a escribir.

ANDREA.— ¿Qué?

GALILEI.— He terminado los «Discorsi».

ANDREA.— ¿«Los Discursos en torno a dos nuevas ciencias: mecánica y leyes de gravitación»? ¿Aquí?

GALILEI.— Oh, sí, me dan papel y pluma. Mis superiores no son tontos. Ellos saben que los vicios arraigados no se pueden quitar de hoy a mañana. Me protegen de consecuencias desagradables guardando página por página.

ANDREA.— ¡Dios mío!

GALILEI.— ¿Decías algo?

ANDREA.— ¡Lo hacen arar en el mar! Le dan pluma y papel para que se tranquilice. ¿Cómo pudo escribir teniendo sus escritos ese destino?

GALILEI.— Oh, yo soy un esclavo de mis costumbres.

ANDREA.— ¡Los «Discorsi» en manos de esos! ¡Y Ámsterdam, Londres y Praga se mueren de sed por ellos!

GALILEI.— Me imagino los lamentos de Fabricio, allá, haciendo alarde de sus flacos huesos pero sabiéndose en seguridad.

ANDREA.— ¡Dos nuevas ciencias, perdidas!

GALILEI.— Él y otros se van a conmover cuando oigan que he puesto en juego hasta los últimos miserables restos de mi comodidad para hacer una copia —detrás de mis propias espaldas— utilizando la última gota de luz de las noches claras durante seis meses. Mi vanidad me ha impedido hasta ahora destruir esa copia. «Cuando tu ojo te moleste, arráncatelo». El que escribió esto sabía más de comodidad que yo. Calculo que entregarla es el colmo de la locura. Pero dado que yo no he podido lograr apartarme de los trabajos científicos es bueno que podáis tenerla también vosotros. La copia está en el globo. Si tú tienes el propósito de llevarla hasta Holanda, tuya es toda la responsabilidad. En ese caso la habrías comprado de alguien que tiene entrada al original en el Santo Oficio. *(Andrea se ha dirigido al globo y saca de allí el manuscrito.)*

ANDREA.— ¡Los «Discorsi»! *(Hojea el manuscrito. Lee.)* «Mi propósito es presentar una ciencia totalmente nueva sobre un tema muy viejo: el movimiento. He logrado descubrir, por medio de experimentos, algunas cualidades que son científicamente valiosas».

GALILEI.— Algo tenía que hacer en mi tiempo libre.

ANDREA.— Esto fundará una nueva física.

GALILEI.— Mételo bajo la chaqueta.

ANDREA.— ¡Y nosotros pensamos que usted había desertado! ¡Y mi voz fue la más fuerte contra usted!

GALILEI.— Era lo justo. Yo te enseñé ciencia y yo negué la verdad.

ANDREA.— Esto cambia todo.

GALILEI.— ¿Sí?

ANDREA.— Usted esconde la verdad. Delante del enemigo. También en el campo de la ética nos llevaba usted siglos.

GALILEI.— Aclara eso, Andrea.

ANDREA.— Con el hombre de la calle dijimos nosotros: él morirá pero no se retractará. Usted volvió: yo me he retractado pero viviré. Sus manos están manchadas, dijimos nosotros. Usted dice: mejor manchadas que vacías.

GALILEI.— Mejor manchadas que vacías. Suena a realismo. Suena a mí. Nueva ciencia, nueva ética.

ANDREA.— ¡Yo lo hubiese tenido que saber antes que todos! Tenía once años cuando usted vendió el anteojo inventado por otro hombre al Senado de Venecia. Vd. después daba un uso inmortal a ese instrumento. Sus amigos negaban con la cabeza cuando usted se inclinaba ante el niño de Florencia: la ciencia ganaba público. Siempre rio de los héroes. «La gente que sufre me aburre», decía. «Las desgracias tienen su origen en cálculos deficientes». Y, «A la vista de obstáculos la distancia más corta entre dos puntos debe ser la línea sinuosa».

GALILEI.— Sí, recuerdo.

ANDREA.— Cuando en el año 33 se prestó a retractarse de una hipótesis popular de sus teorías, hubiese tenido que saber yo que usted se retiraba de una riña política sin esperanza para proseguir con la verdadera misión de la ciencia.

GALILEI.— Que consiste en…

ANDREA.— … el estudio de las propiedades del movimiento, padre de las máquinas que hará tan habitable la tierra que se llegará a desmontar el cielo.

GALILEI.— Eso.

ANDREA.— Usted ganó tiempo para escribir una obra científica que sólo usted podía escribir. Si en cambio hubiese terminado en una aureola de fuego en la hoguera, los otros habrían sido los vencedores.

GALILEI.— Y son los vencedores. Y no hay ninguna obra científica que solamente un hombre sea capaz de escribirla.

ANDREA.— ¿Y por qué se retractó?

GALILEI.— Me retracté porque temía el dolor corporal.

ANDREA.— ¡No!

GALILEI.— Me mostraron los instrumentos.

ANDREA.— ¡Entonces, no era un plan! *(Pausa. En voz alta.)* La ciencia conoce sólo un mandamiento: el trabajo científico.

GALILEI.— Y lo he cumplido. ¡Bienvenido a la zanja, hermano en la ciencia y primo en la traición! ¿Te gusta el pescado? Yo tengo pescado. El que huele mal no es mi pescado sino yo. Yo vendo, tú eres el comprador. ¡Oh irresistible presencia del libro, de la santa mercancía! ¡Se me hace agua la boca y las maldiciones se ahogan! ¡La Gran Babilonia, las bestias asesinas, los pestosos, abrid las piernas y todo cambiará! ¡Bendita sea nuestra usurera y blanqueada sociedad temerosa de morir!

ANDREA.— ¡El miedo a la muerte es humano! Las debilidades humanas no le importan a la ciencia.

GALILEI.— No. Mi querido Sarti, también ahora, en mi actual estado, me siento capaz de darle algunas referencias acerca de todo lo que a la ciencia le importa. Esa ciencia a la que usted se ha prometido. *(Entra Virginia con una fuente. Galilei, académicamente, las manos juntas sobre el vientre.)* En las horas libres de que dispongo, y que son muchas, he recapacitado sobre mi caso. He meditado sobre cómo me juzgará el mundo de la ciencia del que no me considero más como miembro. Hasta un comerciante en lanas, además de comprar barato y vender caro, debe tener la preocupación de que el comercio con lanas no sufra tropiezos. El cultivo de la ciencia me parece que requiere especial valentía en este caso. La ciencia comercia con el saber, con un saber ganado por la duda. Proporcionar saber sobre todo y para todos, eso es lo que pretende, y hacer de

cada uno un desconfiado. Ahora bien, la mayoría de la población es mantenida en un vaho nacarado de supersticiones y viejas palabras por sus príncipes, sus hacendados, sus clérigos, que sólo desean esconder sus propias maquinaciones. La miseria de la mayoría es vieja como la montaña y desde el púlpito y la cátedra se manifiesta que esa miseria es indestructible como la montaña. Nuestro nuevo arte de la duda encantó a la gran masa. Nos arrancó el telescopio de las manos y lo enfocó contra sus torturadores. Estos hombres egoístas y brutales, que aprovecharon ávidamente para sí los frutos de la ciencia, notaron al mismo tiempo que la fría mirada de la ciencia se dirigía hacia esa miseria milenaria pero artificial que podía ser terminantemente anulada, si se los anulaba a ellos. Nos cubrieron de amenazas y sobornos, irresistibles para las almas débiles. ¿Pero acaso podíamos negarnos a la masa y seguir siendo científicos al mismo tiempo? Los movimientos de los astros son ahora fáciles de comprender, pero lo que no pueden calcular los pueblos son los movimientos de sus señores. La lucha por la mensurabilidad del cielo se ha ganado por medio de la duda; mientras que las madres romanas, por la fe, pierden todos los días la disputa por la leche. A la ciencia le interesan las dos luchas. Una humanidad tambaleante en ese milenario vaho nacarado, demasiado ignorante para desplegar sus propias fuerzas no será capaz de desplegar las fuerzas de la naturaleza que vosotros descubrís. ¿Para qué trabajáis? Mi opinión es que el único fin de la ciencia debe ser aliviar las fatigas de la existencia humana. Si los hombres de ciencia, atemorizados por los déspotas, se conforman solamente con acumular saber por el saber mismo, se corre el peligro de que la ciencia sea mutilada y que vuestras máquinas sólo signifiquen nuevas calamidades. Así vayáis descubriendo con el tiempo todo lo que hay que descubrir, vuestro progreso sólo será un alejamiento progresivo de la humanidad. El abismo entre vosotros y ella puede llegar a ser tan grande que vuestras exclamaciones de júbilo por un invento cualquiera recibirán como eco un aterrador griterío universal. Yo, como hombre de ciencia tuve una oportunidad excepcional: en mi época la astronomía llegó a los mercados. Bajo esas circunstancias únicas, la firmeza de un hombre hubiera provocado grandes conmociones. Si yo hubiese resistido, los

estudiosos de las ciencias naturales habrían podido desarrollar alga así como el juramento de Hipócrates de los médicos, la solemne promesa de utilizar su ciencia sólo en beneficio de la humanidad. En cambio ahora, como están las cosas, lo máximo que se puede esperar es una generación de enanos inventores que puedan ser alquilados para todos los usos. Además estoy convencido, Sarti, que yo nunca estuve en grave peligro. Durante algunos años fui tan fuerte como la autoridad. Y entregué mi saber a los poderosos para que lo utilizaran, para que no lo utilizaran para que se abusaran de él, es decir, para que le dieran el uso que más sirviera a sus fines. Yo traicioné a mi profesión. Un hombre que hace lo que yo hice no puede ser tolerado en las filas de las ciencias. *(Virginia que se ha quedado inmóvil durante este monólogo, coloca la fuente sobre la mesa.)*

VIRGINIA.— Tú has sido aceptado en las filas de los creyentes.

GALILEI.— Eso mismo. Y ahora, a comer. *(Andrea le alarga la mano. Galilei la mira pero no la toma.)* Tú mismo eres maestro, ¿puedes permitirte aceptar una mano como la mía? *(Se sienta a la mesa.)* Alguien que estuvo de paso me envió dos gansos. Yo como siempre con gusto.

ANDREA.— ¿Cree usted todavía que ha comenzado una nueva época?

GALILEI.— Sí. Presta atención cuando atravieses Alemania.

ANDREA *(incapaz de irse)*.— Con respecto a su valoración del autor de que hablamos no sé qué responderle. Pero no creo que su mortífero análisis será la última palabra.

GALILEI.— Muchas gracias, señor. *(Comienza a comer.)*

VIRGINIA *(acompañando a Andrea hacia afuera)*.— Nosotros no apreciamos a visitantes de tiempos pasados. Lo excitan. *(Andrea se va. Virginia vuelve.)*

GALILEI.— ¿No sabes quién habrá podido enviar los gansos?

VIRGINIA.— Andrea no fue.

GALILEI.— Quizá no. ¿Cómo es la noche?

VIRGINIA *(en la ventana)*.— Clara.

XV

1637. EL LIBRO DE GALILEI «DISCORSI» ATRAVIESA LA FRONTERA ITALIANA.

Pequeña ciudad fronteriza italiana. De mañana temprano. Junto a la barrera de la guardia aduanera, juegan unos chiquillos. Andrea espera junto a un cochero el examen de sus papeles por los guardias. Está sentado sobre un pequeño cajón y lee el manuscrito de Galilei. Más allá de la barrera está el carruaje.

Los CHIQUILLOS *(cantan)*.

María con bata rosa
sentada sobre una roca
la camisa se cagó,
cuando el invierno llegó
la viste sin alboroto
mejor cagado que roto.

EL GUARDIA FRONTERIZO.— ¿Por qué abandona usted Italia?

ANDREA.— Soy científico.

EL GUARDIA FRONTERIZO *(al escribiente)*.— Anota abajo: «Razón de la salida»: científico. Tengo que revisar su equipaje. *(Lo hace.)*

EL PRIMER CHIQUILLO *(a Andrea)*.— No se siente aquí *(Señala la choza enfrente de la cual está sentado Andrea.)* Allí vive una bruja.

EL SEGUNDO CHIQUILLO.— La vieja Marina no es ninguna bruja.

EL PRIMER CHIQUILLO.— ¿Quieres que te retuerza el brazo?

EL TERCER CHIQUILLO.— Claro que lo es. De noche vuela por el aire.

EL PRIMER CHIQUILLO.— Y si no lo fuera, ¿por qué no recibe en la ciudad ni siquiera un jarro de leche?

EL SEGUNDO CHIQUILLO.— ¡Qué va a volar por el aire! Eso no lo puede hacer nadie. *(A Andrea.)* ¿Se puede volar?

EL PRIMER C HIQUILLO *(señalando al segundo)*.— Este es Giuseppe, no sabe nada de nada; no puede ir a la escuela porque no tiene un pantalón entero.

EL GUARDIA.— ¿Qué libro es ese?

ANDREA *(sin levantar la cabeza)*.— Uno del gran filósofo Aristóteles.

EL GUARDIA *(desconfiado)*.— ¿De quién?

ANDREA.— Ya se ha muerto. *(Los chiquillos, para burlarse de Andrea caminan como si fueran leyendo libros.)*

EL GUARDIA *(al escribiente)*.— Mira ahí a ver si habla sobre la religión.

EL ESCRIBIENTE *(hojea)*.— No encuentro nada.

EL GUARDIA.— Todo este husmeo no tiene objeto. Si alguien quisiera escondernos algo no lo llevaría tan a la vista. *(A Andrea.)* Tiene que firmar aquí que nosotros le hemos revisado todo. *(Andrea se levanta lentamente y, siempre leyendo, se dirige con el guardia hacia la casa.)*

EL TERCER CHIQUILLO *(al escribiente, señalándole el cajón)*.— Ahí hay algo más, ¿no ve?

EL ESCRIBIENTE.— ¿No estaba antes allí?

EL TERCER CHIQUILLO.— Lo puso el diablo. Es un cajón.

EL SEGUNDO CHIQUILLO.— No, es del forastero.

EL TERCER CHIQUILLO.— Yo no iría allí, ella le ha embrujado los jamelgos al cochero Passi. Ya mismo miré a través del agujero que la tormenta de nieve hizo en el techo, y oí como los caballos tosían.

EL ESCRIBIENTE *(que casi había llegado hasta el cajón, duda y vuelve a su lugar)*.— ¿Cosas del diablo, eh? Es imposible controlar todo. ¿Adónde iríamos a parar? *(Andrea vuelve con un jarro de leche. Se sienta de nuevo sobre el cajón y sigue leyendo.)*

EL GUARDIA *(detrás de él, con papeles)*.— Cierra los cajones. ¿Está todo?

EL ESCRIBIENTE.— Todo.

EL SEGUNDO CHIQUILLO *(a Andrea)*.— Usted es científico, a ver, dígame: ¿se puede volar por el aire?

ANDREA.— Espera un momento

EL GUARDIA.— Ya puede pasar. *(El equipaje ha sido tomado por el cochero. Andrea toma el cajón y quiere marcharse.)* ¡Alto! ¿Qué lleva ahí?

ANDREA *(de nuevo echando mano al libro)*.— Son libros.

EL PRIMER CHIQUILLO.— Es el cajón de la bruja.

EL GUARDIA.— ¡Qué disparate! ¡Cómo va a embrujar un cajón así!

EL TERCER CHIQUILLO.— ¡Pero si lo ayuda el diablo!

EL GUARDIA *(ríe)*.— Aquí no pasan esas cosas. *(Al escribiente.)* Abre, vamos. *(El cajón es abierto. El guardia, sin ganas.)* ¿Cuántos hay ahí adentro?

ANDREA.— Treinta y cuatro.

EL GUARDIA *(al escribiente)*.— ¿Cuánto tiempo necesitarás?

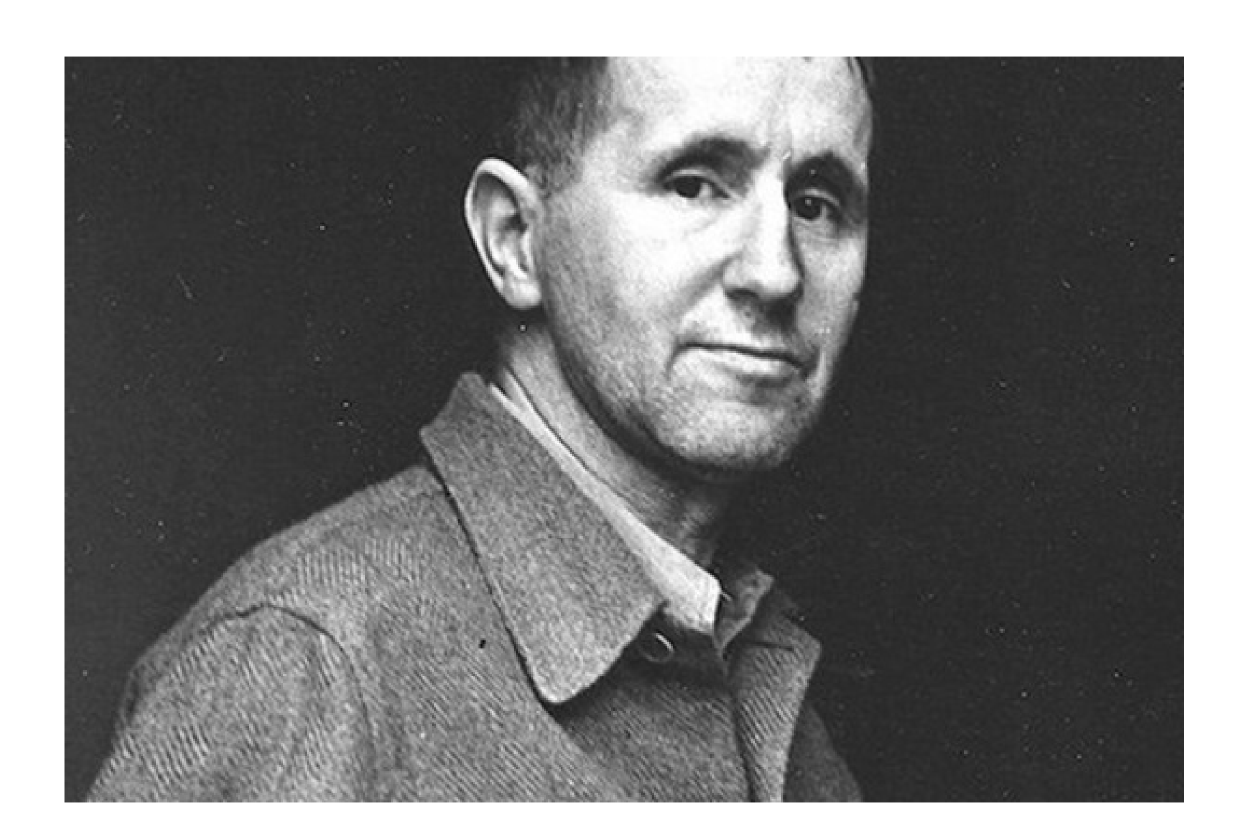
EL ESCRIBIENTE *(que ha comenzado a revolver superficialmente)*.— Está todo impreso. Pero no podré hacer su desayuno y, ¿cuándo voy a ir a lo del cochero Passi, para cobrar los derechos de aduana atrasados de la subasta de su casa, si tengo que revisar todos los libros?

EL GUARDIA.— Es cierto, el dinero es más importante. *(Empuja los libros con el pie.)* ¡Bah, por lo que se podrá leer ahí adentro! *(Al cochero.)* ¡Listo! *(Andrea pasa la frontera con el cochero, que lleva el cajón. Ya del otro lado, pone el manuscrito de Galilei en la maleta de viaje.)*

EL TERCER CHIQUILLO *(señala el jarro que Andrea ha dejado en el suelo)*.— ¡El cajón desapareció! ¡Fue el diablo!

ANDREA *(dándose vuelta)*.— No, fui yo. Aprende a abrir los ojos. La leche y el jarro están pagos. Son para la vieja. Giuseppe, todavía no te he respondido tu pregunta. No se puede volar montado en un palo, por lo menos tendría que tener una máquina. Pero todavía no existe una máquina así. Tal vez nunca la habrá porque el hombre es muy pesado. Pero es claro, no lo podemos saber. Nosotros no sabemos lo suficiente, Giuseppe. Estamos realmente en el comienzo.

TELÓN



Eugen Berthold (BERTOLT) Friedrich BRECHT (10 de febrero de 1898, Augsburgo, Alemania - 14 de agosto de 1956, Berlín Este, República Democrática de Alemania). Comenzó en Múnich sus estudios de literatura y filosofía en 1917, a los que añadiría posteriormente los de medicina. Durante la Primera Guerra Mundial comenzó a escribir y publicar sus obras. Desde 1920 frecuentó el mundo artístico de Múnich y trabajó como dramaturgo y director de escena.

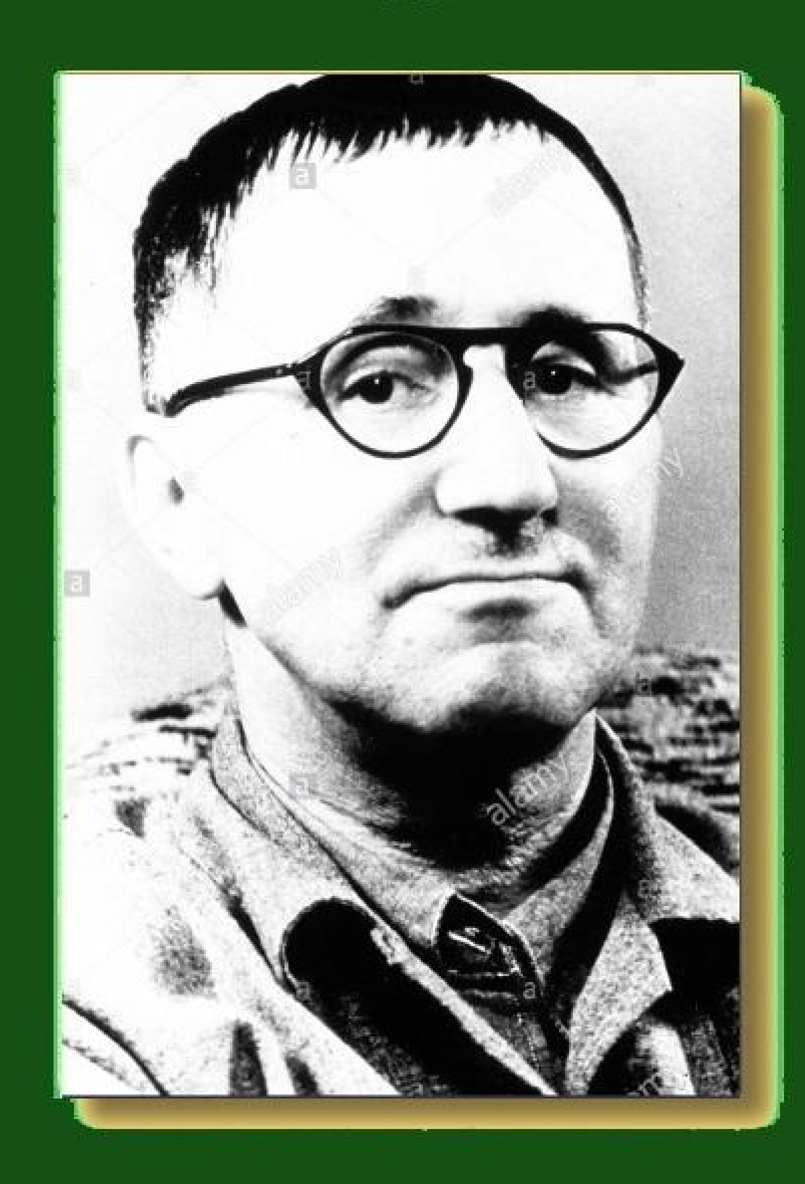
En 1924 se trasladó a Berlín, donde trabajó como dramaturgo a las órdenes de Max Reinhardt en el Deutsches Theater; posteriormente colaboró también en obras de carácter colectivo. En 1926 comenzó a interesarse con mayor intensidad por el marxismo y estableció un estrecho contacto con Walter Benjamin. Su *Die Dreigroschenoper* (en castellano *La ópera de los tres centavos*) obtuvo en 1928 el mayor éxito conocido en la República de Weimar. En ese año 1928 se casó con la actriz Helene Weigel.

Desde 1930 estrechó sus contactos con el Partido Comunista Alemán. Tres años más tarde, la ascensión del nazismo forzó su salida del país: el 28 de febrero de 1933, un día después de la quema del Parlamento, Brecht comenzó su camino hacia el exilio en Svendborg (Dinamarca). Tras una breve temporada en Austria, Suiza y Francia, marchó a Dinamarca, donde se estableció con su mujer y dos colaboradoras. En 1935 viajó a Moscú, Nueva

York y París, donde intervino en el Congreso de Escritores Antifascistas, suscitando una fuerte polémica.

Iniciada la Segunda Guerra Mundial, y temiendo la ocupación alemana, en 1939 se marchó a Suecia; en 1940, a Finlandia, país del que tuvo que escapar ante la llegada de los nazis; y en 1941, a través de la Unión Soviética (vía Vladivostok), a Santa Monica, en los Estados Unidos, donde permaneció aislado seis años, viviendo de guiones para Hollywood. En 1947 se llevó a la pantalla *Galileo Galilei*, con muy poco éxito. A raíz del estreno de esta película, el Comité de Actividades Antinorteamericanas le consideró elemento sospechoso y tuvo que marchar a Berlín Este (1948), donde organizó primero el Deutsches Theater y, posteriormente, el Theater am Schiffbauerdamm. Antes había pasado por Suiza, donde colaboró con Max Frisch y Günther Weisenborn.

En Berlín, junto con su esposa Helene Weigel, fundó en 1949 el conocido Berliner Ensemble, y se dedicó exclusivamente al teatro. Aunque siempre observó con escepticismo y duras críticas el proceso de restauración política de la República Federal, tuvo también serios conflictos con la cúpula política de la República Democrática.



Bertolt Brecht

GALILEO GALILEI